

Kuruvinda

revista

MARACAIBO / ESTADO ZULIA
Número 4 / Julio - Agosto 2025

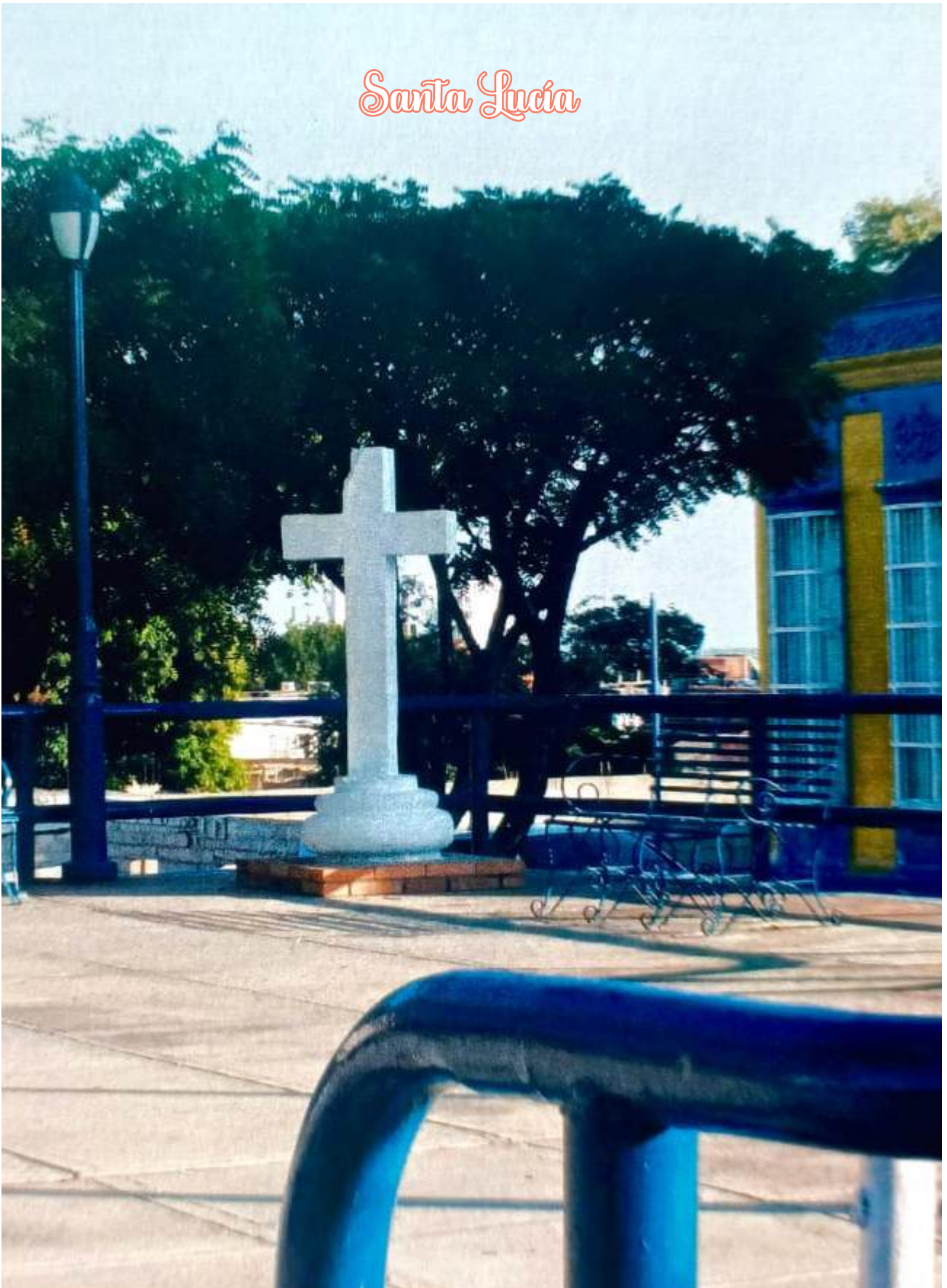
de raíces y diversidades



EDITORIAL KURUVINDA
Fundación Ediciones Clío

Obra de Nerio Quintero
Apoteosis ecológica de Simón Bolívar
Técnica: acrílico sobre tela
Tamaño: 2 x 1.50 mts
Año: 2008

Santa Lucía



Fotografía: Paola Fernández / Título: Maracaibo latente, 2014



Editorial Kuruvinda

Director:

Alexis Fernández

Consejo Editorial:

Ineida Machado

Orlando Villalobos Finol

Alejandro Labrador

Lorenzo Colina Jordan

Diseño Gráfico y Montaje Electrónico:

Hilario Atienzo

Coordinación de Proyectos Especiales:

Blagdimir Labrador

Coordinación de Producción Audiovisual:

Alex Dukson Fernández Crespo

Corrector:

Jesús Enrique Medina

Artista invitado:

Nerio Quintero

Colaboran en este número:

Paola Fernández

Ana Cristina Chávez

Aldemaro Fonseca

Artemio Cepeda

Gustavo Colina

Ender Cepeda

Ángel Viloria Petit

Alexis Blanco

Nerio Quintero

Audio Cepeda

Juan Mendoza (+)

Carmelo Raydan

Evelin Canaán

José Javier León

Julio Borromé

Milton Quero Arévalo

Arlenys Añez

Hecho el depósito de ley:

Depósito legal:

ZU2024000354

ISSN: (En proceso)

Julio-Agosto 2025 Villa Sagrada Familia IV Etapa, calle
83A casa No 13. Maracaibo, Estado Zulia, República

SUMARIO

Revista Kuruvinda, de raíces y diversidades

SUMARIO K4

SECCIÓN POESÍA:

POEMAS de Ana Cristina Chávez
y de Aldemaro Fonseca

SECCIÓN NARRATIVA:

El emigrante veneciano
de Artemio Cepeda

Agua en totuma
de Gustavo Colina

DOSSIER:

Humberto Fernández Morán

por Dr. Ángel Luis Viloria

SECCIÓN ARTISTA INVITADO:

Nerio Quintero

ENSAYO:

Nerio Quintero: La transparencia del caos
domado por Alexis Blanco

SECCIÓN ARTE Y OFICIOS:

Crónicas de una región fluvial de Audio Cepeda

A.F. Quintero

Cuentos del lago de Juan Mendoza

A.F. Quintero

Tiempo Mítico de Carmelo Raydan

A.F. Quintero

SECCIÓN CRONICARIO:

Certezas e ilusiones digitales
de Orlando Villalobos

Torreón de Zapara Fotografías
y texto de Carmelo Raydan

Baile de Saya Fotografías y
texto de Evelin Canaán

SECCIÓN: CORRESPONDENCIAS:

Reinauguración de Librería del Sur "Berta Vega"

Mujeres en Maracaibo de Enrique Romero

Exposición sobre el evento

El Don de hacerme un retrato

Alexis Blanco

Mujeres en Maracaibo de Enrique Romero

Milton Quero

Revista Nacional de Cultura:

Un lago cuenta su historia

Yarlenis Añez

Leonel Muñoz por Juan Carlos Viloria Petit

Juan Calzadilla por Julio Borromé



EDITORIAL

Kuruvinda

MEMORIA E IDENTIDAD

EDITORIAL



La Ciudad-puerto se expresa en esta cuarta edición en sus más diversas expresiones culturales al tener como buenaventura la pasión creadora. La cálida y a la vez desgarrada sensualidad en la poesía de Ana Cristina Chávez y la condensada efervescencia poética, el misterio que asume sus donaciones y la fértil sabiduría que acompaña sus adivinaciones en Aldemaro Fonseca, son predios eficaces para su poética oficiante tanta gráfica como escritural.

La prolija y recurrente narrativa histórica de Artemio Cepeda y la escritura memoriosa de Gustavo Colina diseñan una bitácora de viajes donde la voz interior va depositando los sueños y remembranzas de viajeros y andantes impenitentes a la hora de contar...

La presencia universal de Humberto Fernández

Morán recuperado de opacos silencios y otras argucias e ingratiudes, se debe al enjundioso trabajo del investigador Ángel Luis Viloria Petit quien despeja aquellas vicisitudes y logra reubicar al ilustre científico venezolano en su verdadero contexto como humanista, pacifista, bolivariano, venezolano y universal.

Nuestro artista invitado es Nerio Quintero, artista cuya obra diversifica sus enfoques para pasar del collage al acrílico sobre tela, acrílico sobre cartón, variadas técnicas que le permitirán reconstruir un universo en permanente ebullición para lograr progresivamente organizar el caos genésico, primario, donde los cuatro elementos se vinculan bajo un ambiente de serenidad a pesar de su señalada expansión.

La escritura de Alexis Blanco recrudece este

escenario para entregarle una flor en el ojal a nuestro artista del color, los personajes icónicos de nuestra historia patria, los espaciados bo-degones y los escenarios edénicos que se rehacen continuos y cálidos ante nuestro asombro. Las fotografías de Audio Cepeda dan un realce de principio a fin a esta obra que sin proponérselo reclama un esmerado encuentro con sus expectantes moradores. ¡La lente de la joven fotógrafa Mariangel Blanco encuentra a Nerio Quintero en el sortilegio y misterio de su creación! En la sección Arte y Oficios Crónicas de una región fluvial de Audio Cepeda Fernández conjuga la experiencia fotográfica con el oficio de la escritura mientras en Cuentos del lago, el artista Juan Mendoza vierte en escritura lo que ha logrado puntualizar en su oficio de artista visual: su obra pictórica da paso en su escritura al absurdo existencial que solo una sensibilidad extrema puede percibir y Carmelo Raydan hace uso de su lente para recuperar espacios donde reina el olvido y bajo su fulgor se incendia la memoria, según señala A. F. Quintero.

En la sección CRONICARIO el artículo Certezas e ilusiones digitales de Orlando Villalobos es de una claridad meridiana. Un texto que invita a la reflexión sobre el rol de las redes en época de creciente conflictividad.

Un texto imprescindible en la tertulia familiar, en el aula escolar, en los foros y congresos donde se debata la ideologización y condicionamiento colectivo a través de las redes sociales.

El Torreón de Zapara de Carmelo Raydan (fotografía y texto) es una invitación a contrastar nuestra particular geografía e historia. Baile de Saya de Evelin Canaán (fotografía y texto) es la etnografía fulgurante de nuestra ancestralidad afro descendiente.

En la sección CORRESPONDENCIA la dinámica cultural se hace presente en las sensibles y oportunas palabras de José Javier León, en la reinauguración de la Librería del Sur en homenaje a la poeta Berta Vega.

El Don de hacerme un retrato -un evento trascendente en la dinámica de la calle Carabobo o calle de la tradición, organizado por el artista Ender Colina y la solidaria gente de El Palmarejo, en cuya sede se organizó la exposición de 234 retratos, es visto con ojos de Kuruvin en la sorprendente narrativa de Alexis Blanco.

Milton Quero Arévalo retoma la excepcional narrativa del siempre recordado Enrique Romero en Mujeres en Maracaibo, destacando la pulcritud de su estilo y la agudeza de su percepción en la descripción de esas vidas ocultas que llevan su volcán interior.

Yarlenis Añez hace mención a la presentación de la revista Nacional de Cultura fundada en el año 1938 por el escritor Mariano Picón Salas y hoy dirigida por el poeta Antonio Trujillo. Número especial dedicado al Zulia con el sugerente título de Un lago cuenta su historia. Invitando desde sus primeras líneas a encontrarnos con esa páginas que concibe de memorables por la historia que resguardan: Batalla naval del Lago de Alexis Fernández contada desde las otras voces preteridas e invisibilizadas. Laura Antillano, Lydda Franco Farias y Blas Perozo Naveda presentes en esta bien organizada edición! La portada del maestro Ender Cepeda y el artista invitado el fotógrafo Audio Cepeda Fernández. Juan Carlos Viloria Petit y Julio Borromé se unen en la despedida del escultor Leonel Muñoz y Juan Calzadilla respectivamente.

La muerte del escultor Muñoz y del poeta Juan Calzadilla ceden un legado imprescindible para los jóvenes y experimentados artistas del país. Escultura y arte poético suman un cauce de enseñanzas y sapiencias en la memoria colectiva de nuestro pueblo. Un adiós que nos une en el sueño donde reine el arte y la poesía cabalgando juntos por un mundo mejor.

Alexis Fernández



Autor: Nerio Quintero Nombre: Maracaibo a través del cristal Tamaño: 0.73 X 0.50 Técnica: Collage y acrílico sobre papel Año: 2024

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Ilustración: Hilario Atienzo

POESIA

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Ana Cristina Chávez Arrieta
Ilustrador: Hilario Atienzo

Suficiencia

Dibujó la palabra amor con el roce de mis labios,
recibo un beso con sabor a fuego,
me prendo como quien enciende una idea, lanza
una granada y bebe entera una
botella de vino.

Dibujó una caricia en el mapa de este cuerpo que
no quiso ser nido.

Me enfrento a la oscuridad de mis adentros
me ilumino, vacío y lleno.

Soy yo, desnuda frente al espejo,
no te necesito, me basto sola.

Insumisa, mundana, despreciable,
honesta, intolerante, bruja autosuficiente,
en mi cama, en el espejo, desnuda frente al mundo,
me basto sola para el placer y el saber amarme
como estoy siendo.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



La hora cotidiana
Ilustrador: Hilario Atienzo

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

Fue una noche triste como si me dijeran que se
apagaba el cielo de mis manos
una noche en la que no había estrellas en el ven-
trículo izquierdo de tu horizonte.

¿Te acuerdas?

Comimos juntos y bailamos, la lluvia cantaba al
borde del alero
el instinto felino hizo mella en nuestros cuerpos
nos lamimos las patas como quien se queda ciego
en un callejón.

Pero ya no vienes más

y yo tampoco

prefiero olvidar que te refugié una tarde en la
que no fuiste más tú y yo fui menos mía

Fue una tarde de enero ¿o era de mañana?

Y la noche llegó y me convirtió en un aullido
triste de luna llena.

Un pájaro me canta al oído, me arroja con su
plumaje,

basta su mirada en mi pecho para desprenderme
del vestido

tenue como cielo diáfano.

Abandono este cuerpo falso collar de perlas
me armo de melodías oscuras

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Los amantes
Ilustrador: Hilario Atienzo

no hay un trino delator
es mi voz de gargantúa que domina el horizonte.

Levito, ensimismada.
Volar siempre ha sido mi sentencia de muerte.
La palabra transcurre rota en mil pedazos.

La garganta se cierra
atravesada por la deshonra.

Desenvainas la espada
me descubres insomne
mudo cofre de sortilegios.

Desnuda e inexacta yace la hechicera,
has hecho reconciliarme con el miedo al deshaucio,
vuelve hiriente el verbo que atormenta mis designios.

Celebrad todos, por fin he muerto.

Desabrocho este cuerpo que no supo ser canción
apenas una melodía triste tarareada entre susurros
una nota melancólica en el acordeón de la esquina
un suspiro de saxofón

un violín mal afinado al frente del coro infantil

Desabrocho este cuerpo-guitarra-flauta de pan,
lo saco del estuche corroído por el tiempo,
depósito de polvo al fondo del armario
una cuerda rota en la boca del silencio.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Aldemaro Fonseca
Ilustrador: Hilario Atienzo

Poemas Para Adivinar

1

Gira la vida
en torno a
tus vasijas
de nacar

vuela
el dorado éter
sobre tus bosques

voz escarlata
almíbar del tiempo
fermento de la bondad

dulce esencia
de los gemidos
de la tierra

mar donde nacemos
río donde crecemos

la más placentera
de las galaxias.



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

2

Billantísimas
derrochan sus dones

su fecunda esbeltez
su adecuado almizcle

desfilan el metálico marrón
de trajes milenarios

sus bélicas alas

evaden la letalidad
del enemigo

despliegan
su intachable función

ellas
son su propio martirio
su mística esencia

su terrestre eternidad.

3

Realmente son seres vivos

elocuentes portadores
de mares y firmamentos

voraces enemigos
de lo efímero

Irreverentes vasijas
de lo sagrado y lo obscuro

semillas de lo absoluto
fuentes ancestrales del discurso

cabalgan sobre el infinito
aullan encima del tiempo

traducen el fulgor matemático
de la vida y la muerte

hablan con místicas filigranas
despliegan papiros de luz
expanden nuestras voces y azares

fieles diamantes
de pretendida extinción

nos acompañan valientes
frente a la angustia y el milagro.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

4

Llega el tiempo necesario
del verdor sacudido

tiempo de superar
el revuelo dorado que cae
y diluye el púrpura
de las pasiones

tiempo de brisas
densas y profundas
de traducir
los volátiles misterios

de ser placer
purísimo y certero
en el nocturno atardecer
de la mañana

del suave aroma
de las horas
de tomar el florecido trono
que nos sonrío en el horizonte.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

5

Arrojado precursor
de batallas

adalid de escudos
as de espadas

animal insomne
navegante de mieles
bergantin de pasiones

árbol prehistórico
de los caprichos

raíz de perlados ríos

émbolo
pistilo

dragón
de cavernas doradas.

6

Desciendes
desde tu grandiosidad

para vivificarnos

nos hablas de tiempos
y espacios lejanos

nos alimentas de ternura
nos invades de tormentos

nos acaricias y reprendes

dama de influjos celestes.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Fotografía intervenida de Aldemaro Fonseca
Ilustrador: Hilario Atienzo

7

El alma de las palabras
acude a la humedad
de lenguas infinitas
asume múltiples gestos
tiempos y espacios

deja de ser castigo
y desencuentro
deja de ser
torre o muralla

se hace mares
antorchas y hogueras
himnos y miradas
alfabetos encantados

se expande
en los vuelos de la luz
y del misterio
en los retos de la duda
en las naves del saber

el alma de las palabras
ha rebasado sus maravillas
el decir de los relámpagos
los cantares
de la urbe y la selva

el amor

el habla del silencio.



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

8

Bienvenidas sean
tus osadas filigranas

tu éter indomable

el impulso o marino
de tus montes

la envolvente infinitud de tus formas
las incesantes humedades

tus místicas oscuridades
tus luminosos magmas

tus insondables arrebatos
tu apasionado genesis.



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

9

Recurro

a tu línea horizontal
de diamantes

al sutil juego
con las circunstancias

a tus elásticos equilibrios

me integro
a la sonrisa de tus batallas



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

10

Sólo llegaremos
a un lugar

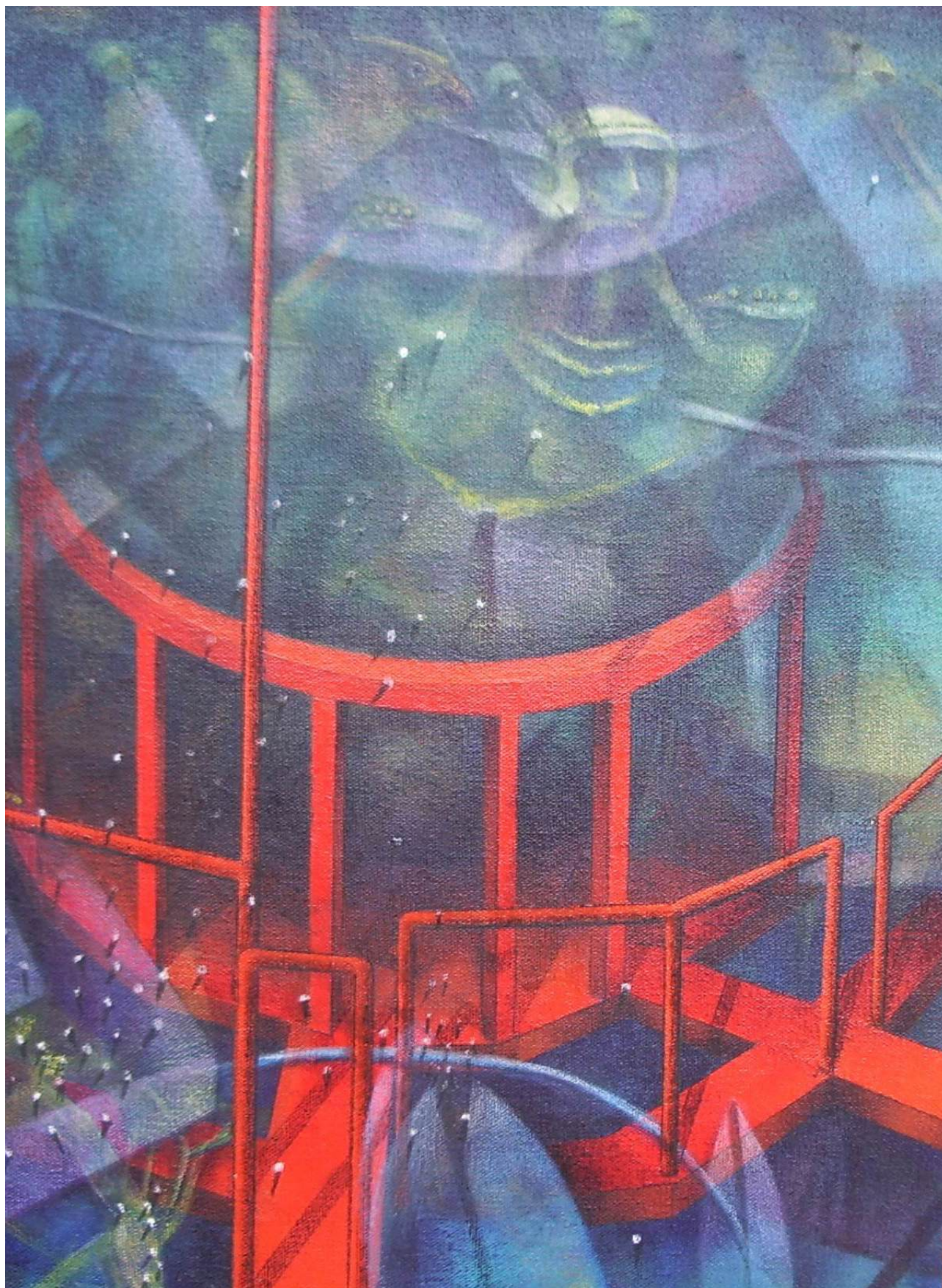
en una hora

como cuando nacimos

allí podremos dejar
nuestras lámparas

nuestro tránsito de caracoles

el dolor y la mieles
de nuestro horizonte.



Autor: Nerio Quintero Título: Personaje en el Barcón
Dimensiones: 50x50 cm Técnica: Óleo sobre tela Año: 2004



NARRATIVA

Las voces
Ilustrador: Hilario Atienzo

EL EMIGRANTE VENECIANO

Autor: Artemio Cepeda Fernández
Ilustraciones de Ender Cepeda

Terminada la Segunda Guerra Mundial Nicola Bartali huyó de Italia a causa de la intolerancia que se generó contra todos los soldados que siguieron las bravuconadas imperiales del Gran Duce, Benito Mussolini, sobre todo luego que éste pagara con la vida su alianza al bando de los vencidos: el Eje Nazi-Fascista. Sin embargo, en los primeros años de pasión patria la derrota era impensable para un ejército que la prensa fascista consideraba invencible, a pesar de no haber participado aún en hechos de guerra.



Nicola Bartali se acostumbró a decir, que su vida cambió totalmente cuando fue reclutado por el moderno ejército del Gran Duce y enviado en 1935 a invadir Etiopía, cuyos habitantes se defendieron de manera heroica y demencial, como verdaderos leones africanos, a pesar que su ejército sólo poseía lanzas y camellos de transporte; pero cuando Benito Mussolini vio orgulloso que su ejército había arrollado al débil ejército etíope, terminó jactándose ante el mundo de su ridícula acción bélica que sólo inspiraba burlas.

Luego de caer Etiopía, a Niccola Bartali le mostraron videos del Gran Duce paseándose arrogante en medio de los vítores de sus generalotes alucinados, quienes lo consideraban el Nuevo Monarca que reeditaría las antiguas glorias del Imperio Romano.

Era risible su fanfarronería, su falso ceño fruncido, sobre todo cuando creía aumentar la estatura que lo avergonzaba caminando estirado con sus ridículas zancadas de marchista luciendo sobre su cabeza altiva un gorro que tenía de insignia un águila en vuelo y un largo plumón de ganso.

Niccola Bartali se dedicó a perseguir a los negros de Etiopía por órdenes expresas de sus jefes, aunque otros paisanos suyos se

dedicaban a fornicar con las etíopes prometiéndoles viajes de ensueño a la ciudad eterna, paseos románticos a Venecia, mientras Clara Petacci refunfuñaba: -Me disgusto cada vez que recibo el parte de África. Hoy son cinco los arrestados por convivir con negras. Estos repugnantes italianos, destruirán en menos de siete años un imperio. No tienen conciencia de raza -. En tanto, su adorado amante, el Gran Duce, desde que había dirigido la marcha de sus camisas negras sobre Roma, seguía por todo el país dando discursos masivos con gestos demenciales y azuzando al pueblo a

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

nuevas conquistas para cumplir las grandes proezas de su Nuevo Imperio Romano.

Pero diez años después de Etiopía cuando Benito Mussolini intenta huir de Italia derrotado y es detenido y ajusticiado por los guerrilleros partisanos y luego colgado de los pies en la plaza Loreto de Milán junto a Clara Petacci, el pueblo italiano desahoga los años de desencanto fascista apedreando su cadáver hasta desfigurarle el rostro. Así fue su triste final, así terminó su farsa, su poder de fanfarrias, su cómica arrogancia.

Luego de la derrota, Niccola Bartali no encontró patria ni en su misma patria, pues todos los soldados eran considerados pillos del Gran Duce, aunque sólo algunos lo eran, sobre todo los grandes jefes; sin embargo, una vez que los aliados derrotaron al Eje Nazi-Fascista, Niccola Bartali debió mantenerse oculto como rata de alcantarilla por culpa de Mussolini: - ¡Maldita patria, mala madre!-. Exclamaba delirante de rabia a cada momento, pues lo empezó a perseguir por todas partes el repudio de haber pertenecido al ejército del Gran Duce, aunque a Niccola Bartali no se le pudo considerar hombre malo después, ya que demostró lo contrario en otra patria distinta a la suya: Venezuela.

Nos acostumbramos a oírle: - En aquella época yo estaba muy joven e inmaduro y creía defender mi patria luchando a favor de ese bandido y matón. Ahora trato de olvidar todo en este pueblo profundo -. ¿Por qué profundo, Niccola?-. Le pregunta un parroquiano.

- Digo así, por lo apartado. Está lejos de Caracas, lejos de Maracaibo, y hasta del mundo. Aquí he ido olvidando la guerra y la persecución, a Dios gracias. Es cierto, que guerra es guerra y quien no se defiende como un león, al cielo lo destierran; pero también es cierto que las ganas de vivir se aprenden mejor cuando uno duerme con la muerte, y aunque la guerra me obligó a ser duro y mandé al cielo a muchos entrones, ahora no mato un pajarito; lo que sí me mata son los recuerdos. Sin embargo, aquí vivo bien con los venezolanos. Mi nueva mujer es hija de la partera Benedicta

Linares y del piragüero Ramón Alcántara, ambos de aquí de Santa Bárbara, porque mi esposa legítima quedó enterrada allá lejos en el anegadizo cementerio de Venecia. Si no me equivoco, creo sirvió para menú de peces, pobrecita.

Ella, de pura rebeldía y rabia no quiso huir conmigo de Italia; para colmo, por ser esposa de un soldado del Gran Duce, la dejó de querer hasta su madre, vieja hipócrita y maliciosa.

Recuerdo que cuando fui a visitarla por primera



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

vez para pedir la mano de su hija y me vio entrar con aquel impresionante uniforme del ejército italiano, me recibió nerviosa y solícita; pero cuando el imperio de burlas del Gran Duce se vino abajo, juraba a los cuatro vientos que su gusto era cocinarme en un pailón del infierno a fuego lento. Lamentablemente, con mi huida de Italia mi pobre esposa terminó muriendo de frustración, ella que había creído tanto en el Gran Duce y se sentía orgullosa e invulnerable; pero luego de la derrota con sólo salir a la calle era repudiada, maldecida, escupida; por eso prefirió morir en su casa, como golondrina enjaulada.

Su muerte la supe al año de estar aquí en Venezuela. Un despreocupado hombre del correo me trajo la mala noticia. Casi lo mato. El pobre hombre estuvo varios días carraspeando sangre. Es cierto que me pusieron preso por eso; pero mis paisanos establecidos en el pueblo me defendieron y la policía terminó entendiendo mi rabia del momento, y me soltaron; pero antes de hacerlo me dijeron, que si atacaba a otra persona me deportarían a Italia.

Tuve tanto miedo que jurar por mi madre que sería más santo que el Papa. A Niccola Bartali el recuerdo más inolvidable de su esposa fue su adiós en el puerto de Nápoles, pues cuando el tiempo

tradujo el recuerdo en nostalgia, esa despedida lo atormentó con la misma insistencia de un gran amor frustrado. No sólo en sus ratos de intimidad solitaria, sino en sus sueños, evocaba ese adiós como algo recurrente que así no se desee evocar, asecha siempre, como en una pequeña isla, el mar. Cuando el barco zarpó ella se puso a llorar y sacó un pañuelo blanco para despedirlo. A medida que el barco se alejaba y ella agitaba el pañuelo, éste parecía el vuelo de una paloma blanca perdiéndose en la distancia. Mientras Niccola Bartali la miraba apretaba con fuerza la baranda de cubierta, como enjugando el dolor de perderla, atento únicamente al punto donde ella se quedó parada despidiéndolo. La observaba con tanta obstinación que le empezaron a doler los ojos. Finalmente, cuando ella y el pañuelo dejaron de verse en la distancia tras el líquido acuoso de sus lágrimas, se retiró muy triste al camarote.

Allí presintió que esa despedida sería inolvidable. En efecto, con el correr del tiempo comprobaría que era la peor jugada que le había deparado el destino. Ni la guerra, ni su infancia, ni otro recuerdo de su vida tuvieron tanta intensidad en su ánimo como aquella despedida.

Para la década del sesenta Niccola Bartali se conservaba aún fuerte con sus cincuenta años encima. En su rostro colorado por la continua exposición al sol de los trópicos destacaba la recia nariz afilada que le daba a su perfil aires de navegante; sus



pequeños ojos grises eran enmarcados por unas cejas finas, y un entrecejo ceñudo que les habían inculcado a los soldados para imitar la farsa bravura del Gran Duce. Cuando lo conocí ya tenía el cabello grisáceo, algunas greñas lacias caían sobre su frente estrecha marcada por tres arrugas paralelas, semejantes a un pequeño trío de águilas planeando.

A pesar que sus paisanos arribados al pueblo eran hombres bajos y rechonchos semejantes a Mussolini, él era delgado y alto, de piernas largas y poderosas; tenía el andar dinámico de un jugador de fútbol, deporte que practicaba las tardes de domingo en el estadio municipal junto a otros italianos, suizos de la industria láctea, colombianos tramontanos, algunos criollos, y un ecuatoriano blanco de cabello rubio con un copetón tipo Elvis y un gran lunar que le sombreaba parte del rostro.

Era un hombre pequeño y fornido de gruesos muslos musculosos que un día llegó al malecón en una piragua como equivocado de rumbos y poco después desapareció tan misteriosamente como había llegado dejando atrás una leyenda inolvidable en quienes tuvimos la suerte de verlo jugar.

Niccola Bartali llegó a la Guaira por mar, a Maracaibo por lago, y a Santa Bárbara del Zulia por el río Escalante. La mañana que arribó, el pueblo estaba sufriendo otra de sus frecuentes inundaciones. Mientras la piragua era atada a los amarres sumergidos del malecón y Niccola Bartali vio, a modo de góndolas, cayucos y canoas navegando por las calles anegadas, pensó desengañado que

no valía la pena tan largo viaje si el destino lo estaba sometiendo al castigo mental de haber llegado a una versión poco romántica de su Venecia natal, de donde lo habían corrido. Como había bebido mucho durante el lento viaje por el lago y el río, creía alucinar. Un erecto que le quemó el esófago le provocó síntomas de vómito. Se acercó de dos zancadas a la

baranda de cubierta y al percibir el olor a peje-sapo de las aguas barrosas, se le terminó de descomponer el estómago. Se agarró fuerte de la baranda de cubierta, se inclinó sobre ella con medio cuerpo de fuera arqueándose como si

se fuese a partir por la mitad, y expulsó al río un chorro violento de vómito que lo dejó sudando, lagrimeando y débil con restos de comida maluca entre boca y garganta.

Carraspeó fuerte varias veces y las escupió al río. Varios bagres, semejantes a tiburoncitos, se agitaron en la superficie y en rápida rebatiña se repartieron el vómito y el salivazo.

«Le cayó mal el guarapo». Sentenció un pasajero que lo había visto libar sin treguas. Acto seguido, como soldado que se asoma a su próximo campo de combate, empezó a mirar el pueblo que no sólo sería su destino final, sino su residencia feliz hasta la muerte.

Se fijó en los viejos almacenes de árabes, quienes a pesar de la inundación no cerraban sus puertas; pero al ver las calles anegadas, tuvo la equívoca impresión que éstas eran las ramificaciones de un delta donde el río iba a desembocar. De inmediato sintió ganas de regresar volando a Maracaibo,



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

pues todo le parecía una película desmejorada de su añorada Venecia; pero al recordar los barcos extranjeros anclados en el puerto de Maracaibo, pensó arrepintiéndose: “Maracaibo está más cerca del mundo que me ha perseguido”.

Además, a continuación pensó: “Ya que estoy aquí, terminaré de llegar”.

Niccola Bartali llegó a Santa Bárbara atendiendo la invitación de un familiar enterado de su difícil situación, quien se había venido antes de terminar la guerra. Ya era tarde para despreciarla.

Finalmente, tomó un cayuco de taxi que lo llevó por ese simulacro de calles venecianas hasta la casa del familiar.

Entró al jardín con el agua a la cintura, y allí en un dramático reencuentro se abrazaron llorando de alegría y de dolor. Subieron las escaleras chorreando agua. Sin embargo, poniéndole buena cara al mal tiempo, lo primero que preguntó burlón a su familiar fue, que si se había venido a este pueblo por nostalgia de Venecia; pero éste le explicó riendo, que esas inundaciones eran frecuentes y que poco a poco se recogerían las aguas y se restablecería la vida normal.

Seguidamente y sin preámbulos, manifestó deseos de dormir por hallarse en un estado calamitoso de embriaguez y cansancio. Además de borracho, estaba cansado del viaje, del mundo, y del alma. Le cedieron una cama en el segundo nivel de la casa, pues en planta baja los enseres domésticos estaban montados en muros de bloques. Expresó sus disculpas a la familia que lo miraba en silencio solidario, y se retiró a dormir. Se entregó al sueño como muerto. Soñó con su feliz infancia veneciana, donde vio repetir una escena: a su madre recibéndolo emocionada luego de llegar de la escuela de aprobar el primer año de primaria, incluso volvió a sentirse protegido cuando sintió

su cálido abrazo y le oyó la misma emotiva frase de entonces: - ¡Mío bello bambino! -.

Después hubo una playa mental en el sueño y ya no estaba en su Venecia natal, sino en el pueblo inundado que había llegado. Le extrañó ver mezcladas cosas de Venecia con otras de Santa Bárbara. En vez de góndolas, vio la piragua que lo trasladó. Lo que no se parecía a los canales de Venecia era esa agua amarillenta y viva del río Escalante.

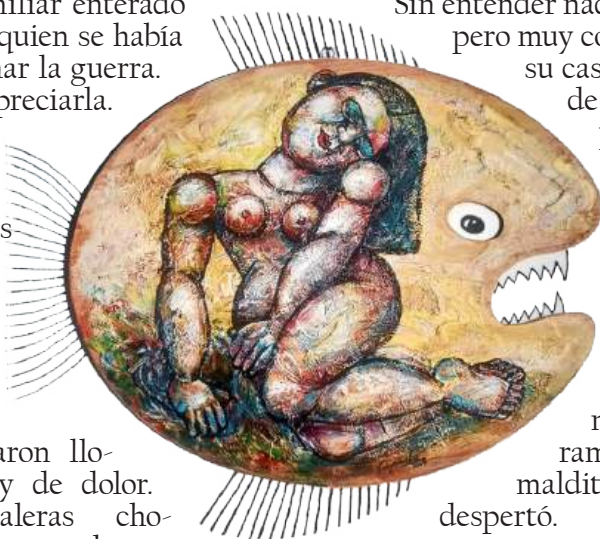
Sin entender nada,

pero muy contento, vio la piragua frente a su casa de Venecia, donde en planes de mudanza estaban la madre, el padre y todos sus hermanos acarreando enseres domésticos para mudarse de nuevo a su amada casa de la infancia. Eso en el sueño lo hizo muy feliz.

No se sentía tan feliz desde hacía mucho tiempo. En el mismo sueño se le salió un juramento: - ¡No erraré más por este maldito mundo! -. Ese juramento lo despertó.

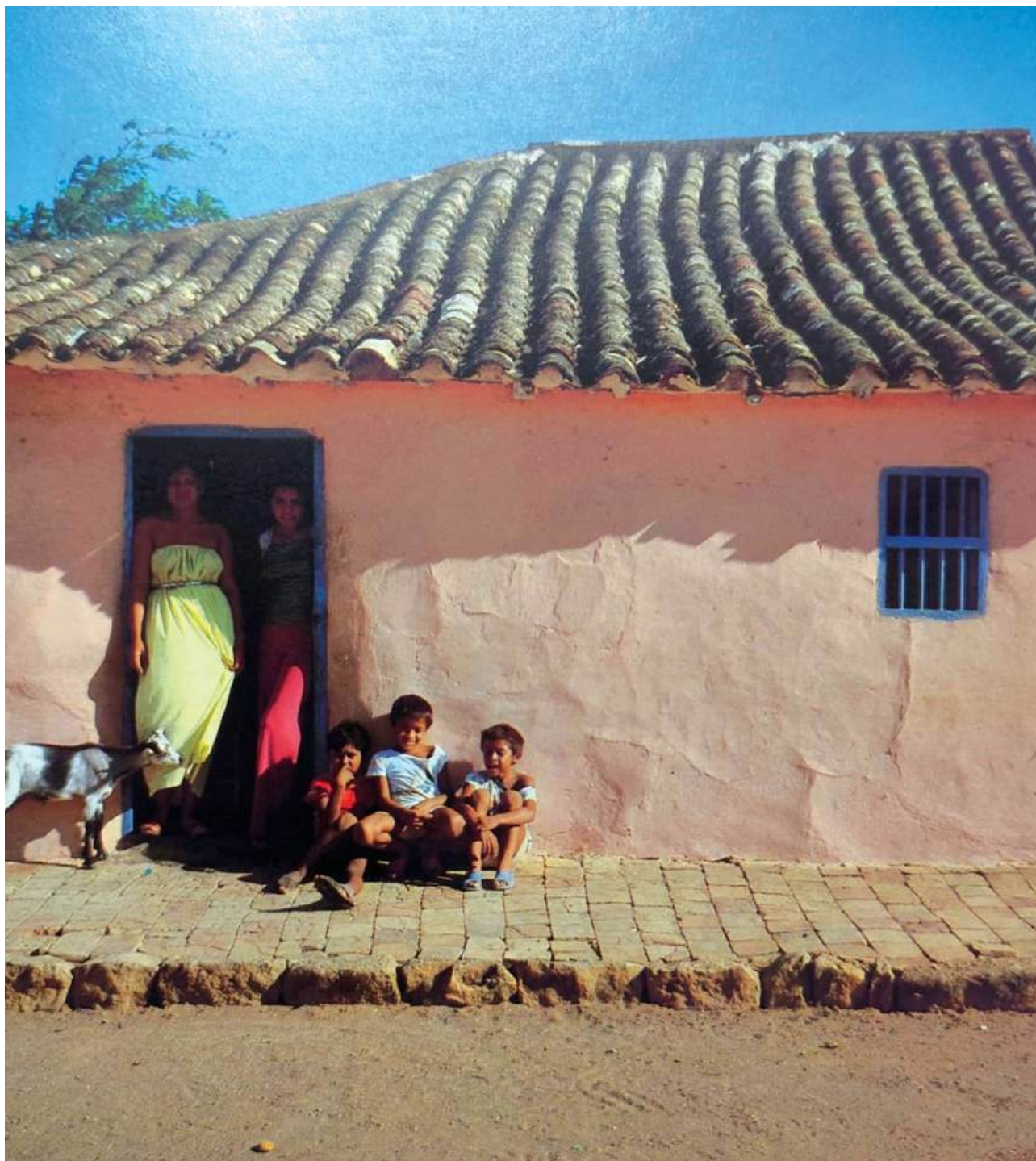
Le ardían sus pequeños ojos grises; a causa de la crápula del día anterior, tenía la boca reseca; pero de inmediato le empezó a preocupar su destino inmediato y futuro. Sólo tenía una cosa clara: trabajar duro como lo saben hacer los italianos emigrantes. Ya cuando había logrado bienestar, la gente vieja del pueblo aún recordaba las condiciones tristes en que llegó. Trajo consigo, como único anexo de su lastimosa pobreza de emigrante en desgracia, una destartalada maleta conteniendo sus viejas ropas, rotas y sucias. Después todos se admiraban cómo logró enriquecerse, aunque sus ropas de trabajo siguieron iguales de sucias pues le gustaba lidiar con vacas y barro junto a los trabajadores de su hacienda.

Niccola Bartali se acostumbró a decir a modo de remate filosófico: - Qué otra cosa mejor podía hacer en la vida un emigrante. La patria puede estar cualquier parte: la mía la encontré en Venezuela.



Kuruvinda

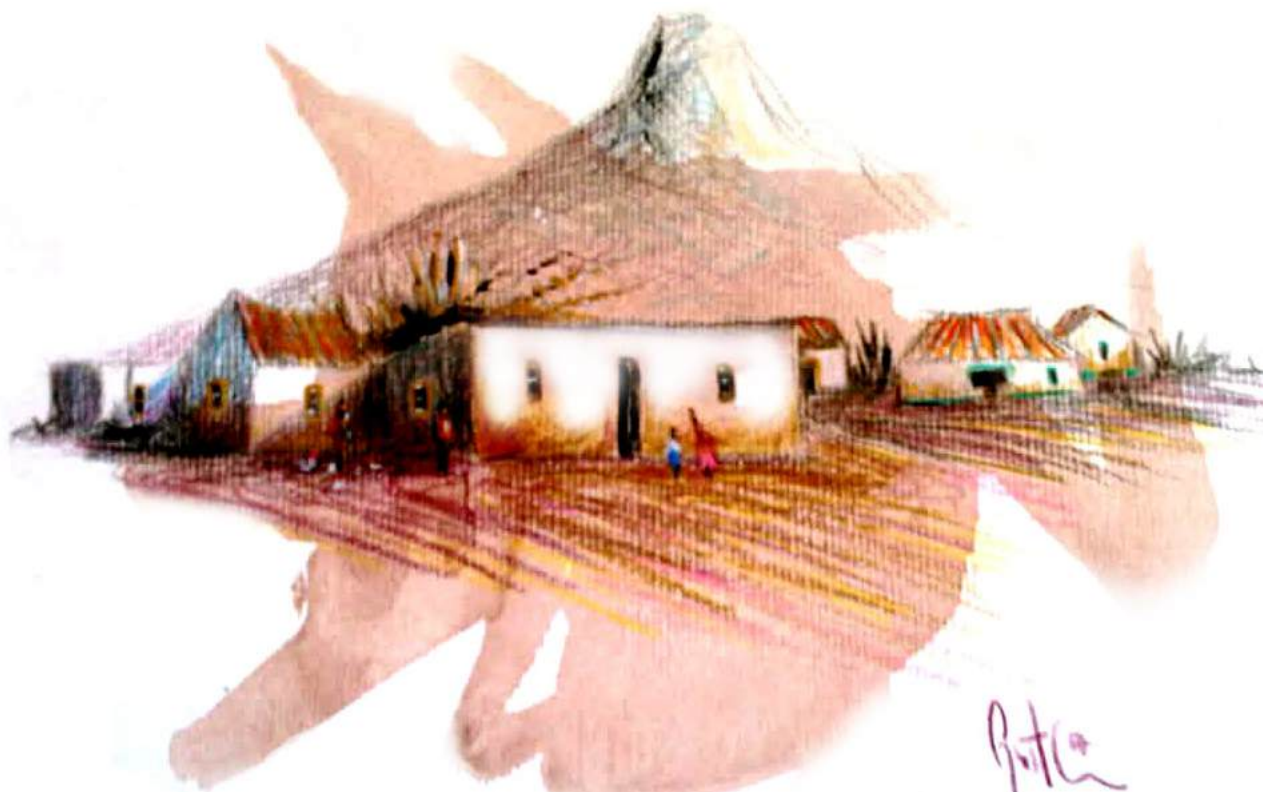
revista
de raíces y diversidades



Paraguaná, Graziano Gasparini y otros, Ernesto Armitano Editor, Caracas, 1985 Pág. 92

Gustavo Colina

AGUA EN TOTUMA



Recuerdo ese librito rodando por mi casa, entre manos y tardes.

Creo que Virgilio Arteaga y Héctor Hidalgo Que- ro tenían que ver con ese texto, no, miento, (cómo dice papá) es de Juan de la C Esteves; eran páginas amarillentas, terrosas y frescas, era un poemario que manaba dulce agua de los caminos agrestes de la vieja Paraguaná.

Al llegar de la escuela, papá me montaba en sus hombros y, salíamos a patas a la calle de todos, en alguna puerta estaban los afectos inmediatos de él y míos, por supuesto.

Esa casa amarilla, fundida en un jardín de caye- nas rosadas era su casa y la mía.

En ella vivían la espera cuatro taburetes, dos si- llas de mimbre con tripa plástica roja, una mesa muy rústica curtida, cuatro sillas “moruyeras” (de Moruy decimos en Paraguaná) o dicho para todos, “sevillanas” de tablado de gitanos malpor- taos, escoñetadas pués.

El cuarto de mis abuelos tenía unos afiches de Bud Rogers y Alí Primera; un cuatro guindao en una alcayata, por supuesto: un chinchorro, una gran cama fresca, aunque quisiera nunca pude acostarme en ella, ni mi abuela ni mi madre me dejaron alguna vez.

Recuerdo si, el aroma tramado de flores y sudores viejos, nunca podría decir que era desagradable, es más, he encontrado esos aromas en otros luga- res lejos, muy lejos. Fíjense: en Colombia, en una



Paraguaná, Graziano Gasparini y otros, Ernesto Armitano Editor, Caracas, 1985 Pág. 203

casa de Boyacá y, otra casa, en Misiones del Paraguay, arrechó es que esas cosas se van tan lejos o para siempre.

Recuerdo el fogón curtido por el negro humo, no existía en esa casa nada que no fuera necesario; autárquico, propio. Era de una pobreza tan rica y creativa que hoy, sería una referencia de lo que debe hacerse para sobrevivir a los nuevos tiempos.

El cuatro colgaba metido en una funda de almohada, más de un regaño me gané tratando de bajarlo para tocarlo. Era yo, un niño delgado y bastante necio; bueno, sigo siendo necio, lo otro, lo dejé de ser hace rato.

Chindo cantaba sus décimas con el café que mi abuela Julia nos traía.

Eso era todo, por eso cuidaba ese cuatrico tanto como a unos zapatos de patente que tenía.

Al costado del fogón, en un horcón estaba la tinaja; ese estómago de barro fresco que contenía el agua, una totuma para tomarla de allí mismo; era inigualable su sabor. Imagino que entre minerales, parásitos y otras cosillas se hicieron parte indeleble de mi memoria.

Los recuerdo a ellos con todo y sin nada, tan míos y tan “yo” hoy.

Soy todos esos elementos que ellos sembraron en silencio a este “tierrúo” que hoy soy.

Se que esa tinaja no estaba solo por estar, esa tinaja estaba para seguir estando y refrescarme el camino y, el “ellos” que soy para siempre.

<https://youtu.be/nW87ewTwZGM>

PD, el libro “Agua en totuma” es de Juan de la Cruz Esteves. Gracias a José Hernández Brett por referir ese libro Un beso.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Autor: Nerio Quintero Título: Paisaje Encriptado
Dimensiones: 1,50x1 mts Técnica: Óleo sobre tela Año: 2004

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



DOSSIER

HUMBERTO FERNÁNDEZ MORÁN
Ilustrador: Hilario Atienzo



HUMBERTO FERNÁNDEZ MORÁN

Dr. Ángel Luis Viloría Petit

Discurso de Orden del Dr. Ángel Luis Viloría Petit, pronunciado el 17 de marzo de 2025, en el acto solemne e histórico al incorporar, el gobierno bolivariano, los restos mortales del científico venezolano Humberto Fernández Morán al Panteón Nacional.

Fotografías en la Web. Créditos a quien corresponda.

Humberto Fernández-Morán, en realidad Humberto Avelino Fernández (Villalobos), fue un niño prodigio, un estudiante aventajado hechizado por la ciencia y finalmente un pensador, un creador que brilló con una intensidad muy difícil de igualar”, precisó en su discurso, ante tan pertinente como trascendental evento. fue un niño prodigio, un estudiante aventajado hechizado por la ciencia, y finalmente un pensa-

dor, un creador que brilló con una intensidad difícil de igualar. No fue que pasara de una etapa a otra, sino que a lo largo de la vida acumuló facultades. Su genialidad consistía principalmente en la rapidez con que aprendía y en su originalidad creativa. Su vitalidad fue tan enigmática como su presciencia, que es la rara capacidad de conocer o presentir lo que aún no ha sucedido. Esta visión hacia el futuro lo distinguió como descubridor e inventor. Estuvo siempre un paso por delante.

Venezolano ante toda circunstancia, nació en Maracaibo el 18 de febrero 1924 y murió en Estocolmo un 17 de marzo de 1999, hace hoy 26 años. En un testamento escrito pidió la posibilidad de ser sepultado al lado de su padre, Luis Felipe Fernández-Morán, pero poco antes que se apagara su luz imaginó a su poderosa manera de presagio, merecer un honor superior, reposar en este solemne panteón.

También es un honor inefable para mí, estar presente hoy, en este lugar, y relatar alguna historia para justificar su causa y defender su derecho al desagravio.

Sus cenizas pasaron un año en Escandinavia, con su esposa Anna Browallius, quien diligentemen-

te las llevó a Maracaibo. Allí estuvieron 25 años pagando promesa al padre amado en el mausoleo familiar del Cementerio El Cuadrado, y hoy el estado venezolano en justo reconocimiento a sus humanos logros y a los servicios prestados a este país y al mundo, ha decidido recibirlo con honores y gloria en el recinto donde se reúnen

los grandes de la historia de la República Bolivariana de Venezuela.

En representación del pueblo de Maracaibo, de la región zuliana y de la entera y brava nación venezolana traigo los agradecimientos al Gobierno Bolivariano de Venezuela, especialmente al ciudadano Presidente de la República Nicolás Maduro Moros, a la ciudadana Ministra del Poder Popular para Ciencia y Tecnología y Vicepresidenta Sectorial de Ciencia, Tecnología y Salud, Gabriela Jiménez y a los miembros de la Asamblea Nacional de Venezuela por la consideración razonada y la aprobación de este gran acto

de justicia para exaltar la figura del sabio Doctor Humberto Fernández-Morán, médico, biofísico, investigador científico, profesor, microscopista electrónico, inventor, tecnólogo, humanista y civilizador.

De sus prolíficos 75 años de vida, Fernández-Morán dedicó solamente tres, de abril de 1955 a enero de 1958 al proyecto que cambió la historia de la ciencia y la tecnología en Venezuela, la creación y establecimiento del Instituto Venezolano de Neurología e Investigaciones Cerebrales (IVNIC), el



Dr. Humberto Fernández Morán



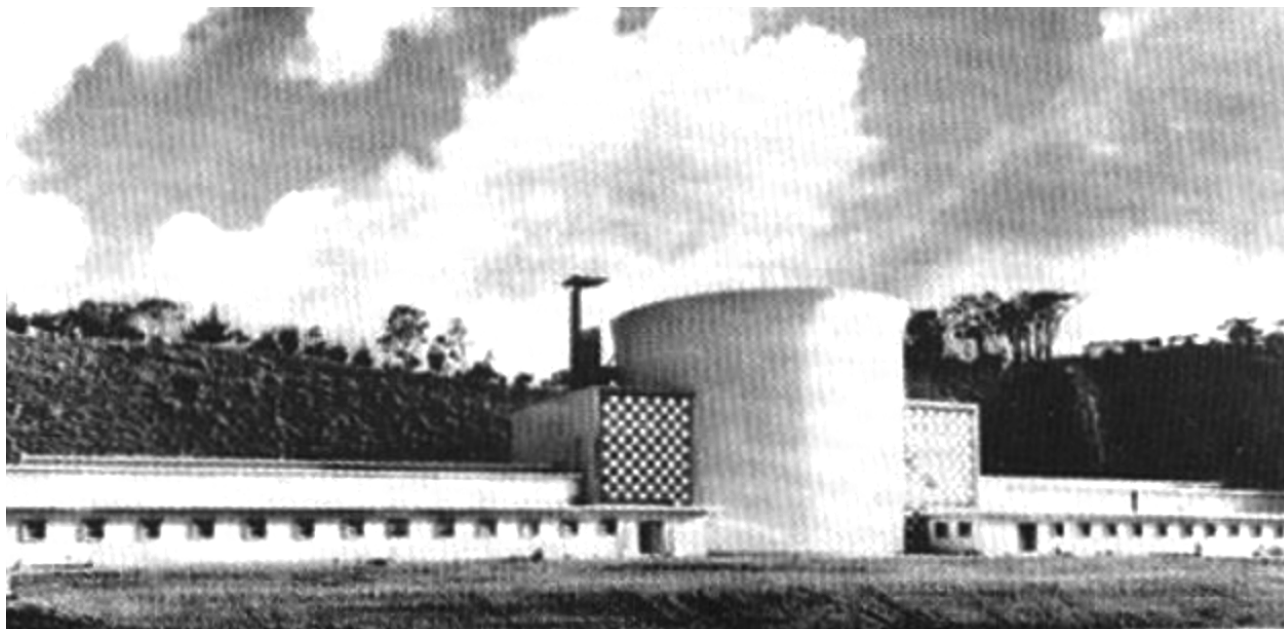
Dr. Humberto Fernández Morán, Dr. Jorge García Tamayo y el Dr. Pedro Iturbe. Laboratorio de Microscopía electrónica. Hospital General del Sur “Dr. Pedro Iturbe”. Maracaibo, 1971

cual devino en Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) en 1959. Es posible afirmar que el IVIC a su vez sembró directamente las semillas del Instituto Tecnológico Venezolano del Petróleo (INTEVEP, en 1974), el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA, en 1979), la Fundación Instituto de Ingeniería para Investigación y Desarrollo Tecnológico (FII, en 1980) y la empresa biotecnológica Quimbiofec (en 1988). Un impacto notable en la institucionalización de la ciencia y la tecnología en Venezuela.

La idea del IVNIC es una anticipación preclara a las tendencias actuales de la ciencia vanguardista, el inminente desarrollo de las neurociencias, la exploración del cerebro humano, la interacción de los seres vivos con las máquinas, conocida como cibernética y la inteligencia artificial. Su proyecto, que contemplaba en anexo un hospital

para estudiar y tratar enfermedades cerebrales fue publicado con muchas precisiones en la revista Acta Científica Venezolana en 1950.

Fernández-Morán tenía 26 años y estaba en Suecia, cursando estudios doctorales. La idea fue recibida con recelo por una parte de la comunidad científica venezolana y en un artículo posterior fue considerada como desmesurada e inapropiada para el país por el propio editor de la revista, Francisco de Venanzi. Sin embargo, hacia 1952 llamó la atención de algunas autoridades gubernamentales, particularmente los Dres. Pedro Gutiérrez Alfaro (Médico Obstetra, Ministro de Salud 1952-1958) y Edmundo Luongo Cabello (Ingeniero Petrolero, Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas, Ministro de Energía y Minas 1952-58).



Reactor Atómico en el Instituto Venezolano de Neurología e Investigaciones cerebrales (IVNIC).

Al final de sus estudios doctorales, Fernández-Morán es llamado al país y con el apoyo definitivo de Gutiérrez Alfaro logran la aprobación de la Presidencia de la República y la asignación de fondos para iniciar la ambiciosa obra civil. Llama la atención que en tan corto tiempo se abrieran las vías, se iniciara y culminara la construcción de la primera etapa del instituto, totalmente autosuficiente en el suministro de energía y agua, se adquirieran en el extranjero equipos e instrumental de alta tecnología, se instalaran talleres especializados, se construyeran otros equipos in situ, se iniciaran las labores de investigación y producción tecnológica, por ejemplo, el taller de producción de cuchillas de diamante, invención y patente de Fernández-Morán que data de antes de 1953, y que representó el mayor avance de la ultramicrotomía, imprescindible para el desarrollo de la microscopía electrónica. Aún así, se contrató personal de todos los oficios y disciplinas, se iniciaron investigaciones, se obtuvieron resultados y se publicaron artículos en prestigiosas revistas científicas que los reportaban a la comunidad mundial de especialistas.

En esos años el prestigio de Fernández-Morán, la mejor medalla que puede aspirar un investigador científico, se incrementó vertiginosamente. Se

conocen muchos detalles de esa historia, imposibles de repetir en este momento.

En todos los ámbitos sociales, el éxito suele ser genuinamente reconocido. Las sociedades científicas cuentan con una estructura de valores en donde idealmente el éxito puede ser medido por la importancia relativa, la calidad y el alcance de los descubrimientos, y existen mecanismos de reconocimiento y recompensa, financiamientos, premios, títulos honoríficos, particularmente desde que la ciencia se institucionalizó a través de sociedades de intercambio de conocimiento entre pares y de organizaciones de carácter complejo como universidades o institutos concebidos especialmente para la práctica de la actividad científica. Esta actividad, por consenso, se considera buena para el progreso humano, aunque frecuentemente los personajes más siniestros de la narrativa de ficción aparezcan representados como científicos locos, psicópatas, genios desprovistos de juicio, deficientes o carentes de moral. Creo que esta noción del científico loco nace del temor que genera la expectativa de la manipulación inadecuada o desmedida de la naturaleza, sus elementos y de las fuerzas o energías contenidas en ella.



Dr. Humberto Fernández Morán

Básicamente es una idea asociada al instrumento peligroso que puede ser la ciencia en poder de la perversidad humana. En la mitología

clásica griega existe un personaje femenino, Némesis, quien detestaba la perversidad humana y representaba el sentimiento moral reprobatorio de la violencia y el exceso, convirtiéndose así en la diosa de la justicia retributiva y de la venganza. Por alguna razón al personaje antagonista de cualquier exceso, en este caso el exceso de éxito

suele llamarse Némesis.

Por el aislamiento geográfico del IVNIC y la idea de su líder obseso y realmente inmerso en el empeño de cumplir sus metas, empezó a prefigurarse por primera vez en Venezuela la idea del científico loco, especialmente entre antagonistas y burlescos. El gran éxito inmediato de Humberto Fernández-Morán encontró su némesis no en viejos enemigos ni entre los grandes hombres de ciencia de otros países que competían fuertemente en ese momento por lograr los descubrimientos más

notables en neurología y microscopía electrónica, sino entre sus propios colegas de Caracas, particularmente alguien a quien él consideraba un verdadero amigo.

En la medida en que se incrementaba el éxito del sabio creador y el prestigio de la institución que había fundado también se estaban fermentando, no muy lejos de ese Olimpo de los Altos de Pipe, sentimientos antagónicos que se nutrieron de las aversiones al apoyoprácticamente ilimitado que recibía Fernández-Morán de un gobierno considerado de facto y dictatorial. En la transferencia de la tradición de los mitos helénicos a la cultura romana pesa en Némesis no sólo la representación de la venganza divina, sino además la confluencia de los celos, surgiendo así el personaje equivalente, de mayor complejidad, la poderosa diosa Envidia.

Llegado el momento de la desgracia, por la razón que sea, al final drástico que tuvo el gobierno de Marcos Pérez Jiménez, sobrevino la defenestración de Fernández Morán, quien además hacía muy poco había aceptado la cartera del Ministerio de Educación en el más complejo escenario imaginable de agitación estudiantil, disturbios callejeros y caos. Por haber vivido la experiencia de la gran guerra en la Alemania nazi, la sociedad caótica no le era desconocida.

Vale la pena citar un breve pasaje de su alocución ministerial transmitida por la radio por lo menos en la zona central del país: A los padres de los estudiantes, que cumplan con el deber de mentores a quienes ha de preocupar la continuidad en

la formación de sus hijos, y con el de ciudadanos que por la madurez de juicio, están en la obligación de velar por la consolidación de la paz social. A estos padres de familia les pido que colaboren con las autoridades para evitar que sus hijos sean víctimas de los agitadores profesionales, quienes saben crear situaciones de peligro pero no dan el frente en el momento decisivo.

No emitiré otros comentarios, excepto que el mensaje, prácticamente estéril en ese momento, tuvo toda la intención de concertación y paz.

Después de 70 años queda claro que vivimos en el mismo país.

En medio del momento político, Fernández-Morán vio difuminarse cualquier posibilidad de negociación para poder permanecer en el instituto. Sin embargo, su prestigio como científico era tan grande que el ministro de salud recién nombrado tardó en manifestar opinión, y más en tomar una decisión al respecto, por no encontrar elementos de juicio suficientes.

Citaré un comentario del hermano del sabio, Tito Fernández-Morán, rememorando aquellos momentos angustiosos: Humberto, no hallan que hacer con vos.

fotografía de Dr. Humberto Fernández Morán

Hablaré con voz propia por el testimonio que escuché del Dr. José Vicente Scorza hace dos décadas y por documentos que leí varias veces en los repositorios del Ins-



Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



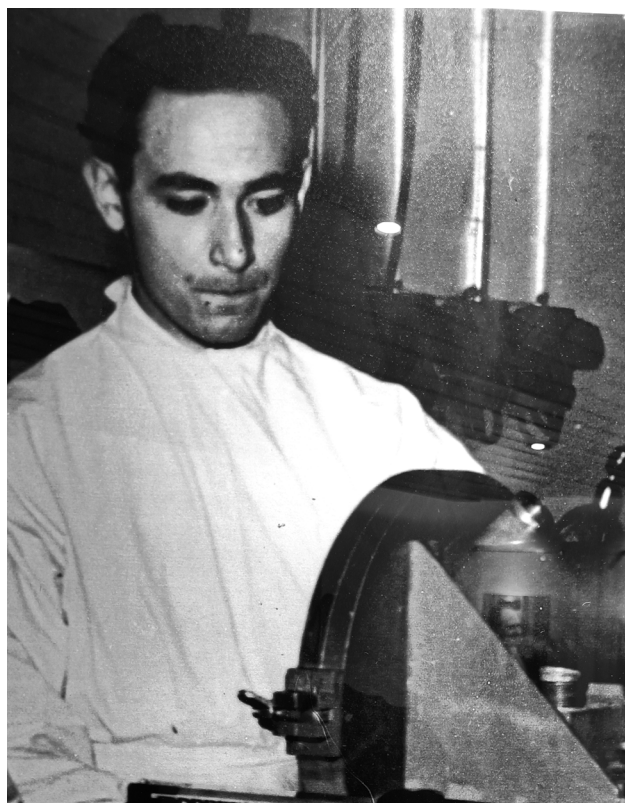
tituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Existen dos informes preparados para descalficar a Fernández-Morán, el primero, elaborado diligentemente, quien sabe si con antelación al 23 de enero de 1958, por los miembros de la Fundación Luis Roche, fue entregado confidencialmente al recién nombrado ministro de sanidad de la junta de gobierno de Larrazábal.

El emisario fue el propio Scorza, quien declararía cincuenta años después haber sido usado y sentirse arrepentido. Ese informe sirvió para justificar la destitución del creador y director fundador del IVNIC.

Hasta ahora nadie lo menciona, está perdido. Urge mucho localizarlo, por amor a la justicia. Debe existir copia en algún archivo ministerial o de quienes lo redactaron, designados en los próximos meses por sendos decretos, el uno Rector de la Universidad Central de Venezuela y el otro, Director del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.

El segundo informe es bien conocido, su contenido nunca fue confidencial, sino concebido a propósito por la comisión asesora del IVNIC como una colección de entrevistas a los trabajadores del instituto para propagar la infamia. Tal expediente no cumple las condiciones mínimas para acusar y enjuiciar (el acusado estaba ausente y sin derecho a la defensa). No es un documento objetivo, mucho menos científico. Es un reporte de percepciones, maniobra que por cierto se usa mucho en la actualidad para generar falsas estadísticas, especialmente ahora cuando las redes sociales permiten alterar la percepción individual y colectiva de la realidad.

En el mínimo universo de encuestados no hubo otro recurso que el de la coacción. Es muy claro, todos eran empleados del IVNIC, atemorizados o por lo menos desconcertados, testigos de la destitución reciente. Algunos de ellos ya se habían ido del país voluntariamente, asumiendo que serían despedidos, aunque la versión propagada es que se fueron hastiados del trato que recibían, se les pidió retornar y fueron interrogados inmediata-



Humberto Fernández Morán en 1947, con solo 23 años de edad trabaja en el Instituto Nobel de Física en Estocolmo, con el microscopio electrónico magnético diseñado por su Director, el profesor Manne Siegbahn

mente después del reenganche. Ese fue el caso de Gunnar Svaetichin y Genot Bergold. Allí se acusó a Fernández-Morán de autocracia, autoritarismo y abuso en la exigencia laboral de los trabajadores, de tener mal genio, y otros rasgos de personalidad prepotente que fueron mucho más comunes en los años que han seguido, no solo entre algunos directores, jefes de centros y departamentos del IVIC, sino también entre investigadores sin autoridad formal.

Muy poco o nada se dice sobre presuntas faltas graves a la institucionalidad o a la ética científica. Tampoco se evalúa seria y objetivamente el alcance de la obra adelantada en esos tres años por Fernández-Morán, tanto en lo científico como en lo institucional. Ya no se trataba de castigar al acusado sino de desacreditar su imagen de una forma que se antoja ridícula.



Dr. Humberto Fernández Morán

En la actualidad un informe de esa naturaleza se consideraría un monumento al cotilleo y la chismografía criolla. Podría denominarse el hazmerreír de la historia de la ciencia venezolana si no fuera porque de allí desprenden otras difamaciones que empezaron a circular con tal persistencia, como aquella propagada por Marcel Roche de que Fernández-Morán era un mitómano, versión que hasta el mismo General Pérez Jiménez se creyó en años posteriores.

Mucho ha dado que hablar también la cínica invención del apodo “brujo de Pipe”, absolutamente mal intencionada. Fue sin duda, una creación desafortunada del humanista y escritor venezolano Mariano Picón Salas, educado en Chile, donde la palabra brujo equivale a charlatán. Es un parafraseo del apelativo aplicado al exitoso inventor estado unidense Thomas Alva Edison, “The Wizard of Menlo Park”, donde la palabra “wizard” traduce mejor como “mago”. Esto lo conocía bien Picón Salas, quien había sido profesor

universitario en los Estados Unidos. Se refirió a Fernández-Morán con esta frase en un programa de televisión y en un artículo publicado en un conocido diario capitalino.

Todos estos son asuntos insignificantes frente a la sólida obra científica que desarrollaría Fernández-Morán en las décadas siguientes como investigador y profesor en el Instituto Tecnológico de Massachussets y particularmente en la Universidad de Chicago, donde probablemente tuvo sus mejores logros como investigador, y de donde salió retirado en 1986 habiendo sido el Director Fundador del Laboratorio de Microscopía Electrónica del Instituto Fermi dedicado al estudio de la superconductividad y la óptica electrónica a temperaturas ultrabajas (criomicroscopía electrónica).

Las postulaciones de Humberto Fernández-Morán como candidato al Premio Nobel de Fisiología y Medicina ocurrieron a finales de la década de 1960. Es un tema que hay que investigar un poco más a fondo, porque no fueron iniciativas venezolanas,

sino propuestas que hicieron colegas y colaboradores desde otros países que juzgaron muy meritorias entre otras, sus invenciones e innovaciones, como lo fue la cuchilla de diamante y varias otras mejoras tecnológicas relacionadas con el desarrollo y perfeccionamiento de la microscopía electrónica.

Un requisito para elevar la posibilidad de ganar tan prestigioso premio es el apoyo de la academia de ciencias del país de la nacionalidad del postulado. Fernández-Morán fue individuo de número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de Venezuela desde 1953 y sin embargo no recibió el apoyo de esta organización, inclinada en cambio a apoyar la paralela candidatura de Marcel Roche al premio Nobel, la cual si se envió desde Venezuela en los mismos años, y con menos posibilidades de ganar por el tipo de alcance de su obra científica. Los eruditos en arte, quienes saben identificar los rasgos de estilo, pincelada, técnica de los grandes maestros suelen descartar las obras que no son auténticas atribuyéndolas a “una mano menor”. Aquí vale la comparación: de aquella generación de científicos en Venezuela, Fernández-Morán era el gran maestro, el Da Vinci, el Raffaello, el Goya, los otros, manos menores.

Fue un desatino de la academia de ciencias no apoyar oportunamente a Fernández-Morán. En 1967, cuando esa institución cumplía 50 años, ya empezaba a dar muestras insanas de politización. Esta orientación tendenciosa se ha exacerbado para desvirtuar la naturaleza, el espíritu y la misión de la institución, la cual ha perdido sus capacidades de organismo asesor. Hace daño al país usando un nombre muy grande que desorienta al mundo en cuanto a darse autoridad, sin tenerla, firmando más pronunciamientos politiqueros que trabajos científicos.

En un país como Venezuela, de treinta millones de habitantes, una academia cuyo estatuto no permite sino treinta individuos de número, muchos de los cuales o viven en el extranjero o no realizan actividades académicas, tiene menos peso que un equipo de baseball.

No tuve la fortuna de conocer personalmente a



Dr. Humberto Fernández Morán

Fernández-Morán. Me he acercado a algunos de sus familiares y amigos, de quienes he podido recabar información anecdótica muy interesante que revela la dimensión humana del personaje. He interactuado con casi todos sus biógrafos, y los estudiosos de su copiosa obra científica, bastante especializada para ser entendida sintéticamente. No voy a ser capaz de enumerarla hoy. No la comprendo sino a través de la interpretación de estas personas.

Por misteriosas vías me ha tocado no pocas veces, como hoy, estar ante la presencia espiritual del sabio, de su obra, de su legado intelectual y material. Hace como 20 años la Fundación Editorial Salesiana publicó un libro infantil sobre la vida de Humberto Fernández-Morán, una biografía alegórica, con bonitas ilustraciones. Allí aparece el sabio rodeado de mariposas marrones en los bosques de Altos de Pipe, con mención de estos insectos en el texto.

Siendo aquellas mi objeto de estudio y esas montañas mi sitio de trabajo, me quedé pasmado cuando tuve en mis manos ese trabajo casi desconocido de Marlene Arteaga Quintero y Vanessa Balleza. En aquel momento pensé que era el más esotérico de todos los acercamientos que había tenido hacia esa figura. Sin embargo, parece ahora un hecho más impenetrable y oculto poder acompañarlo junto a esta distinguida audiencia al destino de paz que le esperaba, finalmente, después de su último y más largo exilio.

¿Por qué hablo del último exilio? A los cinco años fue llevado a vivir con su familia en el populoso barrio del Bronx, ciudad de Nueva York, a orillas del río Harlem destino predilecto de los inmigrantes pobres del mundo. El Bronx fue particularmente afectado por el crash económico de 1929, y la orden del día en esos años fue el cierre de fábricas, las huelgas de trabajadores, el desempleo y la pobreza. Se vivía en medio del sufrimiento generalizado y había malestar social. Los programas gubernamentales proporcionaron puestos de trabajo. Las autoridades del condado organizaron un programa de huertos comunitarios, las emblemáticas Soup Kitchens, lugares donde se cocinaban y repartían sopas gratis, bien representadas en fotografías de época por las largas filas de gente harapienta, sin nada que envidiar a los escenarios críticos de hace pocos años en la Venezuela sabotada por banqueros, empresarios y especuladores.

Ese era el espectáculo de la calle a la salida de la populosa escuela pública DeWitt Clinton, donde empezó la primaria el niño Humberto Avelino en 1930.

Regresar a Maracaibo, la sofocante ciudad caribeña y polvorienta, la de las cañadas insalubres y los niños barrigones de 1936, seguramente fue una bendición. Los que vendrían fueron sus dos años más felices. Es confiado por sus padres a un tutor alemán de 80 años que lo lleva a su país para ingresarlo a la Comunidad Escolar Libre de Wickersdorf. Aunque acababa de empezar la guerra en el momento en empieza la carrera de medicina en la Universidad Ludwig-Maximilian de Munich, no entenderá mucho de ella sino cuando encuentra la ciudad bombardeada por primera vez al regresar de unas vacaciones en el trópico en 1940. La gravedad de su circunstancia y pobreza determinan su cambio de carrera, de física y matemáticas a medicina, entre otras cosas para poder comer en el hospital donde trabaja. Quedan a la vista los horrores de la guerra.

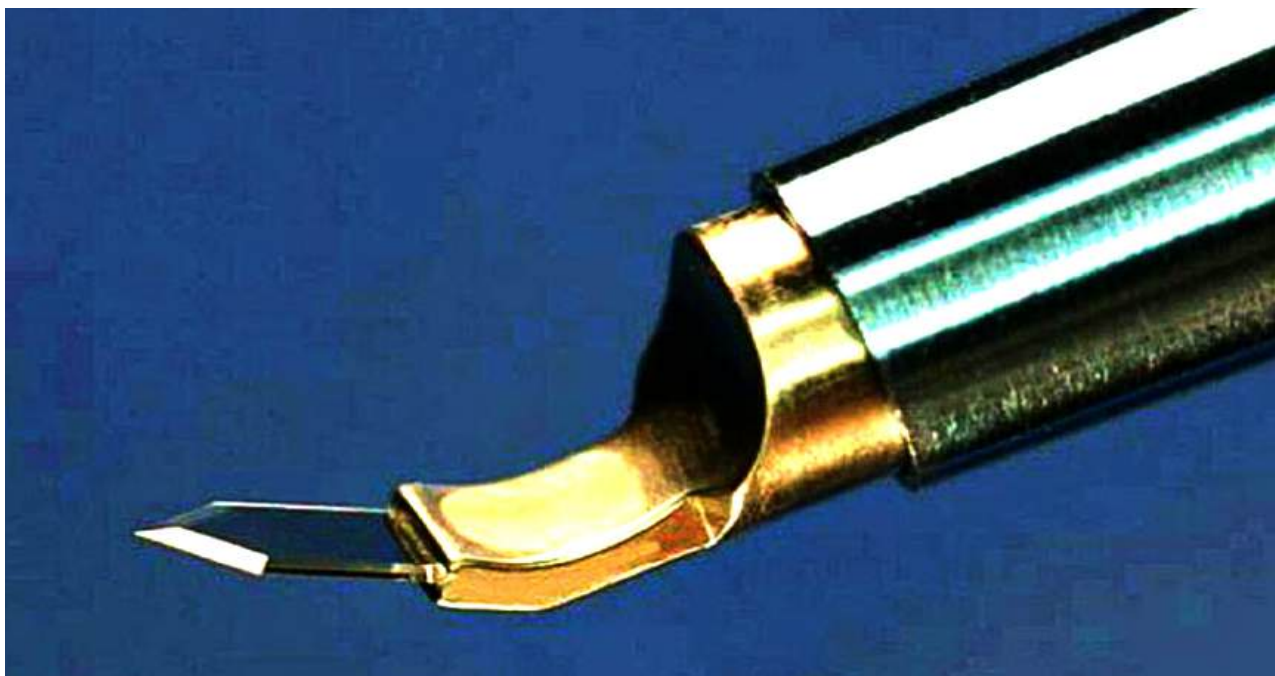
A los veinte años se gradúa de médico con los más altos honores, entre ataques aéreos que ya han hecho estragos en la ciudad. El 13 de julio de

1944 la Universidad en Munich es destruida por las bombas. La universidad estuvo cerrada hasta 1946. Su familia lo dio por muerto. Pero se había movilizado a la capital unas semanas antes.

Su movilización inmediata a Berlín fue mediada por la colaboración de un compañero de dormitorio, alemán, quien recomendó al venezolano ubicar a su madre en la capital y en una gestión que valdría la pena documentar mejor, se presenta en la Embajada de Suiza en el momento en que la Cruz Roja Internacional gestionaba con prisa una evacuación de víctimas de guerra. Es canjeado el 31 de julio por un prisionero alemán y remitido a España con grandes dificultades. Fue la última operación humanitaria que pudo hacer la Cruz Roja en Alemania antes del final de la guerra. Hará escala en Estados Unidos y Curazao, antes de completar el ciclo de su segunda larga ausencia de Maracaibo. Su temple es ahora el de un joven maduro, lleno de independencia y coraje, que no experimenta ningún tipo de complejo ante los extranjeros. Sin embargo, sigue siendo menor de edad.

Pronto revalida su título en la Universidad Central de Venezuela viaja a Estados Unidos, y recibe entrenamiento de neurocirugía en la Universidad George Washington, visita a Albert Einstein en su residencia en Princeton, New Jersey, ocasión que marcará el rumbo de sus estudios de posgrado en Suecia. En 1946 se encuentra en Maracaibo realizando cirugías cerebrales a pacientes psiquiátricos.

Cuando se reabre la Universidad del Zulia ya no está en la ciudad. Se dirige a Estocolmo a iniciar estudios de posgrado. Lo demás ya es historia conocida. Los profesores Rafael Molina Vilchez y Jorge García Tamayo están próximos a publicar una extraordinaria biografía crítica de Humberto Fernández-Morán. Encuentro en ella bastante novedades. No hay tiempo ni he pedido permiso para comentarlas, pero es realmente asombrosa la precocidad del sabio venezolano. Sus experimentos para desarrollar la cuchilla de diamante datan de 1948, cinco años antes de que la patentara por primera vez. Detrás de la costosa empresa estaba en Maracaibo Don Luis Felipe, papacito, el padre



Artefacto prototipo con hojilla de diamante

comprador de diamantes, quien fallece ese año, todavía muy joven.

Cuando lo alcanza su hijo en 1999, la mala noticia nos llegó con sordera, desde lejos, con poco ruido. Aún más silenciosa fue la repatriación de sus cenizas y su inhumación. Amnesia colectiva, nadie recuerda bien ¿Cómo es posible que no hubiera un registro confiable en internet?. Logramos conocer la fecha precisa gracias a las gestiones del doctor Jesús Ángel Semprúm Parra en el Acervo Histórico del Estado Zulia. Esta semana pasada, prácticamente todo el personal del Ministerio de Ciencia y Tecnología se entregó en cuerpo y alma a la compleja y costosa labor de dirigir la exhumación, las exequias y los honores correspondientes en Maracaibo. El profesor José Lares, sensiblemente extenuado, me expresó su satisfacción sobre las emotivas acciones de estos días en Maracaibo, resaltando que no pasaran desapercibidas y señalando la importancia de que fuera una celebración de participación popular.

Aparte de la contribución que con entrega y amor hizo a este país, nuestro científico regionalista,



Gran Cruz de la Orden Real de la Estrella Polar, una de las órdenes de caballería más prestigiosas de Suecia, otorgada por servicios civiles y méritos científicos.

venezolanista, pacifista y fervorosamente bolivariano, cuenta su resistencia estoica al maltrato inmerecido, como una muestra universal de dignidad.

Recibí una vez esta frase en latín, para leerla y darle significado en esta ocasión: Vere dignum et iustum est, æquum et salutäre, nos tibi semper et ubique grätias ägere En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, dar gracias en todo momento y todo lugar.

Muchas gracias!



ARTE

y oficios

El hada
Ilustrador: Hilario Atienzo

MEMORIAS DE UNA REGIÓN FLUVIAL

de Audio Cepeda Fernández

ENTRE LA IMAGEN Y LA ESCRITURA

Oficioso de la imagen, retratista de la memoria, impenitente escudriñador de la ciudad y sus personajes, Audio Cepeda, es uno de los fotógrafos más entrañados con el ser y hacer de una ciudad que se rehace en cada uno de sus trabajos.

El ojo, el obturador y la mano se familiarizaron con la temática, el gesto, el momento de una realidad que la percepción del fotógrafo hacía suya para reinventarla, para recrearla sustantivamente en base a contrastes, amplios espacios y un sincrético como sobrio juego de luces y sombras para construir un ceremonioso y celebratorio dédalo que integra uno de nuestros patrimonios visuales más importante e interesante, tan vigente como necesario.



Cinco décadas acreditan a este acucioso de la fotografía uno de los álbumes más nítidos que hoy ceden

su mirada y oficio (su cámara fotográfica, sus negativos, sus acres aromas de cuarto oscuro, el olor de la fotografía) al ejercicio escritural para hacerse papiro de la memoria, narratividad de la nostalgia familiar, para erigirse el oficioso de la fotografía, en hacedor de una serie de relatos donde el recuerdo cruje en cada paisaje, se hace presente en cada camino de recua o estación del ferrocarril, navega-

ción de cabotaje en piragua o en un viejo automóvil por pedregosas como polvorientas carreteras donde la memoria consigue el asidero de la literatura.

La trama humana, el andamiaje cultural va aparejado en esos escenarios que el oficioso de la imagen ha capturado de forma precisa e impecable.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Agrimensur de la imagen, concatena la continuidad de las formas para hacerlas crónica fabulada, temática humorística, tinglado de personajes, donde se percibe en la impronta de la imagen, la relevancia de la ternura.

Los relatos se suceden desde aquella mirada acuciosa –el viaje como periplo vital de encuentros y desencuentros. Relato de un viaje urgente (1954) inicia el recorrido familiar desde ese Sur del Lago, Santa Bárbara de Zulía para llegar a Cabimas, en pleno desparpajo de la explotación petrolera, era llegar al “Infierno”, el caluroso infierno para aquellos zulieros que vienen de la niebla del trópico y el verde del platanar, hasta la Costa Oriental del Lago en su desmesurada explotación petrolera; dormir en Cabimas y a la mañana siguiente, tomar el ferri para iniciar la travesía del lago, hasta finalmente llegar a Maracaibo, para asistir al funeral de la abuela, cuyo recuerdo es sólo la fotografía celosamente resguardada por su madre :

“Nunca vi a mi abuela en vida. La recuerdo con su cara redonda, sus ojos hermosos y tristes, en una fotografía que por siempre conservó mi madre”. Prosigue con las peripecias escolares, en Atilio El Bellaco; las tragedias parentales, en Edmundo Ramón Fernández; el álbum fotográfico familiar en Aura, cuyo epígrafe es determinante: “La función de la fotografía consiste en ofrecer placeres y en construir verdades visuales sobre el mundo”, confesión ya relevante donde el autor Audio Cepeda Fernández no podrá desprenderse ya jamás de su condición de fotógrafo.

---¿Cómo fotografiar el pasado?

Inquieta el fotógrafo al cronista, en plena navegación de cabotaje por alguna región del fluvial como feraz sur.

---Sólo con la escritura lograrás reconstruir el pasado. ¡Escribete!

Fue la respuesta definitiva que Artemio daba a su hermano cuando la lancha motor fuera de borda, avicinaba las puntas salientes de Concha hacia el esplendor del Lago.

En ese intento de recuperar el pasado que está allí en la convivencia familiar, en la recurrencia del retrato en familia, en el álbum familiar así como

en esa escritura que responde a los ecos de la memoria y que intensamente se patentizan en El primer Artemio, una dolorosa experiencia familiar que sólo el tiempo y la madurez, lograrán superar sin rencor y absoluta comprensión del particular devenir histórico; por decirlo de alguna manera: la vida conjugando sus tintos y desatinos, sólo superables por una buena dosis de amor y humor que desborda en muchos de sus textos. El nexo vinculante: el oficio fotográfico...

Tanto como en El olor de la fotografía cuando asombrado ante los cartelones que pintaba Valmorez Bracho, anunciando las películas con letras de colores y fotos en blanco y negro... exhibidos en sitios céntricos... “y nadie era capaz de llevarse las fotos pegadas en ellos”, así como “... algunas postales francesas con promesas de amor eterno, que mi padre envió a mi madre, antes de que el río Chama hiciera desaparecer a Garcitas –su pueblo– fueron mi primer contacto con la fotografía”. Pará indicar que “A mediados de los años 60, con mi amigo Kiko entre al laboratorio del señor Teodulo Rojas, un olor fuerte y ácido me invadió, con los años el olor del fijador se convirtió para mí, en el olor de todos los días, el olor de la fotografía”.

El último viaje, reconstruye de manera etnográfica –recurso nada descartable para el ya acucioso fotógrafo– el traslado de una estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, por las aguas torren-

tosas y a ratos cenagosas del río Escalante, cauce que recorriera con gratitud cuando regresara del norte santanderiano a la ciudad de Maracaibo,

en su gestión libertaria. Su estadía en el puerto de Maracaibo fue de diez días, más veintitrés en el malecón de Santa Bárbara hasta sortear las peripecias de la invernada y sus devastadores efectos en la línea férrea Santa Bárbara-El Vigía, para llegar finalmente a la ciudad de Mérida, donde fue develada el 17 de diciembre de 1930, al cumplirse 100 de su fallecimiento.

Un aire garciamarquiano recorre estas líneas que sé, no pasan desapercibidas al acucioso etnógrafo que aproxima

ma frescura a la nostalgia: “Ochenta y cinco años después de este último viaje del Libertador por el río Escalante, una lluviosa tarde, en San Carlos de Zulia, José Encarnación Pineda recordaba el día en que su abuelo le habló de un Bolívar a caballo que había llegado al puerto de Santa Bárbara.”

María, otro de los textos que integran el libro, suma este oficioso de la imagen a dos insignes profesionales de la fotografía, a Beto y Pancho, Albert Frangiéh y Francisco Villasmil, en periplo surlaguense para regresar en sus términos “a mis orígenes”: el esplendor de la desembocadura de El Catatumbo en el Lago, y a palmos Congo Mirador, esa vegetación imposible, como le nombrara hace algunos años para el documental del cineasta Jacobo Penso.

A la par de los respectivos trabajos fotográficos, Audio a la “caza de una buena imagen”, en alguno de los palafitos se encontraría con María “una



Kuruvida

revista
de raíces y diversidades



de las miradas más tiernas que jamás haya visto”, desde entonces la fotografía de María Villasmil, en la cual intentaba “atrapar toda su ternura”, estaría para siempre iluminando con su presencia las instalaciones de su casa en la ciudad.

Memoriosa filiación de este libro que funda su ancestralidad en La nostalgia heredada, narrativa larica, crónica de la semilla originaria, tronco y ramaje común de la familia Cepeda Fernández, donde el recuerdo reinventa la tierra fundacional.

Tierra arrasada por el crudo invierno cuando el Chama desbordara pretilos y muros de contención sepultando bajo una costra de piedras, tronco de árboles y caracolas a Garcitas, la tierra primigenia donde Padre y Madre serenaban el amor. La exuberante naturaleza fluvial asumió el nombre que

mejor la convidaba: Garcitas. Pobladores de La Cañada de Urdaneta, de San José de Potreritos, posteriormente

de Santa Bárbara y San Carlos de Zulia, otros llegados de las laderas andinas, pobladores labriegos y pescadores,

de tierras con un santo en el agua y otro en tierra, fundaron aquel emporio de fertilidad y convivenencias donde

la ternura y el afecto (sin olvidar los encontronazos a muerte) se hicieron recinto imperecedero de la memoria.

“Hoy, en este Puerto de Concha, a orillas de este



río muerto e inundado de plantas acuáticas, lanchas, cangrejos

y racimos de plátano, guardo mi máquina de hacer fotografías y atrapado por la nostalgia heredada, evoco en un instante, todas las vidas de abuelos que conocí a través de los relatos de mis padres...”, escribe Audio Cepeda...

La oralidad dona sus alcances a la escritura que intenta recuperar contra la desmemoria y el olvido, el tráfigo de los Cepeda Fernández por esa región fluvial.

A.F. Quintero

Cuentos del lago

de Juan Mendoza



34 Cuentos y/o el teatro trashumante de Juan Mendoza

Narrativa de hechos cotidianos cuyo telón de fondo es el Lago (los 34 textos están emparentados con el escenario lacustre). Pescadores, pobladores, trashumantes, vendedores, oficiosos vagos y vagos de oficio, rematadores de cuanto existe, conviven en el imaginario lagunero.

Poética de los pequeños como narrara Garmendia, poética del absurdo con sentido como continúa escribiendo incansablemente César Chirinos, sin estar emparentado con ninguno de los dos, estos textos de Juan Mendoza satirizan la desidentidad, la historia cotidiana por vulgar, el lugar común por bochornoso. Extraños nombres

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades

acicalan extrañas historias. Cerdúlico y Arcedia-na, Cernobio, Atalia y Rineo, Cleofaz y Espirópalo, Armatita y Armalisa, el cacique Zaparustra, Morfoliano desiguales personajes entronizan una encarnizada lucha como habitantes del lago. Morgorgo constructor de féretros del pueblo Allakoz y Astáruulo espan-tando con hojas de plátanos los zamuros mien-tras recalaba el bendito Morgorgo. La tragicome-dia de Arselipa y Orpócuro y de tantos otros se-res soterrados como anodinos. Y así Juan Men-doza descubre un fabulario (mejor un bestiario) de seres grotescos que dramatizan andanzas y des-andanzas en un lago (que no de lágrimas) cuyo ser es su pan nuestro de cada día.

Lo díscolo se apodera de quie-nes como testigos de sus múltiples circunstan-cias tienen como contexto las extensiones del lago: sus costas, sus historias de un mal llamado “descubrimiento”, sus tuberías y cabrias petro-leras con sus miasmas y podredumbres, sus po-blaciones costeras, su vista al lago desde algún intruso apartamento. Historias contadas con humor, con desparpajo, con una mortificante lu-cidez. Narraciones rurales a horcajadas sobre ta-blados urbanos. Narraciones urbanas sazonadas con especias cultivadas en entarimados playeros. Collage de historias, mosaicos cruzados cuya te-mática regresa a los navegantes de una inmensa

embarcación que a ratos se pasa por el mercado de los buchones, la punta de Santa Lucía, las sa-linas y termina armado un tinglado frente a un fabulado malecón.

El texto Inauguración adelanta la recuperación

del Lago hacia “la mañana de aquel 31 de Diciembre del 2.027”, cuando Mario, artista octogenario y di-rector de un ima-ginario Instituto de preservación de Lago, le incre-pa a su joven in-terlocutor, ante la inminente salubri-dad del estuario: “Mirá, lo que pasa es que el cuento es siempre una espe-cie de corte trans-versal efectuado a la realidad. Ade-más los mecanis-mos ideatorios no admiten los ab-surdos ilógicos”. El lago recuperado, de límpido cielo y diversas especies marinas, es obser-vado por inmensas pantallas en vivo



en tercera dimensión: “...a través de sus pisos de cristal, pude apreciar las enmarañadas tuberías del fondo lacustre pintadas en una armonía de colores fosforescentes no tóxicos, sobre ellas, en constantes escarceos, los delfines, tortugas y car-dúmenes de pargos y lebránches, relucientes por los rayos del sol que penetraban las claras aguas, producía exquisitos juegos de sombras sobre las anodinas fosforescencias de las otras chata-ras.”(p.88/89). El juego virtual se afianza y por supuesto deshace cuando: “En las estaciones de televisión que transmitían el evento en vivo, y en emisiones de 3D con cámaras submarinas, esta-



ban recibiendo muchas llamadas por el sistema interactivo, donde informaban que estaban siendo salpicados, que preguntaban si sería posible aumentar la definición de la imagen, para ver si les caía algún pargo o una pequeña langosta no importándoles que se les mojara la sala.” (pág.89/90). Textos imantados de una profunda vocación plástica que este artista ha cultivado con tenacidad durante más de cinco décadas, destino de artista visual, viajero y experimentador tenaz (retratista, Múltiples experiencias figurativas como abstraccionistas, realismo como hiperrealismo -la crónica gráfica de las casas del sol tienen su haber en este periplo-, y últimamente estética ecológica y propuesta surrealista) que puntearan definitivamente hacia su estar, hacer y mirada primordial.

Bastidores tras bastidores encontramos una urdimbre armada a la sazón de trazos, diseños, bocetos ultimados por la pasión pictórica, breves textos imbricados por la fuerza calórica y colorística de su oficio. De esta manera encontramos: “Pasaban las nueve de la noche cuando una gorda y enorme flecha luminosa, anaranjada, e intermitente, acompañada de una música como



de piedras de colores rodando por el lecho de un burbujeante río dulce, y un fuerte aroma de lirios andinos pasó flotando frente a su terraza (p. 8), para rematar en una “Lluvia color magenta” (p. 8), proseguir por “un río argento”, (p.9) atesorar “una iguana azul” (p.29), mientras “...de la cortina de la lluvia apareció una piragua... era toda púrpura, a su alrededor brillaban unos peces tallados en caoba y dorados al hojilleo sobre un fondo de tabloncillos machihembrados de colores incan-

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



descendientes, como si se tratara de la obra de un pintor loco renacentista, daba más la impresión de haber llegado navegando desde las estrellas que del tibio Lago”,(p.33) para contar como “Sobre la cabeza de la tía un unicornio bailaba en sus patas delanteras sobre una pelota de colores” (p.34) y así sucesivamente continuar desenrollando lienzos hasta poblar un gigantesco circo cuyo epicen-

tro es el Lago.

Un caleidoscopio es el tejido verbal que este creador de imaginarios, nos entrega en *Cuentos del Lago*, una fábula lacustre que quizás con su tesón de hacedor de teatros trashumantes continuará decantando.

AF Quintero

TIEMPO MÍTICO

de Carmelo Raydan



¿Qué poder sugestivo entroniza esta fotografía de Carmelo Raydan? El título extiende esa correspondencia comprometida hacia las zonas donde la memoria libra batalla contra la desidia y el olvido.

Tiempo Mítico de Raydan es ya tratamiento gráfico de la fábula, incisiva mirada retrospectiva del anhelo, querencia graficada del querer ser.

Illo tempore, aquel tiempo, data de esa controversia de héroes y dioses que ayer convivieron y que hoy mágicamente intentamos reconstruir.

Tiempo Mítico de Raydan inaugura la mirada hacia el borde de la carretera, hacia el portal abandonado, el capitel olvidado y derruido, la duna que en silencio crece sinuosa, el ramazón del cují

alcanzado por el viento, la grandeza o soledad de Bolívar de bronce, en el centro de la plaza, la belleza del frailejón y lo íngrimo de la tundra paramera.

Faenas de la luz en el mar, en el lago, en el campo hacen morada en esta fotografía del paisaje hurtado. Mirada hacia lo fugaz a sabiendas de su permanencia, insistencia hacia lo inadvertido donde murmura calidamente cuanto trasciende.

Estos cromos que exaltan lo mítico, le permiten al autor (comunicador social, fotógrafo, historiador, docente) explorar nuestra historia tratando siempre de contrastar esa identidad escamoteada, esa venezolanidad presentida aunque celada, ese ser de lo venezolano que se pretende invisibilizar.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



El empeño fotográfico de Carmelo Raydan viene en aquello negado, en el escenario postergado, en el ambiente acechado.

Hay una rara belleza, por extraña, que esta lente pondera en los sitios más inverosímiles. El interior de un mercado, así como el de un templo, la sinuosidad de la duna contra el cielo paraguano y los datos contenidos en un plato contra el asfalto de la “carretera negra”, así como la flor del frailejón y la altiplanicie del páramo.

La Venezuela rural con visos urbanos, entremezclados, superpuestos en una clara integración de la patria entrañable. El portal de un templo, el interior de balcones y el esplendor de las romani-llas, el Bolívar de plazas y arboledas, de gestas heroicas y Hombre de las Dificultades, mercado de carreteras (muñecas de trapo, una ruma de panes, una fiesta de chinchorros y cotizas estallando contra el asfalto y la hierba rala, piezas diversas de cestería y artesanía desde sombreros hasta alpargatas) la doncella en su erótica plenitud, la pátina de las tejas ya herrumbrosas en un techo de ninguna casa, las dunas y medanales (gravas,

arena de playa, piélagos y yeguas de cristal en una recurrencia que adentra la mirada hacia el ser que capta con su lente enamorada el paisaje del nunca jamás), las inventivas y picarescas del viento en cujies y ramazones, el bahareque de cactus que bien resguarda del viento peninsular y las crudas Ventanas de caña brava, la casa de terrón apilado con follaje y cascajo, las virtudes de la luz en el mar, su oleaje bravío y la repentina calma, el paso del tiempo en construcciones falcónianas y zulianas unidas en un cuaderno de la memoria que no se quiere olvidar (esa arquitectura entrañable y habitable, portal, casa, edificación que no atenta contra sus moradores), correspondencias de faenas de mar, lago y tierra donde la voluntad y el placer de pescar y cultivar van de la mano. Especificidades costeras, lacustres y penínsulas, que definen rasgos étnicos, históricos, sociales, culturales de una Venezuela que está allí, a dos palmas apenas, apostando por su vigencia.

Esa Venezuela que no es catálogo ni vitrina, álbum de estantería y clisé, aunque sumamente atrayente en sus dimensiones recónditas, es parte del país que este afanoso de la historia y la imagen, nos entrega con la infinita fe en sus diversas posibilidades. Este paisaje del alma profunda que





el tiempo y la desidia no solo devastan, calcinan, se convierte en lugar innombrable donde mora el olvido, donde retoza la indiferencia, es reto que la mirada acuciosa y amorosa de Raydan intenta íntimamente preservar.

Tiempo Mítico es la puesta en escena de un entramado social y cultural que sus hacedores (artesanos, vendedores, campesinos, albañiles, constructores, maestros de obra, arquitectos) llevan adentro en su hacer y sentir cotidianos, en sus posesiones colectivas, en su imaginario compartido.

Las múltiples posibilidades de la fotografía en blanco y negro permiten a Carmelo Raydan, con

maestría y empeño, construir una de esas íntimas narraciones colectivas que nos hablan de la Venezuela profunda “...esa, en donde la procesión, va por dentro”. En estas imágenes los muros escriben confesiones, las partituras de casa murmuran y las hendiduras, las de más a dentro, llevan sus secretos a cuestras. Ese rosario en familia, ese compartir las faenas y andanzas, esa pasión diaria por resolver la vida, esa mirada compartida más allá de cuanto se ve, hacen de esta propuesta una rara avis en el campo de la fotografía venezolana contemporánea.

AF Quintero

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Artista Invitado Nerio Quintero

El amado
Ilustrador: Hilario Atienzo



Fotografía: Mariangel Blanco Título: Hay una cosa particular con el color rojo: 2024

Ensayo

Nerio Quintero:

La transparencia del caos domado

Alexis Blanco

A sus 26 años, el maestro Nerio Quintero (Maracaibo, 1954), ya era el artista más premiado de su generación. Y también el más humilde y constante. En su cátedra de Arte Contemporáneo, en LUZ, el crítico y catedrático, Sergio Antillano, lo citaba como uno de los tres creadores más promisorios de la época.

Deliberadamente hemos ido a encontrarlo en la Facultad Experimental de Arte de la Universidad del Zulia, donde regenta una cátedra sobre su oficio. Quizás él habría preferido que fuese en la Escuela de Artes Plásticas Nephtalí Rincón, donde también comparte su don de iluminador de espíritus estéticos en formación. Pero, por encima de todo y dada nuestra amistad longeva, él siempre querrá brindar con vos en su taller.

Su inolvidable compañero de formas y sentires, Günther Castillo, lo definía como “el más disciplinado y mejor organizado de todos nosotros”. Una generación de lujo, dentro de la historia de las artes visuales en el estado Zulia. Nerio lo admite, sin ambages, y provisto de esa sencillez cáustica que acompaña su eterna sonrisa de velero:

“Sigo siendo muy disciplinado. Tienes que venir a mi taller. Muchos me dicen que es el mejor pero me basta con sentirlo y saber que no es un cumplido. Desde niño me gustó tener mis cosas en orden. Advierto con frecuencia que el principal problema de muchos jóvenes artistas es que son muy desordenados. Y yo no digo que eso sea malo, pero ese no es mi caso. Necesito sentir que mis objetos tienen una estructura y una bitácora precisa, un plan de vuelo. Así la imaginación, tu creatividad, fluyen con certeza hacia su destino no revelado”.

Para Nerio Quintero, un hombre profundamente comprometido con sus ideales, con una ética continua y progresiva, el tema del arte frente a los grandes dilemas que sacuden a la humanidad, resulta determinante: Hay que sacar el taller a la calle.



“Ahorita, el artista no tiene que conformarse con las tareas de asegurar el trabajo en el taller, sino que, alguna manera, debe comprometerse desde ese trabajo, el cual tiene que estar ahí afuera, como arte público comprometido con la gente. El arte cívico. Está claro que siempre nuestro trabajo en el taller será un proceso muy individual y subjetivo, porque esta es una profesión que se ejerce en solitario. Yo siempre he dicho que el arte del futuro es el arte colectivo, el arte de afuera, extramuros. Porque el arte toda la vida ha estado metido en museos, en los grandes museos. Aunque hay que comprender el sentido que dio origen a los museos. Porque son ellos los que han hecho a los países, ricos. Piensa en Francia, por ejemplo”. Entonces, para nosotros, en nuestros países, los museos debemos reconfigurarlos con y desde la



Autor: Nerio Quintero Título: Bodegón entre estructuras
Dimensiones: 1,20 x 1 mt Técnica: Óleo sobre tela Año: 2005

gente, desde nuestro público”.

Como buen maestro, Nerio Quintero insiste en el asunto del orden como punto de referencia para el trabajo del artista. Lamenta que haya artificios que no les importe tener o llevar una carpeta personal, un portafolio para presentar mejor su trabajo. Eso lo aprendió muy temprano, cuando era aquel sorprendente muchacho que pintaba unos paisajes profundos cósmicos y que llamaba la atención por eso, por lo que Antillano y otros críticos referían como un lenguaje que estaba ahí, e incluso más allá...

Pero aquel muchacho no andaba entre nubes. Y ahí insurge otro rasgo clave de la personalidad de este artista: excepto los brindis con elixires legítimos, jamás se ha vinculado con paraísos artifi-

ciales. Nerio es zanahoria ciento por ciento y ello representa un rasgo suyo, dada esa pertinencia e impertinencia de los excesos que tanto daño causó a muchos de su generación y aún de las actuales.

De joven, Nerio quería estudiar arquitectura, pero sucedió que entró a la escuela de arte, donde, en principio, quería estudiar escultura, pero en las primeras clases tuvo que modelar con barro y como es asmático desistió del intento. Entonces apareció el dibujo, luego la pintura y dentro de sí sintió toda esa conexión con mundos insólitos, pero él sabía muy bien que se trataba de una muy particular lectura suya de la perspectiva y del color, de la composición y de la forma y entonces leyó y leyó, nunca ha parado de estudiar, por lo cual su tenaz instinto lo ha traído a esta di-



Autor: Nerio Quintero Título: El año del dragón Dimensiones: 2,70x1,30 mts Técnica: Óleo sobre tela Año: 2016

mención precisa, a la certeza de que le habita un monje muy moderno, un artista que hace cátedra con su propia vida.

En septiembre de 1996, quien suscribe esta nota, publicó "Del Rayo y de la Luz. Pintores del Zulia", donde aparece contextualizada esa dinámica del artista en su acción monástica del taller iluminado. Ahí se puede leer, acerca de nuestro excepcional artista:

Nerio Quintero, cultor del relámpago

Todos los amigos de Luciano Pavarotti lloran cuando canta, junto con Lucio Dalla, un reclamo por la civilidad y el reencuentro con el sentido práctico de la confraternidad y del amor. Destellos febriles del relámpago... La ciudad se coloca en sintonía con semejante tristeza y entonces muestra sus profundidades devastadas por el desorden de la violencia que reina entre sus seres. Es un caos cósmico que, de algún modo, habrá que reordenar para garantizar la salvación de este mundo de ficción en que nos toca desenvolvernó. Hechizo de esta ficción, el trabajo de Nerio Quintero aparece instalado en esa misión sobrenatural: la de ofrecer un orden, un cierto sentido, una salvación de la perspectiva, un acomodo a la imaginación horizontal, para que el sueño y el río de la memoria cuenten con una autopista alternativa a la de la información; verbo y gracia, la de la percepción extra sensorial. Mística de metafísicos, alentamos una complicidad cosmogónica, suerte de gregaria indagación acerca del destino que nos aguarda, una vez nos instalemos en estas rutas

del relámpago azul, trazadas por Nerio Quintero. Él es admonitor del rayo, cultor expedito de sus iluminaciones y de sus altruismos. El Artista no se detiene jamás. Entonces, es menester referirlo en sus diarios, paseos por sus espacios clavados en la profundidad de la obra, en ese inquietante misterio, que se observa en el cruce entre pinceladas, en la minuciosa, revisión del espacio mismo, de tal manera que no quede en modo alguno trazos de maldad en la tela. Son viajes, infinitos, sensorializados a fondo, a tono con la necesidad del hombre actual, de abrirse una vía válida hacia su plenitud y trascendencia (según en la mejor tradición filosófica, se trata). Paz y armonía del cosmos... Eso es precisamente lo que se trae entre manos este rayo cuando nos utiliza para reflejar sus destellos, como palabras alucinadas, de tanto celo por el amor, en tanto resultado final de la misión del hombre en la tierra. Sigue esplendente el relámpago, mientras Pavarotti sigue llorando por los niños de Bosnia o de Gaza, que son nuestros Todos los niños del mundo...

La trayectoria de Nerio Quintero comienza, en tanto expositor, en 1981, con "A la sombra del calor", en la Galería La Pirámide, en Caracas. Desde entonces ha extendido su firma por todo el orbe. Desde hecho, está representado en Casa de las Américas, La Habana; en el antiguo Conac, en la Galería de Arte Nacional y en la Fundación Polar, en Caraca; en el Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico; en LUZ y su Museo de Arte Contemporáneo; así como en Ciudad de México.

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Autor: Nerio Quintero Título: América en dos tiempos
Dimensiones: 50x45 cm Técnica: Collage y óleo sobre tela Año: 1990



De la serie : Santos y Vírgenes Autor : Nerio Quintero Medidas : 33 x 20 Cm
Técnica : collage y acrílico sobre Cartón piedra Título: Virgen con niño Año: 2020

Su larga lista de premios constituye un hito:
1980 Tercer premio de pintura, I Salón de Arte Occidental de Venezuela, Galería Corpoandes, Mérida / Premio Antonio Herrera Toro, XXXVIII Salón Arturo Michelena / Primer premio de grabado, Salón de Occidente de Venezuela, Mérida.
1982 Mención honorífica en grabado, Bienal de Grabado en América, Museo Municipal de Artes Gráficas Balduino León Fernández, Alcaldía de Maracaibo / Mención honorífica, Salón TAGA
1983 Primer premio de dibujo, Salón Nacional de Arte Interpretación a Bolívar, Centro Cívico Coquivacoa, Maracaibo / Beca a la Ciudad de París, Salón Nacional de Jóvenes Artistas, Casa Guipuzcoana, La Guaira
1984 Mención de honor, II Bienal de Dibujo y Grabado, Fundarte, Museo de Arte de La Rinconada, Caracas
1986 Primer premio de pintura, II Bienal de Artes Visuales Ciudad de Maracaibo

1987 Premio Bernardo Rubinstein, XLV Salón Arturo Michelena

1990 Premio, mención textiles, IV Bienal de Artes Visuales Ciudad de Maracaibo

1991 Mención de honor, IX Bienal de San Juan del Grabado Latinoamericano y del Caribe, Antiguo Edificio del Arsenal de la Marina, San Juan de Puerto Rico / Premio, I Bienal de Artes Plásticas de LUZ, Maracaibo

1997 Premio de Pintura Emerio Darío Lunar, IV Salón Lagoven de Artes Visuales, CAMLB

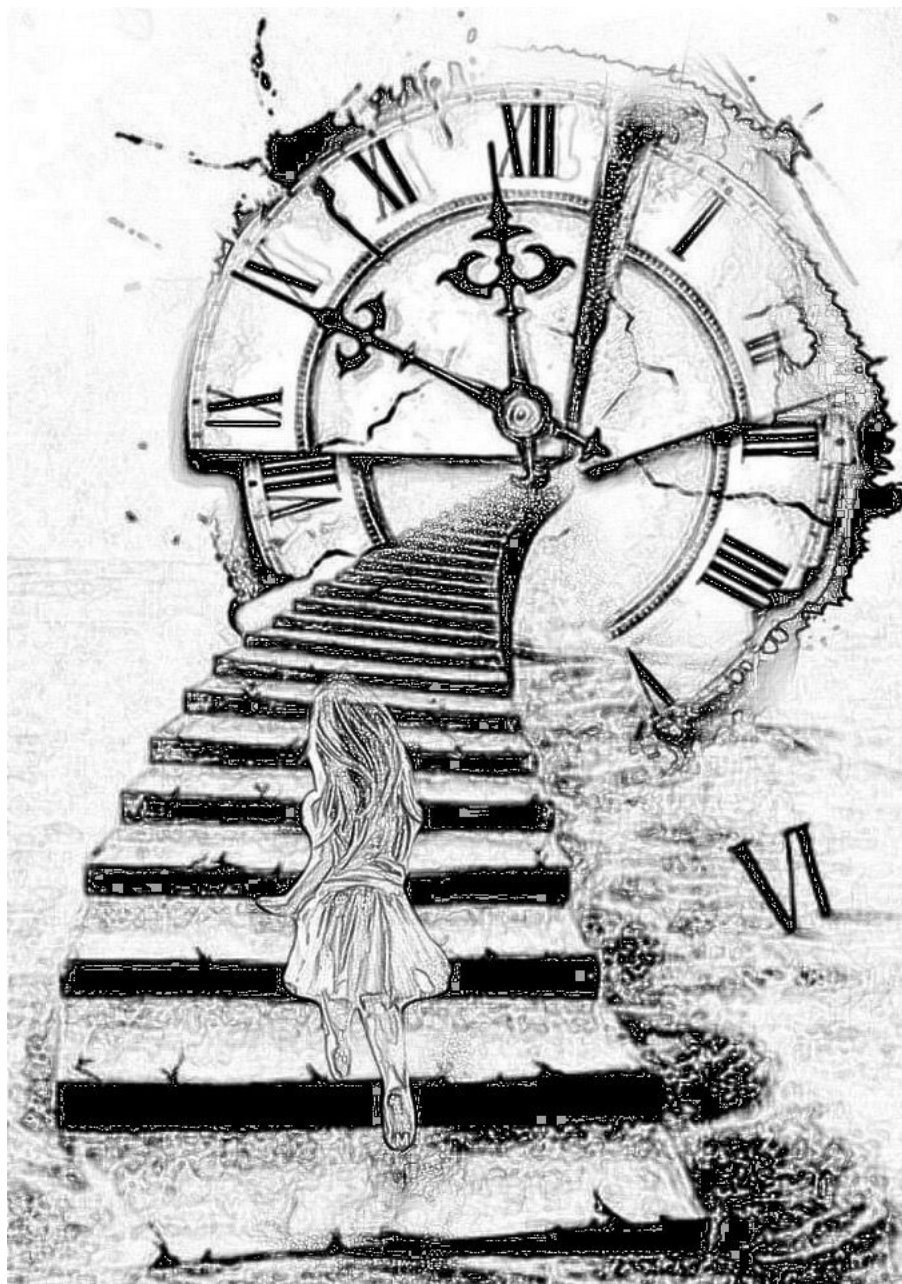
Pero nada de esto altera la cotidianidad de un artista que crea, enseña y otra vez crea, mientras su credo luce más comprometido que siempre con la gracia inmediata de contribuir a la construcción integral de su país, desde la cultura y con la convicción plena de que, tal como en su caso, sólo la cultura y el gran arte nos hará realmente libres



Artista: Nerio Quintero Título: De la serie "Santos y Vírgenes" - Fisgoneando a Santa Eulalia
Técnica: Collage y Óleo sobre cartón piedra Dimensiones: 26 x 20 cm Año: 2020

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



CRONICARIO



Ilustración: Hilario Atienzo

Certezas e ilusiones digitales

Por Orlando Villalobos Finol*

1. La leyenda de la nube

Según la leyenda urbana, Internet es intocable, está en una “nube”.

La recibimos nosotros comunes mortales, en un arrebató de filantropía tecnológica de grandes corporaciones, poderosas, glorificadas, que deciden por todos nosotros. Así se va construyendo un sentido común que naturaliza, racionaliza, que el usuario de los medios digitales no tenga

derechos. Está para recibir, sin chistar.

Las corporaciones deciden por nosotros, comercializan nuestros datos y el ciudadano pierde control sobre ellos, bloquean y eliminan cuentas sin tener que dar ninguna explicación; es un mundo privatizado que borra la noción de ciudadanía.

Dependemos de un algoritmo que manda y orde-

na, nos empuja por estrechos senderos y burbujas, y nos coloca fuera de la “realidad real”.

En medio de tantos mitos y leyendas, lo verdadero es que para que internet nos alcance –y nos agobie– se requieren proveedores, equipos y cables, que están o llegan a nuestras casas.

No es cierto que todo está en internet y que solo debemos aprender a buscarlo. Lo que nos propone el algoritmo puede ser un espejismo, una noticia falsa. Podemos equivocarnos, pero sin capacidad crítica es peor, quedamos en manos de los vendedores de humo.

La vida está en las pantallas pero también más allá, en el colibrí que nos visita por las mañanas, en el libro que no queremos abrir, en la bicicleta que no queremos montar; en las maticas que no queremos sembrar, en el café que tenemos pendiente; en un trago de cocuy.

2.

La lógica del yo

La explicación de Byung Chul Han sobre las consecuencias de la digitalización apunta a que ya vivimos en un mundo de divulgación informativa, ahistórico, numérico, de algoritmos. Tienes el dato pero no el contexto, ni los antecedentes, ni la interpretación.

Te informas, con un milímetro de profundidad. Así se produce un giro en el comportamiento humano: prevalece el yo frente al nosotros... cada quien se conforma con su burbuja, replica y reenvía, sin verificar noticias falsas. El pensamiento crítico queda borrado.

Hay más individualismo. La juventud actual es más egocéntrica que la de hace varias décadas, dice Howard Gardner (2014), en *La Generación App*.

Este es el resultado de que se genere una identidad con orientación externa, hacia afuera.

No se cultiva la vida interior, lo que a veces llamamos el espíritu.

Dice Chul Han (2021), en su libro “No-cosas. Quiebras del mundo de hoy”: “Hoy corremos detrás de la información sin alcanzar un saber. Tomamos nota de todo sin obtener un conocimiento.

Viajamos a todas partes sin adquirir una experiencia”. Nos hacemos un selfie y ni lo guardamos. Antes atesorábamos una foto. Eso es justamente lo que hace falta para que surjan expresiones neoliberales, que quieren hacer pasar el contrabando de la desigualdad social, personajes siniestros como Bolsonaro, en Brasil, o Milei, en Argentina, o para que pueda ser electo un gobernador que asaltó una empresa del Estado venezolano y la arruinó, con la complicidad de factores extranjeros, el caso Monómeros. Luego el electorado ni lo piensa y le da carta de impunidad.

Olga Tokarczuk dejó dicho en su discurso de recibimiento del Nobel en literatura, en 2019, que “el mundo es un tejido que tejemos diariamente en los grandes telares de informaciones, debates, películas, libros, chismes, pequeñas anécdotas. Hoy, el alcance de estos telares es enorme: gracias a Internet”.

Al principio, sobre las redes electrónicas, socio-técnicas, ¿sociales?, prevaleció la idea de que pudieran generar más democracia y convivencia. Poco tiempo después nos encontramos con algo diferente, cada persona se cree un universo. Olga es muy clara: “Vivimos en una realidad de narraciones polifónicas en primera persona, y nos encontramos rodeados por ese ruido polifónico”.

Narrar y ver el mundo en primera persona es “ser consciente de ti mismo y de tu destino”, bien, sin embargo –sigue Olga– “también significa construir una oposición entre el yo y el mundo, y esa oposición puede ser alienante a veces”. Es la lógica del yo. Ella habla de “un coro compuesto solo por solistas, voces compitiendo por llamar la atención”. Las redes pues.

¿Cómo dar cuenta de esta época? ¿Cómo dejar de ser solo consumidores de datos? Olga advierte que “nos falta el lenguaje, nos faltan los puntos de vista, las metáforas, los mitos, las nuevas fábulas y las parábolas”, que permitan intentar conseguir las explicaciones que necesitamos... porque paso a paso se van configurando sociedades desiguales, que naturalizan injusticias y discriminaciones.

Solo con información no llegamos lejos. También es preciso que surja un periodismo interpretativo y con memoria, con identidad y otra palabra mágica: ética. De acuerdo con los parámetros del mejor periodismo, para interpretar un acontecimiento, es preciso revisar seis dimensiones: historia, alcance, causas, impacto, contracorriente, y futuro. A partir de allí podemos aproximarnos a sus explicaciones profundas.

“La vida es creada por los acontecimientos, pero solo cuando somos capaces de interpretarlos, tratamos de entenderlos y de darles un significado, se transforman en experiencia”, dice Olga. Es eso lo que necesitamos. No es suficiente, no alcanza con contar la vida cotidiana y sumarnos al reino de la banalidad. Las palabras son necesarias, también tener disposición para entender e interpretar el mundo que nos toca vivir.

3.

Corazonadas digitales

En el ecosistema digital de hoy las palabras, imágenes y videos se multiplican. Sucede al revés que en la novela “1984”, de George Orwell, en la que se buscaba reducir la circulación de las palabras y del pensamiento. La característica predominante de la llamada sociedad de la información es la sobreoferta. Se tuitea y postea todo lo que tú quieras, hasta más no poder. Tú dices dónde estás, qué quieres, con quién te juntas, cuáles son tus inclinaciones. “Nos ponemos al desnudo por iniciativa propia”, dice Byun Chul Han (2014) en su libro “Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder”.

No se impide que la persona hable, ni se le vigila físicamente. Estamos dentro de la pecera digital,

lo demás fluye y se da por añadidura.

En “1984” cada año el número de palabras disminuye, como parte de un intento por reducir la conciencia. Se busca aplicar el principio de que lo que no forma parte de la lengua, no puede ser pensado. Lo que no se nombra no existe. El personaje principal de la novela es Winston Smith, quien trabaja en el Ministerio de la Verdad. Su cometido es reescribir la historia. Tras años de hacer esa labor, Smith se vuelve consciente de que los retoques de la historia, en los que consiste su trabajo, son solo una parte de la gran farsa. Entonces se propone evadir la omnipresente vigilancia del big brother o gran hermano.

En la obra, la “neolengua” tiene como propósito hacer más estrecho el pensamiento. Menos palabras no por el mero capricho, sino para reducir el universo; conocer menos, disminuir la capacidad para ver. En ese relato manda el big brother de la época de la guerra fría. Así era en la novela pero ahora es muy diferente. Aquella metáfora queda atrás. Ahora manda la big data. Cada paso queda anotado. Dejamos huella de cada clic que hacemos y de cada palabra que se anota en el buscador. La vida de cada uno se reproduce en la red digital.

Todo esto sucede como si nada estuviera ocurriendo y en medio de juegos mentales y emocionales. Es la lógica de la gratificación del “me gusta” que se junta y se confunde con la comercialización exacerbada. No descubro la receta del arroz con leche. Pero de esto también debemos conversar para que no se olvide en el cajón de lo obvio. Para que seamos menos devotos, que significa ser sumiso. Para que el café no se nos enfríe. Para que la irreverencia que está en nosotros tenga oportunidad de seguir ahí a flor de labios, corazonadas y abrazos.

4.

Algoritmos son amores

Antes leíamos de corrido. Había tiempo entre una y otra edición del periódico. La tinta y el papel reinaron por demasiado rato, desde el siglo XIV

hasta el XX.

El papel impreso era sinónimo de conocimiento, cultura y liderazgo. El que leía, sabía. El papel impreso siguió hasta mediados del siglo pasado hasta que poco a poco se fue encontrando con otras alternativas, que le restaron fuerzas y van minimizando su presencia: la radio, el cine, la televisión y finalmente el omnipotente ecosistema digital.

Algo ha cambiado. Ahora se lee en modo teléfono, esto es, a cada rato y a trompicones, con mensajes que van y vienen. Se lee distinto. Pero también se escribe de otra manera. Un escritor de radionovelas decía, con pretensión, que intentaba llegar “al corazón de las mujeres”. En este momento, por muy artesano de las letras y las palabras que seas tomas en cuenta el algoritmo.

O lo tomas en cuenta o no sirve, o te hacen creer que no sirve. Es el mundo Google, que está hecho para que trabajes, te conectes, te enteres de las criptomonedas, no necesariamente para que seas tú mismo y seas feliz. El algoritmo es el que le permite a Google distinguir unos textos de otros, mediante una serie de operaciones matemáticas. Siendo así tenemos que explorar e intentar que cuando alguien ponga palabras en un buscador, nuestros textos y miradas tengan la opción de ser seleccionados. De allí las recomendaciones actuales vía SEO, el optimizador de buscadores, en esta traducción casera.

Alguien que haya “emborronado cuartillas”, según la antigua frase, sabe que el gran relato, el que se queda tatuado en la piel, es aquel que es verdadero, inteligente, propone un diálogo, y nos aproxima y emociona, porque permite apreciar una pequeña historia, en medio de un contexto, que lo rodea y le da significado; en medio del conflicto por sobrevivir, aunque debí usar otra palabra: vivir.

Todo eso en una, cien o tres mil líneas, con sus respectivos caracteres o golpes de teclado. Así es como se nos revela la historia que consigue amores, amigos, espíritus rebeldes y aventureros, que nos acompañan, no porque comparten todo lo que

escribimos y posteamos, sino porque saben que están ante una palabra artesana que se ha sembrado y ha crecido a “golpes de sol y de agua”, como aquella hierba de la que nos habla la canción de Serrat (1969), que permite que se nos haga “más corto el camino aquel”.

5.

Resistencias narrativas

Algo cambió. Hasta hace rato los medios informaban y establecían ese juego de crear realidades, para que el emisor le dijera a la audiencia, más o menos pasiva, pasa esto, se dice esto. Ahora hay que reinventar los discursos de la narración para que la comunicación sea lo que tiene que ser: lugar de encuentro e intercambio. Antes la clave estaba en los datos, se informaba para vencer la incertidumbre, ahora en medio de la saturación de información son necesarias las historias que nos pongan en comunión con el otro.

Son tantas las versiones, posverdades, distorsiones y noticias falsas, que en más de una ocasión se impone el propósito perverso de las campañas psicológicas, que buscan borrar el pensamiento crítico y anular ese don que nos acompaña de “pensar con cabeza propia”. Eso está ahí, la desinformación, el desarraigo, la pérdida de la identidad y la memoria; la pérdida del territorio físico y espiritual. Por eso, muchas veces, las grandes luchas se pierden sin pelear... por confusión, ignorancia, desconocimiento y miedo, o un raro y perjudicial cóctel de esos ingredientes.

Habida cuenta de lo que nos sucede, gana vigencia la lección que nos hizo saber Ernesto Sábato: “Tener una historia, poderla contar, y entorno a ella reunarnos, es encontrar un hilo conductor con el que hilvanar los pedazos de la vida que, sin ella, son fragmentos sin contexto, partes de ningún todo”.

6.

Para saber tienes que vivir

En 1936 Walter Benjamín pronosticó –en El Na-

rrador- el fin del arte de narrar. “El arte de narrar está acabado. Es cada vez más raro encontrar a personas que resulten capaces de contar algo bien. Y es cada vez más habitual que la propuesta de contar historias cause embarazo entre los presentes. Como si nos hubieran arrancado una facultad que nos parecía inalienable [...]: la facultad concreta de intercambiarnos experiencias (...)

El arte de narrar hoy se acerca a su fin, y esto porque está desapareciendo lo que es el lado épico de la verdad, es decir, la sabiduría”. No era poco lo que decía, porque la experiencia sirve o ayuda a que surjan los relatos, cuentos, historias. Benjamin veía que aquello venía.

¿Se habrá equivocado?

Lo primero es contar. “Pra saber ten que viver”, dice el eslogan de una universidad de Porto Alegre. La invitación queda abierta; vive y cuenta, busca en la puta calle. Nos toca buscar –y encontrar- la historia que nos conecte con el código popular. El mejor periodismo es el que está bien hecho. La mejor comunicación es la que reúne la inteligencia suficiente para narrar bien. Recordando en este punto lo que dice Leila Guerriero: no me creo un mundo donde las personas no son personas sino “fuentes”, donde las casas no son casas sino “el lugar de los hechos”, donde la gente no dice cosas sino que “ofrece testimonios”.

7.

Sin historia no hay tecnología que valga

Internet se apareció hace más de 30 años y los medios –periódicos, radio, televisión- dejaron de ser la única ventana para asomarse al mundo. Antes, se hacía referencia a emisores –unos que hablan- y receptores –unos que leen, miran, escuchan, conocen lo que no saben-. Con internet, cada usuario también puede emitir. Por lo menos se cree con derecho a hacerlo. Todo cambió y surgió el actual ecosistema de pantallas que nos rodea y que tiene un epicentro: el teléfono celular.

Adiós a los esquemas y la liturgia que consagraba rutas preestablecidas, como las cinco WH y la pirámide invertida, elevadas a la condición de

sermón de la clase. Las historias andan sueltas en cada persona, barrio, territorio, en la memoria y en la tradición; en las victorias y en las derrotas; “hay que incorporar los silencios y los modos de narrar de los sujetos que cuentan. Hay que intervenir los lenguajes, la industria, las dramaturgias para convertirnos en productores de resistencias creativas a través de nuestras intervenciones mediáticas”, propone Omar Rincón (2019), quien hace recomendaciones para la narración comunicativa: “Se cuenta en la forma estética de quien lo produce; busca todas las pantallas: youtube, skype, celular, facebook, twitter, lo pirata; todas las tecnologías valen: celular, fotografía, video, internet; todos cuentan, no hay audiencias, solo productores; se produce y narra desde el territorio, con la gente y sin estrellas; hay que tener qué decir porque sin historia no hay tecnología que valga”.

En síntesis, el reto se nos vino encima, solo que en medio de un mar de dudas, algo sabemos que nos acompaña, esa rebeldía contra el discurso colonizador, que quiere borrar utopías y que nunca supo de búsquedas permanentes, prácticas coherentes y derechos de amor.

Referencias

- Walter Benjamin (2008). *El narrador*, Santiago de Chile, Metales Pesados.
- Byulg Chun Han (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, España, Herder Editorial.
- Byulg Chun Han (2021). *No cosas. Quiebras del mundo de hoy*, Colombia, Penguin-Taurus.
- Howard Gardner y Katie Davis (2014). *La Generación App. Cómo los jóvenes gestionan su identidad, su privacidad y su imaginación en el mundo digital*, Venezuela, Editorial Planeta Venezolana.
- Leila Guerriero (2014). *Qué es y qué no es el periodismo literario. Más allá del adjetivo perfecto*. Del Libro Zona de Obras / Anagrama.
- George Orwell (2013). *España*, Debolsillo.
- Omar Rincón (abril - julio 2019). *Narrativas del entretenimiento expandido*. Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación. N° 140. pp. 75-94.
- Joan Manuel Serrat (1969). *Canción: Tu nombre me sabe a hierba*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=74x6UFel8e8>
- Olga Tokarczuk (2019). *El tierno narrador, discurso de recibimiento del Premio Nobel*. Recuperado de: <https://www.nobelprize.org/prizes/literature/2018/tokarczuk/lecture/>
- *Periodista. Profesor emérito de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia. Orlandovillalobos26@gmail.com. @orlandovillalobos26



Evelin Canaán. 2013

Baile de Saya

Fotografías y texto de Evelin Canaán

Cuando empecé en el 2009 a recoger las historias orales de los cultores del Chimbángueles, la Gaita de Tambora y el Tambor Largo del municipio Sucre del estado Zulia, supe que tenía que hablar con el Bailador de Saya, a quien había visto por primera vez bailar en el 2008, en Santa María, parroquia Arturo Celestino Álvarez, y es entonces cuando lo visito un sábado, 10 de julio de 2010 y él, amablemente, me atiende y cuenta detalles de sus comienzos como bailador de saya en el Chimbángueles de Santa María. Evelyn Canaán. Néstor Cedeño, bailador de saya Néstor Luis Cedeño Chourio, nace un 26 de febrero de 1957 en

Santa María, hijo de Trina Chourio y Lisímaco Cedeño.

– En el año 1972, empezó mi inquietud por el Chimbángueles, cuando estaban muy metidos aquí los géneros de jazz, de esta música moderna debido a la transculturación; me voy a estudiar a Rubio, y cuando regresé de allá, vine con la idea de ¿por qué no, lo nuestro? Fue entonces cuando empecé a bailar Chimbángueles; decido agarrar una saya que le dejan prestada a mi hermana; yo me la empecé a probar y practicar... y me dice mi mamá: “¡Contra! Muchacho, tú bailas igualito a mi papá”, pero mi abuelo ya no utilizaba la saya, él se llamaba Pedro Enrique Chourio; todo el mun-

do me decía: “¡Contra!, ¡Sí lo haces igualito que tu abuelo!”; pero si yo nunca lo vi bailando Chimbángueles – no lo conocí, pero yo no sabía que en mi familia habían chimbangaleros, porque en mi familia en sí, nadie tocaba un tambor: ¡Ni mi papá!, simplemente yo salí y empecé pues... ¡a moverme! Hasta que hubo un año, aproximadamente el año ’78 cuando viene el vasallo de Bobures y, a mí, me han cedido una saya de un señor Luis Chourio, quien le decían el “Señor Soplete” y me cede la saya, la agarro y me la pon-



go... Cuando me vió Olimpiades Pulgar, a quien yo no conocía (pues! Y entonces él viene y me dice: “Mira chamaco ven acá, ¿de quién es usted?” Le respondo “Yo soy hijo de Lisímaco”, entonces me dice “mire, éste lo conozco yo” (a Lisímaco) “...y es muy amigo mío! yo quiero que tú bailables la saya en Bobures.” Le digo: “No, yo no tengo saya, esta saya no es mía”, “– mire vaya a Bobures que yo le guardo allá una saya”. Entonces, cuando él me dice eso, en mi afán de alegría, viene y me dice uno, un poco mayor: “¡Ey! Mira que Pía se la da de brujo ¡bueno pues!”. Cuando me dicen así, el mismo señor Olimpiades llama al Capitán que, para ese entonces, era el señor Luis Adolfo: es mejor que te asesoren ellos. Ellos, los Capitanes del Vasallo de Santa María, deciden ir el primero de enero a Bobures, estaba Amado Soto como mayordomo y hablan conmigo para que yo vaya para allá, por-

que entonces Pía les dijo: “Bueno haganse cargo del muchacho y me lo llevan”, y yo fui a Bobures a bailar la saya. Cuando el señor me vió, me dijo: “Mira, aquí te tengo la saya”, y yo, más contento

con mi saya y... ¡bueno pues!, cuando llegué aquí a la casa le digo: “M a m á , contrale, me regalaron esta saya en Bobures”, “– ¡Cómo va a ser! ¿quién?”, me responde. “Me la regaló Pía.” “– ¡Caramba muchacho, ya váis a empezar vós con esa cuestión!”. Y bueno, desde ahí, empecé a salir a bailar la saya, pero eran

unos mayores que ellos estaban metidos en todo. Ya tengo tiempo bailando en eso, pero en sí, no tenía mi saya y cuando ya tuve mi saya, yo quería bailar por todas partes, menos a Gibraltar: “¡Que yo no me dé cuenta, que habéis ido pa’ Gibraltar a bailar!” y yo, jamás, ni nunca iba; ya, ahora hombre y todo, bailé la saya en Gibraltar; fué, horita, por primera vez, cuando cumplió los 400 años y eso, por un pacto que hice con un profesor de la Universidad del Zulia; quien es compositor, Víctor Hugo Márquez.

Me dijo: “Ve chico, vengo aquí a verte bailar”, “– ¿Quién eres tú?” le respondo, “– Soy, Víctor Hugo Márquez”, a lo que contesto “– si quieres verme bailar en Gibraltar, tienes que ir a mi pueblo a cantar”. A partir de ahí, yo bailé en Gibraltar, porque siempre iba a Gibraltar y yo no bailaba.

Ahora, tengo grandes amigos en Gibraltar; ahí fue donde me curtí como chimbangalero. En Santa María teníamos una organización de 20, 30 danzantes llamada, Marcha de Belén, donde el Mayordomo me nombró la cabeza de esa Marcha.

Por cuestión del destino, yo he sido bendecido por Dios, porque en todos esos pueblos, me han regalado una saya; en San José, en Palmarito, aquí en Santa María y siempre, las he conservado. Su fabricación es bien compleja, porque anteriormente el palmiche o lucateba se encontraba en todos los patios de la casa... pero ya ha desaparecido.

El chupón de palmiche se corta preferiblemente en menguante, se buscan los chupones más largos por mi altura para que la saya no me quede corta, después que uno corta los chupones, los deja reposar, lo pone a cocinar, luego los ripea, se pegan y se exponen al sol. No debe darle el sereno porque se manchan. Los modelos de la saya son variados: tenemos la saya normal, la de moño, de moñito, la saya de cinta en la pretina y la normal que es la más ceñida, es la básica. Una saya dura demasiado, ahorita la que tengo, me la hicieron en el '90, '91 un cultor de aquí de Santa María, llamado Gilberto Soto; hace aproximadamente tres años la mandé a arreglar porque estaba muy deteriorada y lo hizo, mi gran hermano, gran cultor, "Segundo Pulgar" (Ángel Segundo Rangel Pulgar). La de Olimpiades Pulgar no la conservo porque a mí todas las sayas que se me van deteriorando yo las voy guardando, entonces resulta que yo he donado sayas a unas instituciones; doné una a Maracaibo, a la Casa de la Cultura, otra a una Escuela, otra más al Grupo Candela, aparte de eso, vienen siempre los muchachos de las Escuelas para que se las muestre.

El origen de la saya, viene del África. Cuando voy a Cuba a un Encuentro de Tambores, me encontré con que ellos también utilizaban la saya, pero la habían variado, no era tan original como la de nosotros, porque la estaban haciendo de cabuya, pero yo les decía: "bueno, si ustedes tienen el palmiche en su residencia".

Todos estábamos asombrados. Cuando hubo el

Encuentro africano: "Tambores del Mundo", de varios países del Continente africano, ellos se quedaban asombrados con la saya, porque también la utilizaban, pero está desapareciendo. Yo, nunca he aprendido a tocar un tambor, si los conozco, cuando digo: este tambor está equivocado y éste tal, hay alguno que me dice: "¿Si tú no tocas cómo sabéis?". Por oído lo hago, aquí se toca el golpe Chocho, Sangorongome, se toca un golpe Cantica, un golpe Misericordia, un golpe Agé, un Chimbangalero. Los golpes que más me gustan, son un Chimbangalero y un golpe Cantica, sobre todo. El golpe Agé le gusta más a la mayoría de las personas, sólo para ver salir al Santo; a mí, nunca me ha gustado, yo le tengo respeto, pero no me gusta bailar ese golpe.

En mi pueblo, el día de San Benito; Guamo, (Eusebia Virginia Herrera Chourio) me invita a bailar, yo quiero quedar bien parado. La curiosidad de los pases; si se equivoca o se me cansa. Ella me revienta a mí bailando, me deja trancado. Aprendí a bailar la saya con el papá de ella, Melquíades Herrera. Ella se incorpora: a veces la voz de ella es la voz del papá. Ella lo baila pausado y me quiere llevar a su terreno pero yo quiero llevarla al mío. Cuando uno se levanta la falda, es un pase de baile, le doy bastantes vueltas y me le hincó; le estoy reconociendo mi respeto y dándole las gracias.

Empezamos a bailar cuando entran con el golpe Chocho; es un regocijo para nosotros, la alegría. Entrevista extraída de mi libro digital: "La Africanidad en la Costa Sur Lacustre de Maracaibo". Fundación Ediciones Clio, p. 212, 2023.

Evelyn "Eve" Canaán, fotógrafa etnográfica.



Textos y Fotografía Carmelo Raydan

El Torreón de Zapara

En la barra del lago de Maracaibo, con su costa norte mirando hacia el golfo de Venezuela y su orilla sur dándole la cara a nuestro Coquivacoa, se encuentra la isla de Zapara. Alargada y estrecha franja de terreno xerofito con médanos y pequeños bosques de manglar, que señala con su punta occidental al canal principal de acceso al lago y con su extremo oriental al estrecho conocido como “el paso de la cañonera”. En lo político-administrativo pertenece al municipio insular Almirante Padilla, del estado Zulia, y ha estado habitado desde hace siglos por una pequeña comunidad de pescadores.

Más o menos en el centro de este delgado rectángulo, tanto en sentido norte-sur como este-oeste, está el llamado “Torreón de Zapara”, edificación

militar para la vigilancia costera, seguramente construido por orden de los administradores coloniales españoles de la provincia de Maracaibo entre los siglos XVII y XVIII. Las ruinas del pequeño fortín están conformadas por una torre de aproximadamente 15 metros de alto y un recio muro que formando un cuadro en otrora la rodeaba, pero que en la actualidad solo conserva el costado este y parte de los lados norte y sur. Su técnica de construcción fue la mampostería y los materiales usados fueron piedra caliza de las canteras de la isla de Toas y piedra de ojo extraída de las abundantes minas de este mineral que en el pasado había en la zona centro norte de las costas oriental y occidental del lago.

Con relación a su aspecto histórico, Luis Guillermo Hernández y Jesús Ángel Parra en su “Diccio-



“Torreón de Zapara”, edificación militar para la vigilancia costera

nario General del Zulia”, nos hablan de dos fortificaciones ubicadas en la punta oeste de la isla, frente al canal principal, nombrados el castillo de Santa Rosa de Zapara y el castillo de Nuestra Señora del Carmen y Santa Rosa de Zapara, el segundo hecho luego de que el primero fuera inutilizado por el mar; suponiendo los mencionados autores que las actuales ruinas corresponden a alguna de estas dos edificaciones.

Por otra parte, en la recopilación del Hermano Nectario María titulada “Mapas y Planos de Maracaibo y su Región, 1490- 1820” podemos ver los planos de ambas fortalezas. Ahora bien, resulta ser que nuestras ruinas en cuestión se halla muy lejos del extremo occidental de la isla y la distribución arquitectónica de estas no tienen ningún parecido a los dibujos de los planos que nos presenta Nectario María. ¿Será posible que Zapara en el transcurso de tres siglos haya crecido hacia el oeste alejando al fortín de la costa? ¿O que los vestigios actuales no sean de las fortalezas mencionadas? ¿O que los constructores locales hicieran algo distinto a lo originalmente proyectado? Como se puede ver son más las interrogantes que nos plantean nuestro estudiado torreón, que las certezas que nos deja. Hay que continuar investigando.

Finalmente, con relación a las seis fotografías que acompañan a este texto, cuatro de ellas las



Las ruinas del pequeño fortín están conformadas por una torre de aproximadamente 15 metros de alto

realice hace mucho tiempo, en 1980, y dos en fecha más reciente, en 2012; no obstante, el conjunto se aprecia homogéneo.

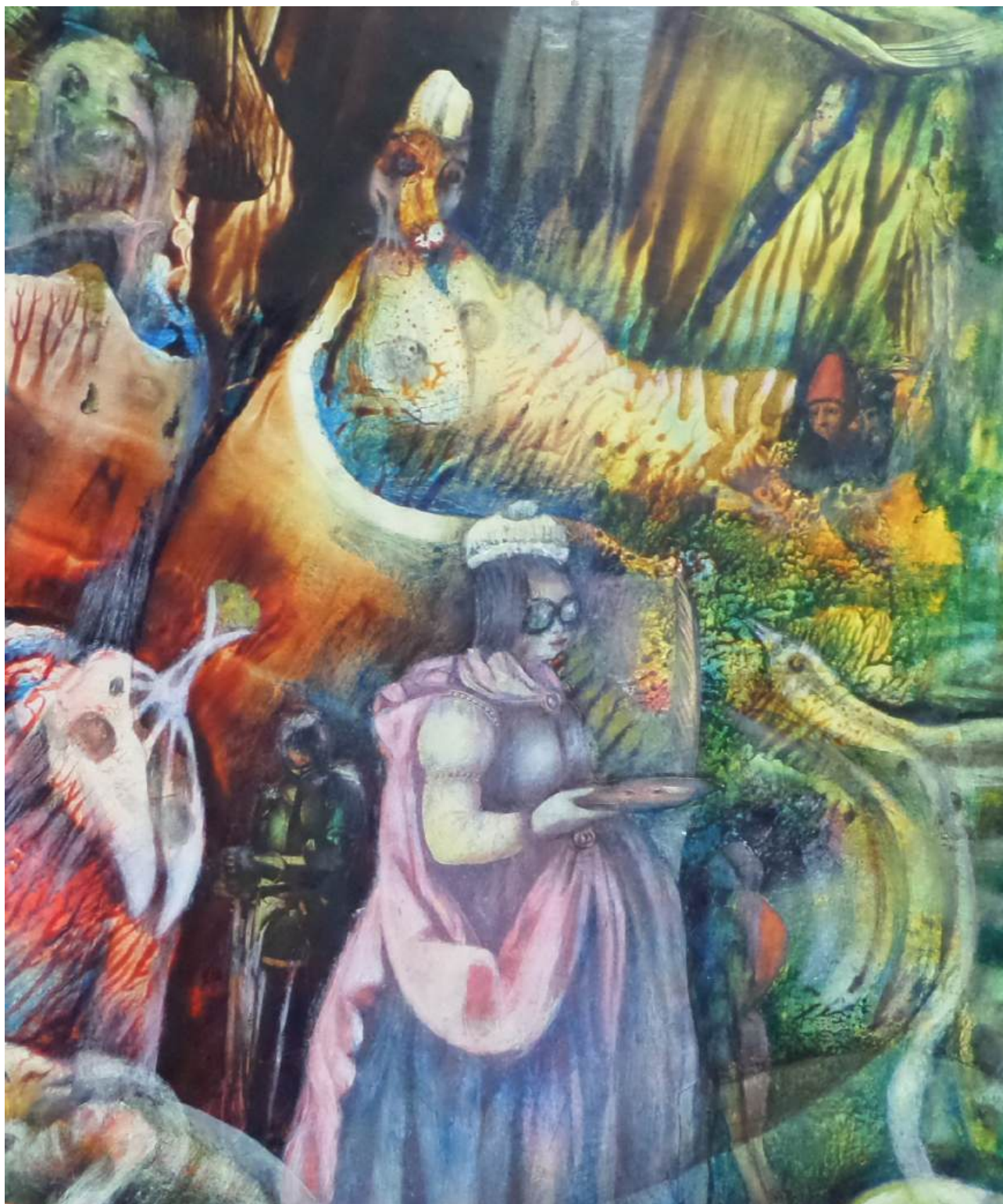
FUENTES INFORMATIVAS CONSULTADAS

“Diccionario General del Zulia” de Luis Guillermo Hernández y Jesús Ángel Parra. Banco Occidental de Descuento. Maracaibo. 1999.

“Fortificaciones de Maracaibo” de Raúl Tomas López Rivero. Universidad del Zulia. Maracaibo. 1968.

“Mapas y Planos de Maracaibo y su Región, 1499-1820” del Hermano Nectario María. Embajada de Venezuela en España. Madrid. 1973.

“Diccionario Manual Ilustrado de Arquitectura” D. Ware y B. Beatty. Ediciones Gili. México. 1981.



Artista: Nerio Quintero Título: De la serie "Santos y Vírgenes" - El martirio de Santa Lucía I
Técnica: Collage y Óleo sobre cartón piedra Dimensiones: 35 X 25 cm Año: 2020

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



CORRESPONDENCIAS



Fotografía: Yarlenis Añez

Palabras en la Reinauguración de la Librería del Sur «Berta Vega», en Maracaibo

José Javier León

Creo ver unas diferencias entre librería y biblioteca que me permiten tocar algunos asuntos que resultan síntomas de los vientos y tiempos que corren. A la biblioteca, por ejemplo, vamos - ¿íbamos? - casi siempre con un objetivo, un plan, un proyecto preconcebido. Con el propósito de redactar fichas, de hacer apuntes, de estudiar, a fin de cuentas. Pero cuando vamos a una librería reina otra actitud.

Claro está, a veces acudimos a la biblioteca por

una novedad o por algún ejemplar específico, que necesitamos bien para disfrutar solamente, o porque nos urge una tarea concreta. Incluso si no tenemos deberes, la biblioteca pública, abierta a todos y a todas, silenciosa, apacible, es una invitación a sentarnos y a permanecer.

Entre una biblioteca y una librería, la diferencia puede verse en el movimiento, en la biblioteca es centrípeto, en la librería centrífugo. En cier-

ta forma, distante a la relación que establecemos con una biblioteca, la librería es una invitación a la sorpresa. Nos gusta recorrer sus pasillos con lentitud, procurando ser atraídos, fascinados por una imagen, un título, un perfil que se nos ofrece sugerente. Tomamos el libro, lo ojeamos, vamos a la contraportada y puede ocurrir o no el flechazo, la atracción, el encuentro con una línea que nos reclama, nos toca, nos invita. No es lo que sucede en una biblioteca, donde los títulos ya forman parte de una solicitud, de un requerimiento previo a la visita y a la estadía. Una forma de estar, por cierto, también distinta, porque la búsqueda por lo regular no la hacemos nosotros –hay un personal bibliotecario– y la lectura transcurre en un espacio y tiempo que raya en lo escolar y a veces, en lo oficinesco. No así con esa suerte de lectura al descuido que hacemos en la librería, en la que ocurre un guiño, un parpadeo, una intuición que se abre paso al ritmo en que se pliegan y despliegan entre ansiosas y morosas las páginas, hasta dar con un párrafo, una línea, un instante que nos decide. Me lo llevo, decimos para adentro y hacemos nuestra una promesa.

Si los libros son la extensión de nuestra memoria e imaginación, los que compramos y llegan a nuestra biblioteca en casa, son una parte íntima, aunque externa de nosotros, ciertamente como una piel. Una librería entonces es como una fábrica de piel, vamos a ella por nuestra porción de superficie protectora que se adhiera a nosotros y nos ayude a sentir el mundo y su intemperie. De piel se recubrían antiguamente los libros. Hoy la metáfora ha trascendido, y la piel de los libros componen la innumerable superficie del cuerpo sensible del mundo. Ahora bien, como dijo alguna vez José Antonio Marina «la piel tiene una característica esencial, casi simbólica, porque es el mundo donde el cuerpo y el espíritu se unen», de modo que, si nos faltan los libros, de algún modo perdemos esa posibilidad de tocar y sentir el mundo desde la protección y la sensibilidad que da el roce y la caricia de la piel. Es así como una ciudad o ciudades sin librerías, pero también sin bibliotecas, se tornan descarnadas. Y Maracaibo, en particular, ha tenido en las últimas décadas mucho de eso. Paulatinamente, pero con la puntualidad de las más perversas formas del mercado, que desuella a los pueblos, nos quedamos sin

librerías y sin bibliotecas, sin piel y sin memoria sensible. Eso vino también acompañado, porque forma parte de lo mismo, de que Maracaibo se convirtió en una ciudad en la que no se puede caminar o que ese caminar que no lleva a ningún lado pero que es capaz de conectarnos con todo, es imposible que desemboque en una librería, o en aquella otra de más allá. No. No hay forma aquí de caminar sin propósito, para como decía Cortázar, encontrarnos.

Eso es parte de una operación contra el espíritu y la sensibilidad, que tiene su materialidad concreta en la inexistencia urbana de paseos, librerías y cafés, que hagan posible caminar, leer al socaire y conversar. Por eso celebramos que esta librería del Sur nazca aquí, en lo que se ha empeñado en sobrevivir durante tantos años como espacio de encuentro, quizá de los pocos lugares –o el único– de esta ciudad despellejada en el que a diversas formas del arte se puede llegar caminando. Varias generaciones que hoy confluyen en estos espacios que nos rodean y que se amalgaman en eso que denominamos casco histórico, que es como decir cáscara y otra vez piel, han hecho un esfuerzo tremendo para mantener con vida calles que desde la década de los 70 fueron arrasadas por el desarrollismo depredador. Una calle icónica, la Carabobo, no deja de tener cierta apariencia de set, de postal o fachada. No obstante, mucha vida se ha vertido e invertido en ella hasta el punto de insuflársela y estoy seguro de que su chispeante bullicio llegará hasta aquí, como llega también a la Salita El Brillante del gran Romer, en el que se conjugan de varias formas el Urdaneta de la avenida, el de la plaza y el de su nombre. Son sin duda, como lo sabemos los que aquí vivimos, historias de resistencia. Es sostener todo a pesar de todo, es hacer lo que a nuestro alcance esté para darle a estos espacios vida orgánica, telúrica, algo de ese músculo del monipodío centelleador que vio César Chirinos en estas calles de cantos rodados y muros de piedra de ojo del puerto caribe de Maracaibo.

Es la Maracaibo por cierto y ahora central que estudió Berta Vega cuando escuchó, grabó y estudió morfológica y pragmáticamente el habla maracucha, aquí, aquí mismo, en su Poética del Empedrao. Por eso nos resulta tan importante

que esta Librería nazca al calor de esta resistencia de la palabra y de la memoria, que sea como la extensión de la piel de los que la han dejado en estas calles y paredes viejas, cada tanto remozadas a punta de creer en la belleza y la amistad como el más bello de los inventos, como decía Aquiles.

Esta Librería nace para llegar a ella a pie, luego de proponernos recorrer lo que de esta ciudad todavía existe como espacio para ir de un lugar a otro y, en cada lugar, hallar un sueño, una posibilidad de ver más allá de nosotros. A una librería se ha de llegar esencialmente caminando, y si recuperamos más y más espacios para el disfrute de andar como en andas del tiempo, serán posibles sin duda más y más librerías.

Crear paisajes urbanos para soñar a pie, zonas de luz y sombra grata, en el que las plazas y las caminerías, las calles y las aceras del consumo alegre y frugal desemboquen en librerías, es menos la imagen de un tiempo ido que lo que nos mutiló el desarrollo de las peores formas del mercado, y que convirtió en papel en peso los libros y las librerías –las pocas que sobrevivieron con el nombre– en papelerías, libros de autoayuda y artículos de oficina. Hagamos conciencia de la necesidad de seguir construyendo ciudades donde sea posible

cada vez más y más, andar a pie, amables, solarietas, entrañables... en ciudades así, las librerías serán parte del paisaje.

Cierro mis palabras para leer las de Amanda Urdaneta, la hija de Berta, que no pudo estar aquí, pero nos extiende a todos y a todas, su abrazo.

Este reconocimiento a mi madre me conmueve. Es un reconocimiento implícito al Empedrao, Santa Lucía, a los horizontes colectivos, a la oralidad, a lo propio, a Maracaibo y su memoria, a la palabra, a la poesía, al voseo, a la lectura. A la lucha incansable en todas las horas, al verbo intenso y certero, al libro, al estudio y a la investigación, a sus estudiantes, a lo nuestro, a Nuestramérica, a la Patria.

A la hija de una mujer migrante trabajadora, a la madre trabajadora, a la abuela, a la compañera solidaria, a la profesora, a la mujer, al Lago donde reposa.

Porque mi mamá era y sigue siendo todas esas cosas.

Gracias al Ministerio de la Cultura por este reconocimiento.

Su hija, Amanda.

Caracas, 21 de mayo de 2025

KURUVINDA IMAGINA SU AUTORRETRATO



Fotografías: Juan Carlos Espinoza

Alexis Blanco

Régulo Díaz Labarca trasunta esta memoria de pájaros flaneurs, de drones posmodernistas que jamás dejarán de recorrer la ciudad, porque es en ella donde mejor se dibuja y, mejor aún, autorretrata su mirada de espectro del mediodía, “¡Ey Ey Ey Ey Ey!”, repite, una y otra vez, no sólo para exigir tu concentración sino para recordarte que es de pésima educación no atender a quien te mira y te cuenta de vos.

Y hoy ha venido a contar el cuento cuántico de una exposición llamada Autorretratos, acaecida en pleno centro de Maracaibo, esquinas de las calles Colón y Carabobo, en el centro cultural comunitario llamado Palmarejo de Georgio, donde, desde el pasado viernes 16 de Mayo, una secuencia estética muy vinculada con el corazón de la grey ahí transcurre, ordenada y feliz, hasta el Día del Periodista, el 27 de Junio.

En efecto, es el artista visual, cronista por naturaleza y por principios, educador y aventurero y



otra vez ambos instintos energizados en él y en su espíritu libre, el que revela un inusitado interés por este encuentro cívico titulado El Don de Hacerme Sentir. Y entonces nuestro Cronista de mirada clarividente se siente él muy picado con la feliz circunstancia de pensarse dibujando y pintando su propio Autorretrato. Y es aquí donde llega a nuestra estación y Kuruvinda, ¡Ey Ey Ey Ey Ey!, solicita que quien suscribe eche el cuento cuántico de una de las más preciosas concitaciones artísticas que hayan tenido lugar ahí, en esa esquina bohemia, donde solo el Cronista Barroco se ha atrevido a leer algo de su Sensorio Delirante.

Un Autorretrato, soñamos entonces que ha ideado, desde el morado mundo, nuestro bienamado cronista, escritor, pintor, aventurero y hombre enamorado de su pueblo, Kuruvinda, feliz seudónimo que atañe (el Drae, trae): “Del fr. corindon, y este del sánsr. kuruvinda. l...m. Piedra precio-

sa, la más dura después del diamante. Es alúmina cristalizada, y hay variedades de diversos colores y formas”.

Piedra preciosa es la voz del maestro pintor Ender Efraín Colina Velásquez, quien, en tanto Orador de Orden en la sesión especial para homenajear a los colegas de Kuruvinda, los artistas plásticos, revela los motivos por los cuales decidió organizar, junto con Érika Rojas, Alexis Blanco y Rafael Delgado, este Don de Hacerme Sentir. Ahí concitó a más de 300 artistas de diferentes disciplinas, tendencias y procederes, utilizando la figura del Autorretrato como clave para lo que se pensó como una hermosa sinfonía de colectiva acción creadora. Mírate a tí mismo y encontrarás la misma luz que buscaba Monet.

Extasiado, bebiéndonos esa helada lupulosa, Kuruvinda escucha del Retrato de un público

ecléctico anacoreta:

Un ángel corre, eufórico, en mitad de la calle, donde la marea multicroma extiende sus alas para celebrar el triunfo de las Águilas cumpleaños, y la fiesta desborda ese cuadro excitante que el artista Ender Colina viene trabajando en los últimos tiempos, como los demás, pleno de una dinámica cargada de íntima energía. Un contraste creador apuntala todo este mágico esfuerzo, si se considera que el hombre que pinta lo hace cual anacoreta del siglo veintiuno, encerrado, como un monje de la nueva calle Carabobo.

Allí, en La Pita, su taller, Colina compendia todo este proceso de trabajo e investigación, del cual ahora muestra sólo una parte. Una exposición cuyo nombre traduce un instante extendido de sus últimos años de lúcida investigación, además de su incondicional militancia con su misma obra pictórica, con su pasión, su amor, su reflexión constante sobre el asunto estético. Y en este soporte de la belleza proactiva, entonces el artista magnifica su taller, su templo, y propicia un marco esencial para que la pintura aparezca en toda su aquiescencia, seduciendo cualquier tipo de soporte, sea tela, madera, cualquiera. Es como hacer el amor, con mucha sensibilidad, delicadeza y fuerza desgarradora” susurra un personaje de la tela, haciendo un monólogo que Colina nunca dudará en exhibir, en el bello Teatro Baralt, escenario de la vida dibujada.

El impacto de El Don de Hacermé Sentir permanecerá en la mente de quienes protagonizaron esa tarde polímata: con los Autorretratistas también llegaron poetas, músicos, trovadores, aves

cantoras, pintores de cuerpos, veedores y bebedores conjugados en una mística cantiga urbana, un nuevo jolgorio, un ditirambo del siglo 21, una fiesta enrolada y dispuesta en clave de Sí Mayor. Una delicia sobre la cual Colina habló temprano.

Por la tarde, hubo ese homenaje a cuatro artistas indispensables. El Consejo Legislativo aceptó reconocer públicamente la vida y obra de cuatro maestros de la vida:



ÁNGEL PEÑA, quien nació en Santa Bárbara, el 26 de marzo de 1949. Representó a Venezuela en la XVI Bienal de São Paulo (1981), XLII Bienal de Venecia (representante de Venezuela, con Henry Bermúdez y Carmelo Niño, 1986), II Bienal Internacional de Arte Contemporáneo de Florencia (Italia, 1998). Vivió en Polonia, de 1979 a 1981. Se-

gún el crítico Juan Calzadilla, su pintura “involucra una concepción más profunda de la relación figura y espacio, hombre-paisaje”.

EDGAR QUEIPO, nacido en Maracaibo, el 19 de marzo de 1951. Su pintura abre ante la mirada del espectador un exquisito abanico donde refleja ese espejo “simbólico y cultural de nuestra memoria e identidad colectivas”. Maestro vanguardista desde la retaguardia de la experiencia plástica oficiada con denuedo. Estuvo como protagonista del grupo Guillo (1973-76); luego en El Taller de Telémaco (1977-78) y más tarde en el Movimiento por los Poderes Creadores del Pueblo Aquiles Nazoa (1978). Todos los días pinta a punta de memoria y amor por su ciudad, replanteándose “la reconstrucción arquetípica de hechos, personajes, narrativas para convertirse en el cronista

visual de nuestra ciudad-puerto, como los Trujillo Durán o León Hoet.

HERNÁN ALVARADO Nació en Isla de Toas, el dos de junio de 1948. Maestro ganador del Premio Antonio Herrera Toro, LVI Salón Arturo Michelena, 1998. En París realizó estudios en el departamento de artes plásticas de la Universidad de París (1974-1977), el departamento de grabado y litografía de la Escuela Superior de Bellas Artes (1977-1978) y el Atelier de Grabado de Joëlle Serve (1977). Posteriormente, en Londres, ingresa al curso avanzado de grabado del Saint Martin's School of Art (1978-1979) y de fabricación de papel en el London College of Printing (1980). En

1982 obtiene un máster en artes en el Royal College of Art y expone en el Essex University Contemporary Art Festival. Recientemente estuvo en el segundo taller de Prácticas Vs Teoréticas, en Bellas Artes.

PEDRO VARGAS Pedro Vargas es pintor, escultor y pianista, nacido en Maracaibo a mediados del siglo pasado. Egresado de la Ecole Normale de Musique de París, y la Ecole de beaux arts. Actualmente vive en su ciudad nativa. Su hijo también es artista. Toda su vida transcurre en el mundo del arte y la música clásica. Como escultor, en 1974, realizó una escultura titulada "Transposición", colocada en el Paseo Ciencias la cual fue movida en el 2005 al Rectorado de la Universidad del Zulia. En 1983 realizó una escultura llamada



“Cromoespectro”, en el Museo Alejandro Otero, en Caracas. En 1984 realizó la escultura “Concentración de fuerzas”, ubicada en la entrada de Generales del cuartel general del Ejército, en el Fuerte Tiuna de Caracas.

La nota que presenta la exposición la escribió, “¡Ey Ey Ey Ey Ey!”, servidor y amigo:

RETRATO DE UN AUTORRETRATO

Alexis Blanco

Llueve tinta sangre y es entonces cuando salgo a impregnarme de fe y de revelaciones secretas y muy sagradas. Me dibujo

con este torrente lírico que mana desde el fondo de mí mismo y alivia todo mal, alivia toda pena. Algo inmenso desde mi alma brota y así voy recreando mi rostro pleno de delirios y de asombros. Y me voy sintiendo como aquella hermosa chica artista italiana, Artemisia Gentileschi, con su famosa pintura al óleo sobre lienzo que mide 96,5 x 73,7 centímetros, uno de los más famosos autorretratos de la historia.

Llueve desde Egipto mientras La Mirada también va (de)construyendo su propio autorretrato, tal como intentara siempre Miguelángel, Alberto Durero, Goya o Diego Velásquez, interesados en su propia jodencia visual. La verdad es que no hay artista universal serio que no haya sido acorralado por sus propios fantasmas hasta que él mismo los hubiere flechado con sus lápices y pinceles. He ahí a mis heroínas mexicanas, Remedios Varo, María Izquierdo o Frida Kahlo o aún la novia de Ernst, Leonora Carrington y la polaca Tamara de Lempicka (llamada “la inventora del ‘selfie’..”) De autorretratos podría estar lleno el mundo, el de Caravaggio, Renoir, Picasso, Chagall, Dalí, Schiele, Munch o Lucian Freud.

Ignoremos el hecho de sí, para hacerse un autorretrato, el artista necesita un espejo o un agua-

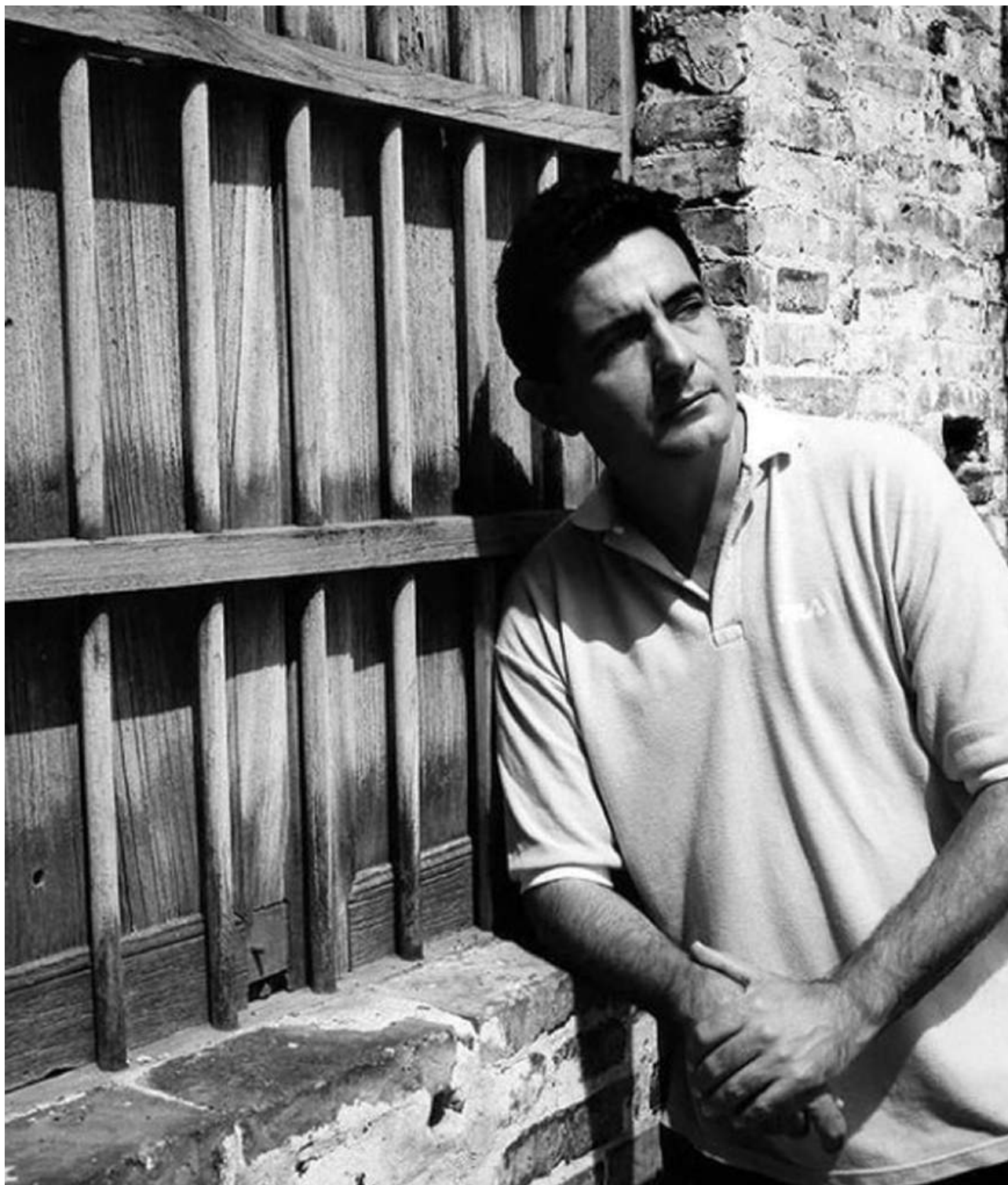


manil, un río o un charco para poder mirarse, total, desde la antigua Turquía, el legendario Egipto o la deslumbrante Venecia, la imagen propia reflejándose en una superficie siempre constituyó una alegórica fuente de misterio sagrado. Imaginemos entonces el extraordinario sentido que cobra esta concitación instigada por Érika Rojas y Ender Colina (Mijo Lindo, en cuya casa comenzó esta deliciosa broma, una década atrás). Ahora, encontramos de nuevo autorretratos extraordinarios, de artistas muy bienamados por nosotros, cara a cara contra vos mismo y desde vos mismo, cual Rembrandts del trópico ardiente. Hoy es un día especial para homenajear a la humildad, según en esta exposición bendita, comprobamos. Tocas tu rostro (Cortázar es mi lugar común por excelencia). Tocas tu boca. Con manos trémulas palpas tu propio rostro y configuras un contorno como si vos mismo hicierais arepas con la masa de tu faz. Reinas en tu boca, mesas tus propios cabellos, imagináis que no hay Némesis que castigue tu propio don de Narciso y así, una y otra vez, humilde, trazas y trazas tu propio rostro por vos redimido.

¡Salud!

Kuruvinda

revista
de raíces y diversidades



Fotografía: Audio Cepeda Fernández

MUJERES EN MARACAIBO

(A propósito del reciente fallecimiento de su autor
Enrique Romero)

MILTON QUERO ARÉVALO

Hay obras que suelen caer en silencios abruptos e inesperados, a pesar de que las mismas encierran en su espíritu, algunas revelaciones insospechadas de ciertas psiquis individuales, de ciertas maneras de ser y estar, que contrasta con el ejercicio colectivo que por tradición suelen tener los ciudadanos de una ciudad determinada, característica y única, como lo es la ciudad de Maracaibo. El problema se avizora y contempla en un pequeño libro construido en clave teatral, de apenas 56 páginas y que contiene seis monólogos que la casa editora Monte Ávila Editores, tuvo a bien publicar en el año 1990. Su autor, Enrique Romero, recientemente fallecido el 16 de diciembre del pasado año.

Sugiere Ángel Rama en *La Ciudad Letrada* "La calle se 'lee' o se descifra con la experiencia personal" (Rama, 1985, p.15) Es el contacto con la calle lo que le dará al ciudadano un sentido de pertenencia para con la ciudad en que habita. Este vínculo esencial pareciera estar roto en los personajes que dan forma al libro *Mujeres en Maracaibo*. Este conjunto de textos que Enrique Romero nos ofrece, nos presenta "otra Maracaibo", muy alejada de aquella conocida por todos, donde el sentido de la hipérbole valoriza las estructuras cotidianas. Ese maracucho distintivo, chistoso, dicharachero, bromista y encantador, desaparece por completo de estos textos de Romero. Lejos de la tradición escrituraria que impactó a Pocaterra

cuando recaló en Maracaibo como intendente de tierras baldías en 1915 y que le sirvió para construir su versión de los hechos en su celeberrima novela *Tierra del sol amada*. Romero se aparta de esta tradición y nos ofrece otra cara del gentilicio y otra cara de la problemática del hecho de estar; "en" Maracaibo.

Estas mujeres de Romero son terriblemente afectadas, tanto en lo físico –uso de guantes y sombreros– como en el habla, uso constante de vocablos foráneos. En su proceder suelen presentarse como educadas y remilgadas –acaso lo sean–. A menudo encierran en sus modos un drama personal que está directamente asociado a la ciudad en que habitan. La soledad se hace presente en sus vidas, diríamos que es la esencia de la cual están dotadas. Se aprecia también cierta desconexión con el entorno. La reclusión pareciera por momentos su lícita defensa ante una ciudad que ellas perciben vulgar y soez. Por momentos, parecieran figuras salidas de un cuadro de Emerio Darío Lunar, damas níveas y delicadas, circunscritas a un paisaje irreal e inverosímil, ese que han creado en sus propios reductos amurallados y que cobra sentido para ellas, por su habla y por sus modos de relacionarse con su entorno.

Se opera una especie de triunfo de la ferocidad, que afecta de manera ostensible la sensibilidad de estas mujeres, de allí su reclusión. La deducción es muy sencilla: ellas son educadas y

refinadas. Manejan un mundo cultural amplio y letrado; sin embargo, viven recluidas en un auto-encierro monástico. ¿Qué es lo que hay afuera que ellas rechazan? ¿Por qué entonces, se niegan a participar de la vida que les ofrece la ciudad real? Se enclaustran en sus casas y viven a través de una ciudad virtual, que opera en sus memorias y recuerdos ¿Por qué esta constante evasión? ¿Acaso el triunfo del desorden en sus espacios ciudadanos? Ángel Rama nos dice lo siguiente: “La ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscripta en un ciclo de la cultura universal, en que la ciudad pasa a ser el sueño de un orden”. (Rama, 1985, p. 9) Este sueño por el orden, pareciera estar roto para estas mujeres, ya que no asumen la ciudad que las habita. No está la ciudad inserta en la realidad cultural de ellas, de allí la afectación.

El primer texto que ofrece el libro, se llama Monólogo de dama en traje largo. Hay que acotar que son textos muy breves, en la jerga teatral serían un buen ejemplo de lo que se ha dado en llamar teatro breve (obras que en su representación escénica, llevarían unos 15 o 20 minutos de duración) pues bien, Adalza Barrios, una poetisa frustrada, dueña de una poesía intrascendente, que comenzó a germinar cuando era muy niña en el periódico mural del colegio y que escribe con pluma de ganso, ha sido invitada a recitar sus versos anquilosados y vaporosos ante un “nutrido auditorio”. Cuando era muy pequeña recitaba en una radio local «Una hora de ensueño y fantasía con la poética ternura de Adalza, precoz numen que aroma nuestros lares a través de las ondas herzianas» El personaje maneja un registro de habla alto y refinado, aunque cursi y demodé, el cual no se compagina con el habla local, es un habla del siglo pasado, que enunciada en el momento actual, reviste a su protagonista de una cursilería y afectación, que produce sorna y disimulo. Vive recluida, ya que ella se comunica con una ciudad que no existe y con personajes que pertenecen al pasado. Todo este rebuscamiento en el lenguaje, no hace más que revelarnos, a unos seres desadaptados con su entorno, que viven realidades artificiales e inexistentes. En todas ellas hay una

sexualidad clausurada, no ejercida, tal vez deseada, pero imposible. Viven una contradicción, que consiste en habitar espacios urbanos, pero mantienen comportamientos señoriales; no caminan por sus calles y avenidas, rasgo definitorio de la modernidad. ¿Por qué estas mujeres reprimen con mantuana soberbia su sexualidad, y no son capaces de mezclarse con el otro? ¿Por qué estas mujeres defienden la razón de Occidente? Estas mujeres se saben y entienden diferentes, por ello el deseo de ser “islas”. Dice Javier Lasarte “Entre la nostalgia y la polémica, este nuevo sujeto comenzará a percibirse a sí mismo como distinto, como otro, fundará la conciencia del margen y su retórica; el arte y la forja de sus estilos serán sus nuevos instrumentos y el espacio de esa conciencia” (Lasarte, 1990, p.134) Esto es precisamente lo que les ocurre a las mujeres de Romero; fundan una conciencia al margen, cuando se refugian en impenetrables fortalezas y asumen la retórica del arte para expresarse, sólo que en el caso particular de ellas, todas son unas artistas frustradas. ¿A qué auditorio se dirigen? ¿A qué público les hablan? “indigna sierva, pulquérrima amistad, humilde fémica, liróforo Abrego J Montero, pensil zuliano, matrimonio de aedas” en fin, un rebuscamiento en el lenguaje que crea la ironía y el sarcasmo. Es un habla que en su exposición, intenta reconstruir una ciudad que ya no existe.

Otro tanto sucede con el monólogo El Insomnio de Eva. Acá vemos como el personaje nos habla de la Catedral de Hamburgo, de aquella actuación en Basilea, de Suiza, de sus añoradas comarcas de la Europa centro-oriental, en fin de una serie de países y ciudades europeas, que antepone a su Maracaibo natal, lo cual reviste al personaje de un trasunto doloroso y triste; y como corolario a esto, se ve totalmente realizada cuando se casa, es decir, cuando deja de ser maracucha y pasa a ser un apéndice de su marido, cuando se alegra de dejar de llamarse Evalina Mestre Pacheco para ser a través de un maridaje deseado Eva Moldauer. Por otro lado, la misma Eva se enorgullece de ello: “Aseguran que no tengo habla coloquial ¿Será una limitación?” Se reconoce diferente, ya que su habla no es la que se maneja en la ciudad real, por lo tanto, se sabe distinta y especial. De-

cide convivir con el mundo cultural foráneo que le ofrece su marido Gerhart Moldauer. Eva es una aculturada en el más estricto sentido de la palabra, sentido éste, expresado por Fernando Ortiz: “La que deja una cultura por otra” (Ortiz, 1987, p. 85) ¿Por qué no asumir y vivir los valores de su cultura? Deja sus valores para adquirir los que le ofrece el matrimonio con un alemán.

Todas las mujeres descritas por Romero, se mantienen al margen, recluidas en espacios amurallados sin practicar el don de la modernidad, como es el caminar por las calles y avenidas de la ciudad en que habitan (Maracaibo) eso sí, conservan el recuerdo de una ciudad que ya no existe y que ellas se empeñan en retener en su memoria. El monólogo *El aperitivo*, es la coartada perfecta para que la señora de Contino, casada con un italiano, nuevamente hace presencia el núcleo extranjerizante, que le da sentido a estas mujeres. Pues bien, esta matrona que vive en una casa amurallada, la fortaleza Contino, espera en su ensueño palaciego a sus cuatro hijos para cenar. Mientras estos llegan, decide tomarse un aperitivo y pasar revista a su vida, a sus hijos y a su fallecido marido Fabio Contino. Hay que acotar que a pesar de tener cuatro hijos, vive una soledad espantosa, que atenúa evocando los recuerdos del pasado, para que estos fantasmas pretéritos, la consuelen y acompañen. “Quisiera haber escrito muchos poemas. Ahora esos libros me harían compañía, me la procurarían...” Otro tanto sucede con la soledad que manifiesta la protagonista del *Insomnio de Eva*: “[Klaus, ahora serías el consuelo de la insomne Eva! La actriz frustrada te haría funciones privadas]” y qué no decir del monólogo *Entre Búcaros y Lienzos*: “El pinta y pinta sin destino”. El arte en estas mujeres no es un hecho asumido, es un adorno de la cultura, un pequeño aderezo a sus espigadas figuras, que les permite acceder y codearse con un mundo cultural que desean, del cual no forman parte y que las aísla del mundo real, el de la calle. Por ello no ven televisión y escuchan sólo música barroca. El “otro” sin embargo, está allí al asecho, como conciencia colectiva, agente de una ciudad sin ambages, ni posturas, que inquieta la sensibilidad de estas mujeres.

Ahora bien, ¿Los monólogos de Enrique Romero son monólogos narrativos o monólogos dramáticos? Esta distinción la hace Rubén Monasterios, al referirse al teatro de Ida Gramco: “Las obras de Gramco, en la generalidad de los casos escrita en verso, a la manera de los simbolistas, casi son una serie de monólogos alternos; el espectador debe recrearse, sumergirse en un lenguaje, en una barroca y delirante semántica, más que enfrentarse a una acción dramática; en el teatro de Ida Gramco, los actores narran desde el escenario, no es el escenario el que narra” (Monasterios, 1990, p.64) Creemos que al igual que Gramco, Romero apela al texto por encima de la acción dramática. Estos textos desafían la imaginación de cualquier director, pues la acción o prosecución dramática, no viene contenida en el texto dramático.

El director teatral deberá crearla sin modificar y traicionar el texto. Tenemos el dato de que el director teatral Aníbal Grun, montó en un solo espectáculo tres monólogos de Romero (ya habíamos acotado al principio de este artículo la brevedad de los mismos) Pues bien, en el año 1995 llevó a la escena marabina a este peculiar autor. Desde entonces, el hombre de teatro zuliano no se ha atrevido a montar estos textos intimistas e introspectivos, antes bien, el teatro regional prefiere sin duda una relación externa y procaz, aderezada por el chiste fácil y grueso. Algo nos quiso decir Romero de manera inversa, de manera velada con estos monólogos, algo de sociología local, algo de ademanes y gestos propios, algo de la semántica de estas gentes, gestes que viven de publicas procesiones, de infatuada bulla y del chiste grueso que lacera el gentilicio. El cuarto monólogo de este pequeño libro, se titula *La Señorita Estaciones*. Ella se ha quedado sola, después de que unos familiares celebraran su 42 cumpleaños. Este momento de soledad le sirve para tirarse a la butaca y reflexionar sobre su vida. Vemos una mujer que arde por dentro, que ansía de alguna manera ser comprendida y tener compañía. Necesita que entiendan sus gustos por las palabras hermosas, los guantes y los sombreros, pero como no la entienden, se refugia en su mundo particular y al igual que Blanche Du Bois, tiene vaporosas fantasías, como para enfu-

recer a un áspero y ficticio cuñado “A veces despierto a medianoche, tomo una larga ducha (...) a esa hora, cuando este edificio es la fortaleza más silenciosa de Maracaibo. Paso a probarme los más delicados sombreros. Escojo casi siempre, los que tengan hojas de satén que parezcan caer del ala” (Romero, 1990, p. 42) Vive una cultura que no es la suya, que le llega por los libros que lee, cierto bovarismo se observa en ella, esa tendencia a no saber diferenciar la realidad de la fantasía y los sueños con la realidad específica. Desea una vida de fantasía que no le ofrece su ciudad natal. Ese deseo manifiesto de despertar deseos en el “otro” se hace presente a altas horas de la noche. Su sexualidad no satisfecha, ansia el encuentro con el otro, ese otro que rechaza por ser un agente de la variedad local, de una cultura que aborrece, pero que necesita para poder satisfacer sus instintos sexuales. Es por ello, que al final del monólogo después de tanta impostura y refinamiento dice: “Los rozados vinos envejecen conmigo, me acompañan en la espera nocturna... ¿Ni siquiera Alfonso, cuidador de llaves y jardines, se animará a tocar mi campanilla”. (Romero, 1990, p. 43)

Es sumamente curioso, como estas mujeres “en” Maracaibo, pergeñadas con una variedad dialectal tan especial, como lo es la realización fonética del español hablado en Maracaibo, quieren dejar de ser lo que son y desean ser un asunto europeo, una añoranza de las estaciones, o unos vocablos extranjeros. ¿Por qué este deseo de no ser el lugar de enunciación donde se nace? La forma de evasión más expedita es el lenguaje, por eso dicen: (Mein lieber Gerhart, Orgelmeister, Nicht war, Warum, My dear, Holy Mother College, Lady, Fouette) En fin, el habla crea e impone la distancia, asegura un dominio cultural postizo, al cual creen pertenecer. La señora Contino ve realizado estos deseos, sólo cuando se convierte en el apéndice de Fabio, es decir; el maridaje con lo extranjero.

En su libro Contrapunto cubano del tabaco y del azúcar, Fernando Ortiz expresa lo siguiente: “Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque

éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana ‘aculturación’, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente”. (Ortiz, 1986, p.90)

La problemática que plantea Romero en sus piezas teatrales, pareciera resumirse en el quiasmo o ruptura de una cultura y la implantación de otra, en unos seres que desean la razón de occidente. Muchas de sus heroínas se debaten entre la añoranza de un pasado ya clausurado y una asombrosa dependencia farmacológica, por sus páginas desfilan: (Diazepam, Valium, Tranxen, Mogadón) Por otra parte, el sujeto no se realiza, sino que es empujado hacia disciplinas y profesiones que no son de su agrado, labores que constituyen una no-realización del “ser”. Es por ello que el personaje de la pieza Entre Búcaros y Lienzos declara: “En lo sucesivo, óyelo bien, los homenajes a los estrenos de Lilia saldrán de la floristería de su hermano ¡Qué Hipócrates del carajo, mamá!” (Romero, 1990, p.50)

Nos dice Leopoldo Zea, en su libro La filosofía americana, como filosofía sin más: “En lo cultural, como en la filosofía, la imitación debería desaparecer. En todo caso, como pedía el mexicano Antonio Caso, si no se puede dejar de imitar, al menos inventar un poco, asimilar. Asimilar es hacer propio lo que parecía extraño” (Zea, 1981, p.11) Esta es la tragedia de las mujeres de Romero, que son una mala copia de lo europeo y desde luego no se sienten cómodas siendo latinoamericanas. No están conformes con lo que son y quieren escapar de esta “equivocación histórica”, asumiendo los principios culturales de Occidente. Hay una gran recurrencia al pasado, para que este sirva de escalón al futuro ascendente: “Iré iluminando el comedor. Así la espera será más corta ¡Velas para cenar en Maracaibo! Antes de 1888 esa fue la iluminación en Maracaibo”. (Romero, 1990, p.24) Opera entonces lo que Zea ha llamado “La trágica disyuntiva”; la elección entre un pasado remoto y un futuro deseable, entre el mundo del cual ellas son representantes, pero que ya no lo sienten suyo y uno del cual se creen merecedoras, pero que es

inalcanzable, ya que ellas viven “en” Maracaibo. Por lo tanto, y como solución final a sus conflictos se encierran, se atrincheran y se esconden escindidas entre la memoria y la añoranza.

Hay un orden impuesto contra el cual estas mujeres se rebelan. Las ladies de Romero son sobrevivientes de esa Maracaibo conservadora, de esas clases sociales que viven en grandes hatos que ya no existen, de esas casas inmensas y amuralladas, familias conservadoras de “la tierra del sol amada”. No forman parte del orden toponímico de la ciudad que habitan; no les gusta, por eso no salen. No participan de la vida social y cuando salen, lo hacen de noche, cuando nadie puede verlas. “Cuando la señora Contino, decide recorrer algún sector de Maracaibo, lo hace a muy altas horas de la noche, dentro del vehículo de alguno de sus cuatro hijos” (Romero, 1990, p.23) ¿Cuál es el reverso modernizador de las ciudades, que causa tanto escozor en estas mujeres? Romero, como buen surtidor de preguntas en su hecho literario no lo aclara y al igual que Faustino Sarmiento, parece dudar de las premisas civilizadoras. ¿Qué ofrece la ciudad de Maracaibo que estas mujeres rechazan? Difícil saberlo... acaso por deducción creemos que pudiera ser el lenguaje o también el mundo cultural que se desarrolla afuera de sus fortalezas. En cuanto al lenguaje, ellas se niegan a ser depositarias del habla local y utilizan unos registros foráneos para acentuar la diferencia y en cuanto al aspecto cultural, Europa es el paradigma de la modernidad que ellas ansían, todo se refiere a asuntos culturales europeos. “Las mujeres de Romero, son damas que han sido empujadas al matrimonio y que lo ven como su realización personal, pero se sienten insatisfechas con su vida matrimonial y con su vida dentro de la ciudad de Maracaibo. Es factible suponer una referencia autobiográfica oblicua en estas mujeres que representa Romero”. (Isea, 2008. p.132)

Hay en estas damas o Ladies, como prefiere llamarlas su autor, un conflicto permanente entre sus emociones y los ideales represivos de una tradición. Son mujeres incapaces de armonizar el mundo de sus sueños, con la realidad. Son estudios acabados sobre la frustración de mujeres cultas y refinadas, identificadas con una

época que se extinguió y que ellas se empeñan en mantener. Estas mujeres son muy superiores a las domésticas amas de casa, ya que simbolizan un tipo de lucha contra lo común. El refinamiento de estas Ladies, parece acompañado por una especie de afectación exquisita, que no es más que la máscara de una naturaleza apasionada pero frustrada. La Señorita Estaciones es una exacerbada solterona, frustrada sexualmente, a la que la necesidad le socava el sentido común. Todas están desvinculadas del ambiente que las rodea y viven en un mundo que ellas mismas han creado, un mundo de dulces sueños sentimentales. Afuera está la vida y sus urgencias, el tráfico automotor, las colas, la gente que maldice y se golpea; los mercados con las colas y sus olores nauseabundos, afuera está la vida de la ciudad real; está el habla local, con sus groserías y palabras soeces, afuera está el sol que decolora la piel y nos muestra lo que somos. Pero nuestras heroínas nada quieren saber de ese mundo, se recluyen, se abstraen de la realidad disolvente y son sólo una estampita, un dibujo, un boceto arrancado de la realidad. No son capaces de transitar las calles y avenidas de la ciudad en que nacieron, se refugian en el apellido foráneo y allí se mantienen hasta el fin, como tributo a una Europa que desean, pero que trágicamente no poseen. Parafraseando a Marshall Berman: “Estas mujeres tienen pensamientos modernos enmarcados en una comarca medieval y al igual que Fausto, están forzosamente privadas de experiencias sexuales por las barreras clasistas o raciales de una sociedad cruel”. (Berman, 1988, p. 32) Ellas, mantienen una visión contemplativa, son espectadoras pasivas que desean una conexión con el mundo que les sea más vital, erótica y activa.

Creo que la obra de Enrique Romero, nos ofrece entre otras cosas, ciertas claves de una ciudad llamada Maracaibo, donde un grupo humano está “en” un lugar de enunciación problemático e inusitado, que presenta cierta hostilidad y aspeje, donde los reductos sensibles no parecieran tener cabida y son empujados hacia sus casas amuralladas.

Bibliografía

- 1-Berman Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores. México. 1988.
- 2-Isea Antonio. *Figuraciones del hinterland*. Universidad Católica Cecilio Acosta Ediciones. Maracaibo. 2008
- 3-Lasarte Javier. *Juego y nación (Posmodernismo y vanguardia en Venezuela)* Fondo editorial Fundarte. Caracas. 1995.
- 4-Monasterios Rubén. *Un enfoque crítico del teatro venezolano*. Monte Ávila editores. Caracas. 1989.
- 5-Ortiz Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Ediciones Cátedra. España. 1992.
- 6-Rama Ángel. *La ciudad letrada*. Newpshire: Ediciones del norte. EEUU. 1984.
- 7-Romero Enrique. *Mujeres en Maracaibo*. Monte Ávila Editores. Caracas. 1990.
- 8-Zea Leopoldo. *La filosofía americana, como la filosofía sin más*. Siglo XXI Editores. México. 1981.



Revista Nacional de Cultura:
Un lago cuenta su historia
Yarlenis Añez

Revista Nacional de Cultura Nº 349
Maracaibo en palabras e imágenes de un Lago
Vivo y su Gente.
Por Yarleny Añez

La Revista Nacional de Cultura en su publicación número 349, rinde homenaje al Lago Coquivacoa, su gente y su historia. Para lograrlo se embarca en un viaje de orilla a orilla, donde asoma la poesía de Lydda Franco Farias entre letras y decires de verbos testimoniales, aquellos que emergen del mismo espíritu lacustre que habita en el zuliano, con el reflejo de un Maracaibo vivido y sentido bajo una piel curtida por el sol vibrante que danza sobre sus aguas. Diversos escritores desde su propia invención verbal, proponen un discurso que enriquece la experiencia lectora de esta edición.

Ser habitante del Lago, desde una mirada vinculada al testimonio de batalla y libertad, es un compromiso que se corresponde con amor y creación literaria de altísima sensibilidad, así lo demuestran cada uno de los autores que participan en esta extraordinaria entrega de la Revista Nacional de Cultura, cuando celebró los 85 años desde su primera edición. El número conserva esa visión de su fundador Mariano Picón Salas, quien en 1938 mostraba su compromiso con la indagación y comprensión del hecho histórico. En este sentido, es necesario resaltar especialmente la sección escrita por el profesor Alexis Fernández en un relato sobre la Batalla Naval del Lago, donde la palabra salta desde el archivo documental para convertirse en creación poética, en un texto que redimensiona la historia, permitiendo al lector intimidar con los registros de una crónica libertaria narrada desde la memoria colectiva, entrelazada con el semblante más humano de sus protagonistas.

Esta batalla, clave para la emancipación de Venezuela, revive en sus letras con una veracidad que respalda con fuentes documentales diversas que incluyen múltiples referencias, cinematográficas, periódicos de época, imágenes, fotografías, iconografías, obras de arte, revistas, testimonios, cronistas, fotograbado, grabados, semblanzas, libros y periodistas, entre otros, reconstruyendo así, la

memoria de la otredad en el relato sobre La Batalla Naval del Lago de Maracaibo.

Su prosa cargada de imágenes poéticas refleja magistralmente la historia militar librada por la soberanía de estas tierras, donde próceres, pueblo, ciudad y puerto se convierten en escenario de vida y lección de heroísmo patriótico, rememorando el legado cultural y social que significa para la historia independentista de Venezuela. La cual, catapultada Alexis en una narrativa desde la otredad marginada, donde redime y trae al presente las voces del pueblo en pescadores, esclavos, jornaleros, gente de orilla y sol que incluye heroínas populares como Ana María Campos. Este enfoque sobre la guerra librada en las aguas del Lago de Maracaibo, muestra como la Independencia desde estas tierras, fueron talladas por las luchas de comunidad anónimas, iluminadas en las noches por el relámpago del Catatumbo y en el día por el más ferviente sol.

De ahí que la Batalla Naval del Lago se presenta como símbolo de firmeza, donde en sus aguas resopla “un animal marino” dice el autor, que forja la identidad zuliana, en un devenir de reflexiones que no solo aportan datos históricos, sino que interrogan al pasado, obteniendo respuestas emocionales. Así se dibuja una ciudadanía profundamente lacustre, donde el lago emerge como elemento determinante para consolidar los triunfos libertarios. Los seis capítulos que conforman esta sección de la revista figuran como microrelatos literarios, erigiéndose en un archivo vivo de diálogos entre poesía e historia.

Definitivamente, dedicar las páginas de este número a aquella icónica batalla, que marcó el desenlace de la dominación de España en Venezuela, cobra vigor en el del texto de Alexis Fernández, conmemorando al pasado del Lago y su historia a través de su gente, convirtiéndose, con esta obra, en guardián y custodio de la memoria independentista del Lago de Maracaibo. Cada uno de los escritores entregó un resultado que merece la pena leer, convirtiendo esta edición en un LIBRO de 261 páginas de excelente curaduría literaria. Destaca la participación del fotógrafo Audio Cepeda, quien logra congelar la esencia del zuliana

no entre zanahorias y tomates rojas que se confunden con las paredes coloridas de Maracaibo, mientras danzan entre sus calles montados sobre una carreta. Particularmente, resalta el retrato de la poeta Lydda Franco, capturada desde una toma en contrapicado que la agiganta como su prosa, en una imagen cargada de misterio entre su sonrisa tenue y mirada sigilosa, mostrándola casi inalcanzable.

De igual modo, es necesario resaltar el ensayo “Leer a Lydda Franco Farías en Twitter” de José Javier León, el cual constituye un viaje literario que explora la poesía de Lydda Franco Farías en el universo digital, haciendo referencia a un trabajo realizado por la periodista Morelis Gonzalo Vega, quien desde 2015 administra la cuenta @LyddaFrancoF, publicando fragmentos de sus poemas acompañados de imágenes evocadoras. Las cuales, J.J. León convierte en un magnífico análisis poético, donde va colocando un “verso analítico” después de cada poema de Lydda, que va presentando y “deshuesando” con sumo cuidado.

El autor se pasea por varios tuits para describir cómo los poemas de Lydda, liberados de las páginas físicas, se fragmentan y recomponen en la red, donde el poema la abraza y deja ver la sole-

dad y el misterio en los versos de esta falconiana que hizo suyo a Maracaibo y su gente, a la vez que cita versos como “esta casa conoce mis manías”, o “mi hábito de leer a medianoche”, para ilustrar cómo la plataforma captura la esencia íntima y

universal de su voz, de su “misterio y soledad, silencio y nostalgia”, indica León.

Igualmente, emerge la voz de la escritora Laura Antillano como testimonio íntimo de los amantes del Lago. En un solo poema describe la pasión que le despiertan los recuerdos de aquellos amaneceres coloridos, contemplados desde la ventana de su casa cuando iniciaba su romance con la poesía, lo hace a través de una narrativa poética que detalla con precisión la belleza del Sol al posarse sobre el cielo lacustre, generando un “rojo muy intenso” mientras se alza imponente.

Antillano recurre a su propio testimonio y metáforas para expresar la relación entre el bien y el mal, reflejada en la flora y fauna que habitaban su hogar a

orillas del Lago, donde transcurrió su juventud, rescata historias que han moldeado su relación con este estuario vivo, donde expone las contradicciones de un espacio marcado por la abundancia y la escasez, la belleza y el abandono, donde el lago aparece recreado como un testigo de generaciones levantadas entre la modernidad y la marginalidad, donde los poetas, pintores, músicos y artistas de la ciudad aparecen como un retrato de belleza y desarrollo, haciendo referencia a su ex-





Fotografía : Audio Cepeda Fernández

perencia personal con grandes artistas plásticos como Francisco Hung.

En definitiva, cada uno de los escritores y creadores invitados a esta edición de la Revista Nacional de Cultura, logra deleitar con una experiencia emotiva entorno al Lago y esta gesta histórica. A través de la pluma de sus autores y el lente de fotógrafos como Audio Cepeda, Carmelo Raydán y Evelyn Canaán, Maracaibo emerge desde las aguas vivas de su lago como testigo de batallas y triunfos, un tributo a la identidad zuliana. Las imágenes, desde la arquitectura hasta las recreaciones del grupo de teatro Mambrú frente a la Casa de la Capitulación, capturadas por Romer Urdaneta, ayudan a situar al lector en un contexto geográfico de innegable fuerza visual y bajo el encantamiento de la historia. La combinación de géneros, entre relatos históricos, poesía, fotografía, testimonios, ensayos, cartografía, dibujo, pintura, crónicas y reseñas, logra ese diálogo en-

tre pasado y presente, cargado de reflexión de un ayer que persiste.

Para concluir, es necesario nombrar a Nicanor Cifuentes Gómez en Escenarios de humedales, Orinoquia y Delta, donde teje relatos sobre la relación del hombre con el agua, en un texto repleto de referencias culturales y ecológicas que sumergen al lector en el canto de la naturaleza, por medio de la narración de sus propias anécdotas de vida. En un lugar central, resuena el TESTIMONIO del poeta BLAS PEROZO NAVEDA, recordado y admirado profesor e investigador, que al igual que Lydda Franco, llegaron desde Falcón e hicieron suyo a Maracaibo, escribiendo a través de un sentir íntimo con la ciudad, convirtiéndose en referencia para la poesía zuliana, así quedó demostrado en la Filven Zulía 2024, donde aparecían Blas y Lydda homenajeados como escritores regionales.



Fotografía: Gretzy Atencio

Espíritu de Grandeza

Por Juan Carlo Viloria Petit

Gracias a la colaboración de Consuelo Bustos López, Nicanor Cifuentes Gómez y la Familia Muñoz Bracho, con cuyo apoyo moral, transitamos el inmenso dolor que representa para todo el Estado Zulia y Venezuela, la partida de nuestro hermano Leonel de Jesús Muñoz Bracho, hacia la inmarcescible luz de nuestro Padre Celestial y Eterno.

El niño Leonel se sube a su antojo en la torre de un molino, sobre las feraces llanuras de Mara. Acostado sobre su plataforma superior, contempla una infinitud abrumadora de estrellas. Azules, rojas, inmensas, titilantes, y algunas otras con reflejos y rayos ambarinos. La brisa de la noche parece multiplicar por mil la transparencia del aire y del espacio. La superlativa intensidad de tanta belleza, trasciende sin un ruido ni un salto la dimensión del tiempo.

Ya las estrellas no sólo están arriba, sino también abajo, y a sus costados. Navega dichoso entre ellas, absorbiendo la majestuosidad del universo.

- Espíritu de grandeza - Nos decía sonriendo mientras nos contaba ésto, a comienzos de los años noventa, cuando buscábamos un nombre para el taller de cerámica y escultura que habríamos de habilitar por algún tiempo.

El concepto, soberbio, quizás incluso nos sobrepasaba. El nombre nos parecía muy largo. Leonel ya tenía hecho un logo de gran síntesis, que a todas luces lo representaba, y quedó para siempre como de su propiedad, e incorporado al menos en uno de los más de diez libros que escribió:

Una línea horizontal como punto de partida, un semicírculo representando la esfera celeste

(así como las aspas del molino que escalaba en sus primeros años), y tres puntos alineados, representando las estrellas más conocidas de la constelación de Orión.

Con el convenimiento de amigos, allegados y participantes en nuestro proyecto, entre los que destacaban el economista y ceramista Oswaldo Garrido, y el educador Ángel Chávez Zuleta, ambos directivos de la Escuela Superior de Arte Neptalí Rincón, pusimos en marcha casi al mismo tiempo el taller y la galería de arte, con un nombre en sánscrito que nos sugiriera el empresario Nelson Bracho: Brindavan. Fue el nombre que principalmente llevaría la galería que se fundó.

El local del taller, en el sector Valle Frío, estaba ubicado al final de la Calle 85 (Falcón), en dirección al Lago de Maracaibo, sobre las elevaciones de lo que antiguamente se llamaban “Las Lomas del Viento” (según nos recordaban nuestra abuela, y el gran cronista, abuelo de Maracaibo, Kuruvinda), y nos fue alquilado por una amable señora de la tercera edad, Doña Clara Büsing de Himmelreich, hermana de la escritora zuliana Doña Elsa Büsing de Carroz. Los temas del inmueble los manejaba su nuera Edurne. Ellas eran tanto nuestras vecinas como entusiastas de las obras que allí se realizaban. Como una feliz coincidencia, teníamos al lado una pequeña plaza, que ostentaba un busto del abogado y político Luis Hómez, realizado con gran arte y maestría por el mismo Leonel Muñoz.

Al fondo de aquél local urbano, dispusimos de dos hornos de cerámica que se encendían a diario, para cocer piezas pequeñas de terracota o gres. También teníamos un torno de mano, o rueda de alfarero. En la gran sala de la entrada, dispusimos mesones y otros enseres.

Allí Leonel modelaba, producía los moldes de grandes obras, y también realizaba los vaciados. El espacio era lo suficientemente amplio para muchos trabajos.

Por aquellos tiempos, un ayudante constante de Leonel Muñoz era su hermano Cándido, “Can-

ducho” Muñoz, mientras que Geovani Villalobos, un pariente de ambos, me ayudaba en la preparación de las pastas cerámicas, y en la realización de algunas piezas de tipo artesanal.

Con frecuencia nos acompañaba en la jornada laboral, la Sra. Floreanna De Witt, una experta florista muy conocida en Maracaibo, quien también era artista de las artes del fuego, y realizaba joyas de vidrio de gran originalidad y belleza con la técnica de la vitrofusión. Era una gran admiradora de las obras de Leonel, y le encantaba trabajar con nosotros.

También nos visitaba el profesor Ildebrando Rossi, pintor y restaurador de obras de arte, quien era como un padre, y de la manera más amorosa no cesaba de darnos consejos, para mantener un trabajo artístico que fuese a la vez productivo y del más alto nivel de ejecución.

Valga señalar que el espacio de la galería estaba situado en Santa Lucía, y correspondía a toda el área frontal que ocupaba la casa de Leonel en ese tradicional vecindario. Si bien varias personas nos involucramos en el lanzamiento del proyecto, rápidamente quedó en manos de sus principales promotores, Ángel Chávez Zuleta y Leonel Muñoz Bracho, para finalmente quedar solamente en las manos de Leonel Muñoz.

Vasijas hechas por un escultor

Desde la primera ocasión en que visité la casa de Leonel en Santa Lucía, conversar con él y ver sus trabajos, era descubrir objetos sorprendentes, que en parte había traído desde el Municipio Mara. Un libro con dibujos animados, de los que menciona en la extensa y magnífica entrevista que le realizara la periodista Gretzy Atencio. Sus esculturas de la mujer wayúu, con un perfecto manejo de la forma e increíbles detalles, hacen acto de presencia dejando sin habla al espectador. El estudio de la figura humana y su expresión se muestran por doquier, en rostros y manos modeladas en barro.

Allá nos habla de manera muy grata sobre sus

orígenes y su trabajo.

Como ceramista, una pieza me llama poderosamente la atención. Una jarra de tamaño natural, con amplia asa y un pico estilizado, que parecía haber viajado en el tiempo y el espacio desde la Toscana renacentista. No había sido realizada de la manera usual como un sólido de revolución en el torno dinámico, ni girando los colombines que se ruedan extendidos contra un mesón, sino modelada y tallada a pulso en toda su proporción y equilibrio, a partir de un bloque de barro. Su forma era perfecta, y al ser poco tallada internamente, de gran peso, pero no presentaba ni una sola grieta, ni una sola deformación que se hubiese causado por el secado. Era una pieza artística impecable, mas intemporal, como toda gran obra de arte... Antes bien, presentaba una pátina producto de las sales de la arcilla, que afloran a su superficie a medida que se prolonga el tiempo de secado, la cual termina siendo una capa muy dura del objeto, y que mientras no se presente el contacto con el agua, lo protege bastante. En muchas ocasiones, esta pátina, si la pieza es llevada a cocción, se transforma en un esmalte. Leonel ingresaba de manera natural al estudio de los esmaltes cerámicos y a las texturas producidas por la propia naturaleza, cuando secaba las piezas a las temperaturas generadas por el sol, y en el estudio de las texturas causadas en la piel de las tunas por abrasión, durante el proceso de cicatrización de las líneas que en ellas se trazaban (procedimiento que fue descrito a Gretzy Atencio). Es una experiencia universal del ceramista profundo, en su estudio de los procesos naturales, que aprende a manejar para lograr el efecto deseado. Aunque parezca extraño, gran parte de los experimentos que forman a un ceramista, proceden de la utilización y contacto con materiales de origen vegetal.

La utilización de tierras sin cocción para obras de arte, desde tiempos inmemoriales y en la actualidad, es objeto de mucha experimentación y estudio al que estamos abocados.

Por otro lado, Leonel siempre mostró un gran interés y complacencia en los procesos físico-químicos involucrados con el trabajo cerámico.

A lo largo de su carrera, en diversas ocasiones como parte integral de sus esculturas, Leonel realizó vasijas de diferentes estilos y diseños, especialmente aquellas relacionadas con el arte indígena. En todas, e independientemente de sus dimensiones, se observa una sobriedad y nobleza sin par, en las cuales no sabes si la vasija es del presente, o si tiene tres mil años de antigüedad. El respeto a la forma, a su acabado, la reverencia a lo ancestral son expresados en las mismas de forma tangible. Retornamos a la afirmación de que el arte perdurable es el que lleva integrada la dimensión de trascendencia del tiempo, perceptible a dondequiera que su objeto se traslade.

Sobre la mayoría de las grandes obras escultóricas que realizó, o necesitaría un espacio-tiempo literario mayor para mencionarlas, o será mejor que sean abordadas por aquellos que las conocen mejor que mi persona.

La mano que obedece al intelecto

Por Consuelo Bustos López, antropóloga, docente, artista plástica muy destacada en diferentes áreas, entre las cuales sobresale su trabajo en Vitraux, nuestra profesora, nuestra guía y nuestra Directora en la Escuela Superior de Arte Neptalí Rincón.

A Leonel de Jesús Muñoz Bracho, modelador de historias vivas

“La mano que obedece al intelecto”, que en dicha sencilla línea expresa de manera ideal la profesión de escultor, es uno de los sonetos más conocidos de Miguel Ángel Buonarroti, uno de los artistas más admirados por Leonel, y que fuera para él una importante fuente de inspiración.

El renacimiento con Miguel Ángel, marcaría en Leonel su obra escultórica, como arquitecto e ingeniero, parte fundamental en la formación y procesos de sus estudios y proyectos.

La prolífica trayectoria de un ser humano, movido por su conflicto social y cultural, de ser capaz de transformar su realidad en un mundo mejor para toda su comunidad en los Pueblos de Agua, modeló en Leonel Muñoz un humano de alta sensibilidad, frente a las dificultades y carencias de

trabajo duro, desde niño, que continuará hasta su juventud y como adulto. Lo llevará a su capacidad de transformar las adversidades en su mayor regalo divino, las artes visuales en todas sus manifestaciones culturales, poesía, su capacidad de crear escenarios de juegos de andamios con gran ingenio, y su mayor valor, descubrir como un niño adulto en su capacidad de asombro, una de las artes que reúne a todas en una: La escultura.

Destacar es necesario cómo los hijos de Mara paren seres realmente con gran corazón, de verdades, de humildad sin arrogancia, de servicio con honestidad. De seres que son capaces de crear en todas sus formas y capacidades de expresión, que nacen con ellos y que luego llegan hasta la ciudad, como lo es Maracaibo, como el mejor de todos los sueños.

Allí llegó Leonel a la Escuela Superior de Arte Neptalí Rincón. Allí se encuentra con su maestro José Fajardo, oriundo del Moján. El encuentro hoy puedo aún verlo en el rostro de Leonel Muñoz, en el tiempo sublime de asombro. El alumno se convirtió en su asistente. No pasó mucho tiempo en ser el discípulo del Maestro Fajardo. A su retiro se propuso a Leonel Muñoz como su reemplazo.

Luego se le recomendó que estudiara en la Universidad Cecilio Acosta (UNICA). Allí conoció al Maestro Luciano Celli. Cursó materias como dibujo. Profundizó en composición e historia del arte.

A finales de los ochenta, después de haber estudiado en Florencia, el profesor José Nicanor Fajardo se había traído a Luciano Celli para Venezuela. Ambos están entre los principales profesores de escultura que tuvo Leonel Muñoz, de manera que podemos decir que tuvo un vigoroso influjo en su formación como escultor, de la escuela italiana, y particularmente florentina.

De Ildebrando Rossi manejó la pintura y el color. Fue un momento de su historia que asombró no sólo en su estudio sino también en ese aspecto de compartir y visitar los talleres de artistas. Su dominio técnico en el oficio de la escultura, a través de la Dirección de Patrimonio del Estado Zulia, de la Secretaría de Cultura, lo llevó a formar

parte de su equipo de restauración.

Fue allí que inició con la creación de su propio taller y la creación de su propia galería de arte. Decidió dejar la docencia y estar presente con su real pasión, su eterna vida y compañía hasta el momento de su partida.

El mayor legado para nuestra América del Sur, de los Pueblos Originarios del Caribe: Leonel Muñoz Bracho.

Epílogo

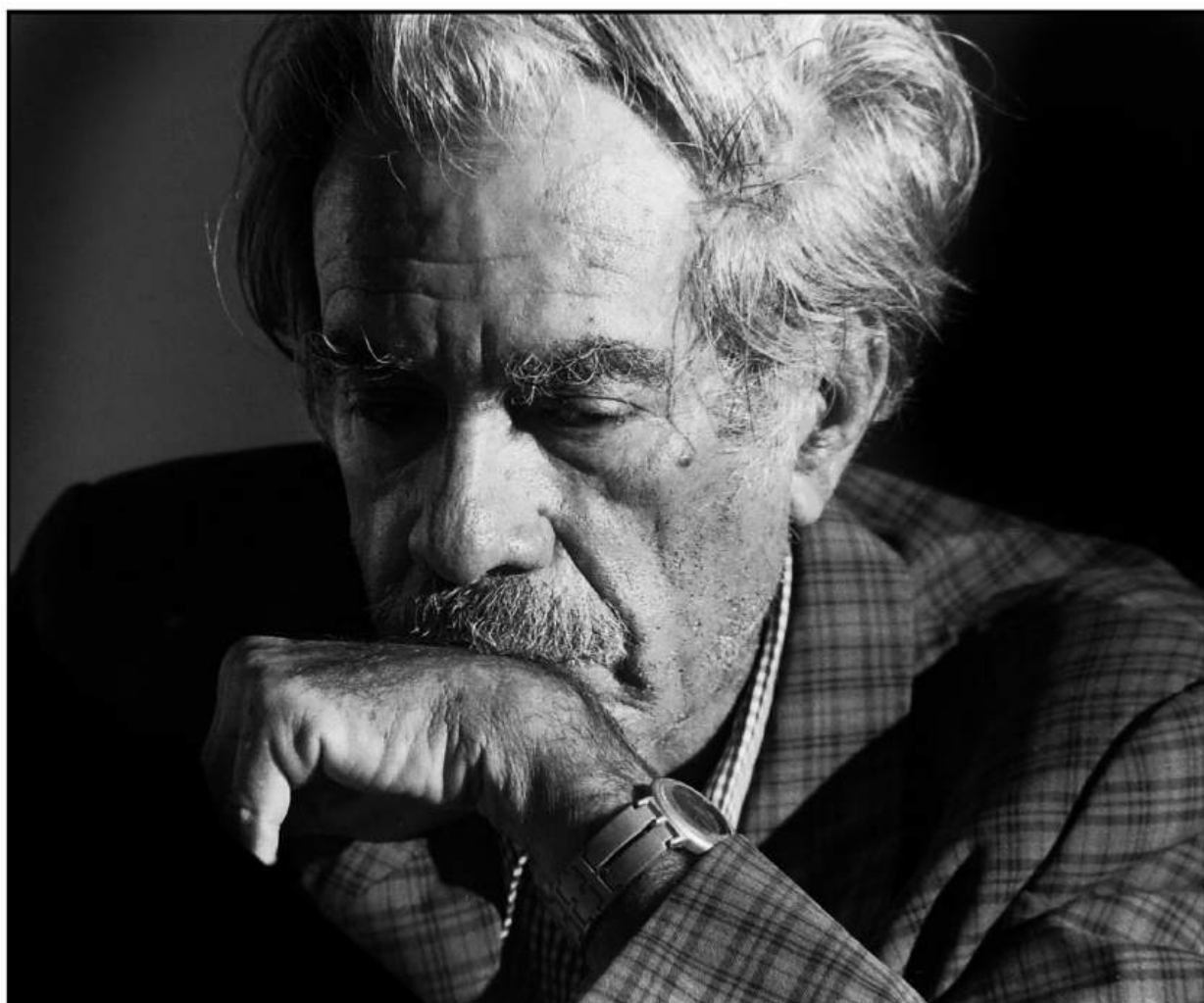
Distan mucho las palabras en estas notas, cuyo propósito es recordar y honrar, de hacer un retrato completo de la vida y obra de un ser humano de la estatura de Leonel Muñoz Bracho.

Iniciativa que podría ser realizada por muchas personas, tomándose el tiempo y esfuerzo necesarios.

Afortunadamente, sobre todo en los medios digitales, han surgido numerosas publicaciones, cada una reseñando diferentes aspectos de la vida de nuestro gran hermano. Desde mediados de los años noventa hasta su despedida el quince de Junio del presente año de 2025, se mantuvo activísimo y productivo, fueran cuales fueran las circunstancias, tanto en sus trabajos de escultor como de restaurador, maestro, investigador y escritor de diferentes temas. Un verdadero hombre del renacimiento. Recibiendo el respaldo cálido e incondicional de todos sus familiares, entre quienes destacó la abnegación de su hermano mayor Silvino, y de su sobrino José David Muñoz, atento discípulo de su tío, de quien recibió múltiples enseñanzas. Siendo José David quien recientemente realizara un trabajo gráfico sobre el logotipo creado por su tío, otorgándole una apariencia remozada para su Fundación. Que Dios le de innumerables bendiciones:

Juan Calzadilla, fuera del cuadro

Para los y las estudiantes
de la Escuela Nacional de Poesía Juan Calzadilla.



Fotografía : Audio Cepeda Fernández

Julio Borromé

A principios de los años 90, yo andaba un poco desconcertado por estar en ese limbo donde no es posible decidir con algún riesgo, si quedarme en un camino repetido o ir hacia otro círculo de la vida. Por esas dudas andaba, cuando un amigo mío, Rafael Valero, me invitó a un taller de poesía.

Fue en esa época donde participé en poesía para ver, poesía para leer, taller dictado por el poeta Juan Calzadilla.

Juan no fijaba esquemas ni definiciones absolutas de la poesía. Esa fue la primera lección que aprendí. Y lo segundo, el poeta sacudía sus cabellos con la mano izquierda en un gesto veloz y repetitivo, mientras hablaba de azar objetivo, de Nadja y de

Apollinaire, de Duchamp y Dalí.

Aquel primer encuentro mudó de paisaje, y es del todo un acontecimiento encontrar a Juan en una exposición, asomado a los vastos espacios del color y de las formas, a los vacíos que se imponen al artista en el momento en que contempla y participa de una obra dinámica, de un cuadro, de una acuarela o de un artefacto que interpela su posición y su movimiento en el espacio.

Ahora recuerdo que una soga colgaba en una de las salas de la exposición, y sobre las paredes se entremezclaban superficies y relieves con materiales y volúmenes distintos, pero que ensamblados, sugerían atmósferas, descentramientos y alguna violencia que atraía poderosamente al espectador.

Me acerqué a Juan, lo saludé y le recordé que yo había participado de su taller de poesía en Trujillo. No sé si me reconoció, pero me invitó a caminar por la exposición, montada en el Centro Cultural Tulio Febres Cordero, en la ciudad de Mérida-Venezuela. Así, deambulamos por las salas, nos detuvimos, sin comentario alguno, en esa juntura de plástico y metal, piedra y madera, silla y color, escalera y papel, luego descendimos por las rampas para meternos en otra sala, y así, en aquel viaje en espiral, llegamos a la planta baja del edificio y nos despedimos como viejos amigos.

A estas imágenes se suman otras. El poeta Juan está sentado en una banca de la Plaza Bolívar de Caracas en el marco de una Feria Internacional del Libro de Venezuela, conversa con poetas y jóvenes acerca del surrealismo y de la importancia

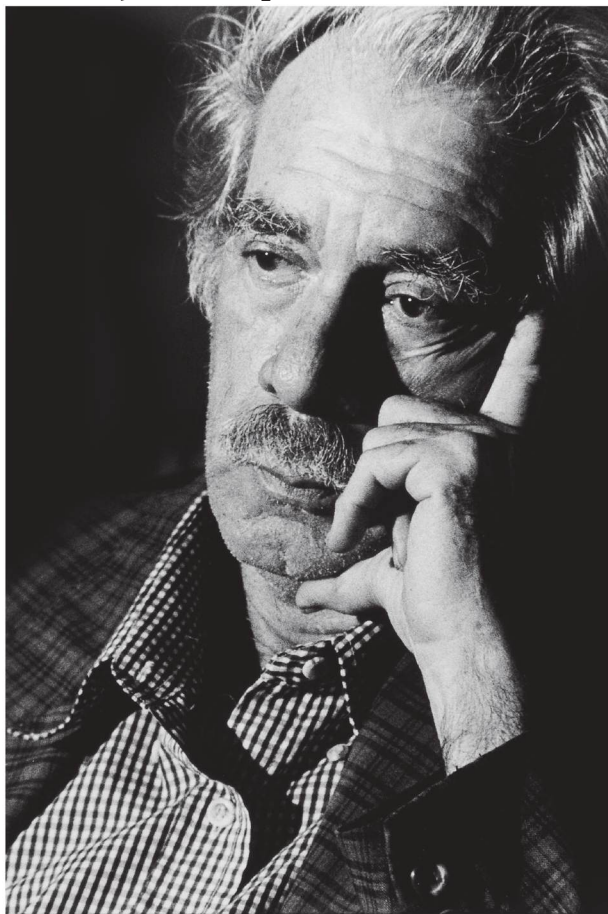
de escribir con la técnica del automatismo psíquico. Recuerdo que insistía en la transcripción de los sueños y en experimentar la escritura sin los condicionamientos racionales, otra cosa, decía Juan, es la corrección.

Entrada la noche, en aquel inusitado taller al aire libre, los poetas se iban a sus alcoholes, los jóvenes se marchaban y la conversación con Juan pasó a un plano más íntimo. Me invitó a la escritura de mis sueños, y recalcó: «Julio, escribe dormido o despierto». Esta sentencia nunca la entendí, ni ahora, después de tantos años de esa experiencia inmersiva de la otredad. Es probable que el que sabe es el otro, no uno. Otra lección del poeta Juan, que ahora que lo pienso, es una sentencia no venida del poeta latino Marcial, sino cercana al orden lacaniano.

Un último encuentro en que tuve la alegría de compartir con Juan, de los intermitentes y casuales de toda una vida, fue animado por mi amigo y poeta José Gregorio Vásquez. Una mañana conversábamos en el apartamento de

Juan, con algunas pautas y silencios, acerca de la poesía y de la importancia de los talleres para los estudiantes de la Escuela; y Juan nos preguntaba cómo abordábamos la materia poética en dichos talleres. Le preocupaba el método, la forma, la experiencia, el borramiento de las fronteras de los discursos y de las artes; y hacía la crítica a los talleres tradicionales de poesía que restaban importancia a las relaciones fecundas de la poesía con las artes en general.

Esta apreciación se la comunicó Juan al poeta Leonardo Ruiz en una entrevista que le hiciera para la Revista Resolana N° 4-2024, revista dedi-



cada a la poesía, a la crítica literaria, a la plástica, a los textos fundacionales y modernos de la lírica venezolana; y que tiene en los y las estudiantes de los liceos del país, sus más apasionados lectores. Qué hermoso gesto el de Juan, digo gesto, porque esa mañana, después de conversar acerca de los métodos para encarar un taller de poesía, me regaló su libro, *agendario cuerpos escritos*, publicado por el Fondo Editorial Tropykos, 1988. Juan alternó, libro en mano, comentarios y reflexiones en torno a su poética, ilustrando de este modo, la intencionalidad del acto creativo y sus accidentes.

Un bello libro que es la expresión fidedigna de su práctica. El libro está integrado por dibujos de Juan, donde se da una especie de alquimia entre el dibujo y la textura del poema escrito. El resultado es un texto de múltiples miradas a un «objeto» inclasificable y nómada. Algunas marcas de puño y letra de Juan indican el poema a releer, porque las escrituras en grafito y en bolígrafo continúan el poema al borde de la hoja, como si quisieran buscar conexiones que sólo al cabo de la repetición, transparentan el «objeto» hasta quedar permeado por otros sentidos, aun no escritos.

También encontré, en *agendario cuerpos escritos*, nuevas palabras que desbancan a las primeras, en lo que podemos pensar un libro imaginario que se está fraguando en la repetición que es creación, también hallé singulares correcciones, pedacitos de cartulina amarilla y adhesivos pegados a las hojas, a modo de collages, cartulinas y adhesivos que intervienen el texto y ofrecen al lector una imbricada materialidad visual y sonora. El libro en sí mismo, es un extraño artefacto que se arma y se desarma en ese juego cómplice entre el poeta y el lector.

En la poesía de Juan Calzadilla interviene una pensante concreción de las imágenes, sobre todo, hay una sistematización de la materia poética que se corresponde con hacer de la escritura un movimiento hacia el sujeto lírico que se va haciendo y deshaciendo con la voz de los otros, en ese estado en diferido que comunica el habla de quienes están adentro y afuera de la realidad.

La poesía de Juan es pensamiento, hay algo relativamente cerca del pensar la cosa, de fijar la esquiva realidad sólo para sacarle sus jaurías y sus movimientos, sus asombros y sus contorsiones. Juan

trabaja con premisas y aforismos, algún epigrama y casi silogismos enuncian la voz que habita una ciudad de mudanzas.

Algo de súbita espontaneidad necesariamente fuerza a volver sobre los poemas, volver a una cierta concreción que favorece la reabsorción textual que, es lo que me pasa cuando leo algunos poemas de Juan, colisiona de tal manera que la experiencia final contradice el sentido y se mete la risa a desbancar la rigidez de las formas y de los gestos. La poesía en Juan es paradójica, como el koan, que no deja una respuesta definitiva, por tanto, la respuesta a la pregunta planteada, que por lo general es un problema, no está dada de antemano, ni está resuelta, sólo compete al que pregunta o al lector, estar atento a lo que ocurra.

Despido estas notas con tres poemas de *agendario cuerpos escritos*:

El poeta

Se apodera de un segmento de lo invisible pero comete

el error de creerse con derecho a legitimar, mediante vanas palabras, su título de propietario.

Cuando en verdad ha robado al aire: es el poeta.

La poesía

*La gran contradicción de un hombre consiste
en que lo que queda de su vida no es
lo que vivió, sino lo que hizo.
Pero hacer no es vivir. Respecto del vivir,
hacer es una renuncia.*

La escritura

*Estás, ahí sentado junto a la ventana
bajo la cual luce hermosa como manso animal*

*la mesa cuyo piso otro rectángulo enmarca:
la página donde la luz, entrando a chorro,
adensa, más que resalta,
el laborioso tejido
de esta mano que escribe.*

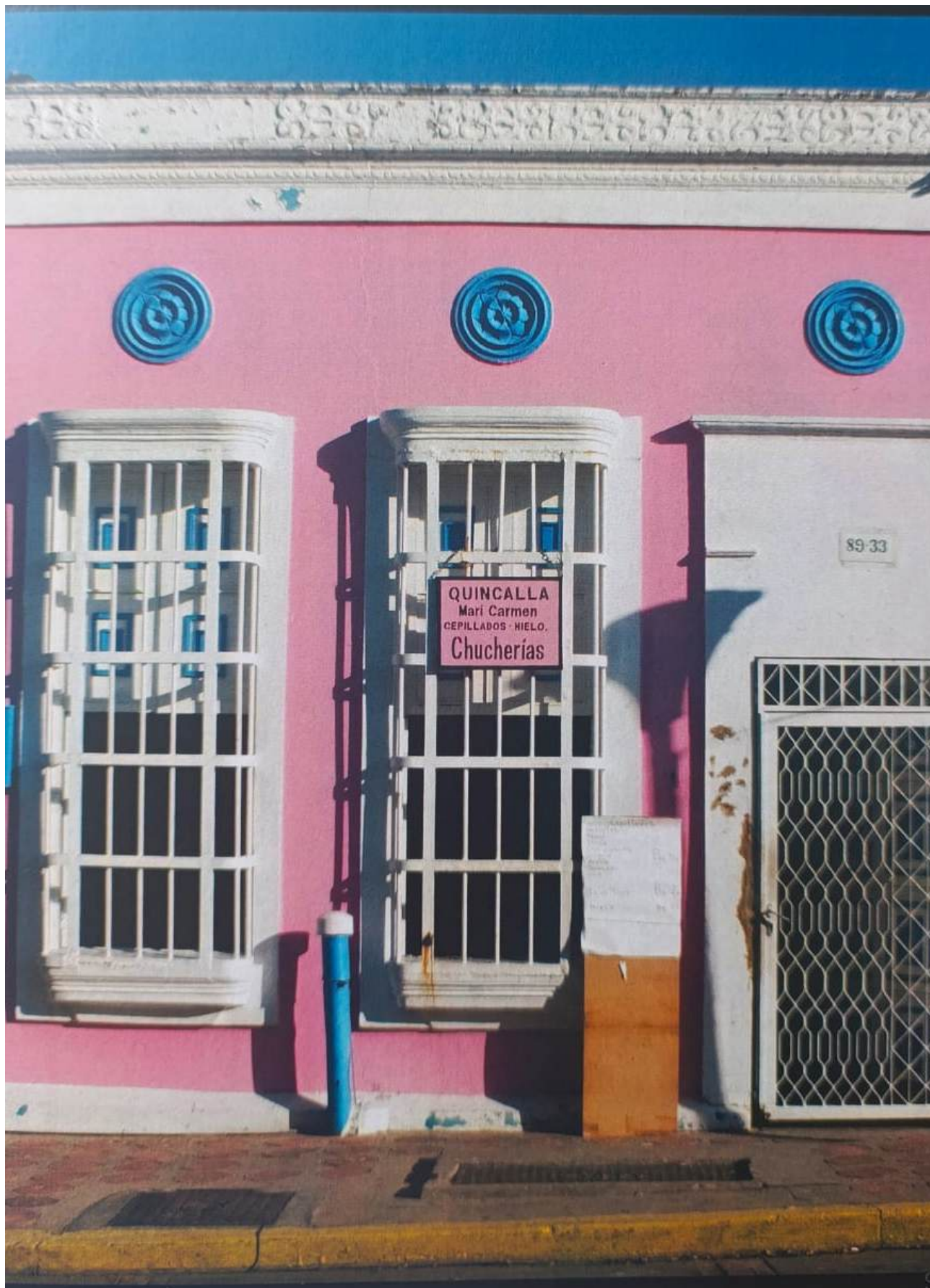
Kuruvinda

revista

de raíces y diversidades



Kuruvinda Número 4, se culminó en los meses de julio-agosto de 2025
Maracaibo / Estado Zulia / República Bolivariana de Venezuela



Fotografía: de Paola Fernández / Casas del casco histórico en Maracaibo



Autor: Nerio Quintero
Los delirios de Miranda
Técnica mixta
Tamaño: 90 x 60 cm
Año: 2010

EDITORIAL KURUVINDA

Fundación Ediciones Clío